



13 AÑOS – EL ANDADOR
(Biografía Infantil)

Trece años - El andador está inspirado en experiencias de la infancia de Álvaro Yunque. Lo continúa en *La cartilla* y *El pantalón largo*, ambos inéditos.

INDICE

PROLOGO

¡VARON!

EL LAZO MISTERIOSO

LOS DESCUBRIMIENTOS: LA RISA

LA MADRE PIENSA

LOS DESCUBRIMIENTOS: EL CANTO

LA PRIMERA PALABRA

EL PRIMER DIENTE

ELOGIOS

GLORIA

ESPIRITU

LENGUAJE

HERRAMIENTAS

PINGÜIN

LOS DESCUBRIMIENTOS: EL FUEGO

INTRUSO

PALABRAS

LOS DESCUBRIMIENTOS: EL MUNDO ANIMAL

EL ESPEJO

INTELIGENCIA

REACCIONES

LA CUERDITA

CONTRADICCIONES

EL GALLO MALO

EL PALO

ALGO...

LOS PELIGROS

EL MAYORAZGO

ENFERMEDAD

EL MUÑECO

LA ODIOSA NOCHE

LOS DESCUBRIMIENTOS – LA VANIDAD

LAS TORTAS CON AZUCAR QUEMADA

INSTRUMENTO

JUEGOS: CAZAR

INOCENCIA

EL VALOR

UN GRAN DESCUBRIMIENTO

JUEGOS: LA MANCHA

ALEJAMIENTO

PROPIEDAD

SORPRESA

LA SIRVIENTA DE CONFIANZA

EL ROSAL EN PENITENCIA

TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD: CARA DE CARNERO

EL JUEGO DE LAS PALOMAS

LOGICA

OTRO MUNDO

LA TRAGEDIA DE LA HOMBRÍA: LA PROTECCIÓN

EL PERRO DIBUJADO

ABUELITA

EL ABUELO

SUEÑOS

EL ORGULLO MATERNO

**CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA: LOS TRES
CHANCHOS**

DOLOR

LA CORNETA

LOS DESCUBRIMIENTOS: ¿POR QUE?

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD: LOS DURAZNOS

LA AYUDA

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA: PEPINO Y PEPONE

UN NEGOCIO

DOMINGO

LOS ZAPATOS VIEJOS Y LOS REYES MAGOS

JUEGOS: LAS ESQUINITAS

TOCINO

AH, YO SE

EXPLICACIÓN CELESTE

JUGUETES

LA LLUVIA

EL CASTIGO

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA: PINETTI Y PINETTO

MAÑA

EL CARAMELO DE MENTA

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

DIÁLOGO

EL CUENTO DE PAPÁ: EL LOBO

VIDA INTERIOR: METAFISICA

FRATERNIDAD

EL TIGRE

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

VIDA INTERIOR: EL MAL PREMIO

LEJOS

LA BATATA ABRILLANTADA

CUENTOS DEL ABUELO MATERNO:

I – LAS OVEJAS

II – LOS DOS NEGROS

III – EL LATÍN

LAS AMENAZAS

EL PREMIO

EL REMEDIO

LAS CREACIONES

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA: LOS TRES CURAS

LA ANSIADA LIBERTAD

LOS GRANDES

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD: TESTIGO

POMA

HOMBRE DE NEGOCIOS

LA PRIMERA ESCUELA

MAESTRA PARTICULAR

NEPOMUCENO

TORO

**CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA: LA MUÑECA DEL
VESTIDO AZUL**

DE VISITA

EL DOCTOR

HERMANITOS

EN TORNO AL ENIGMA

EL ABUELO ARISTÓBULO Y LA ABUELA ALBA

LA MUERTE DEL ABUELO ARISTÓBULO

FANTASIA Y REALIDAD

PAPÁ Y MAMÁ

MARIA MULETA

CUENTOS DE MARÍA MULETA: EL CHANCHO

EL INSTITUTO RICHEL

RESUCITAR

EL ESCARABAJO

LA TRAGEDIA DE LA HOMBRIA: EL PIANO

LA VÍBORA

LOS DESCUBRIMIENTOS: LEER EN EL DIARIO

FELICIDAD

CUENTOS DE MARIA MULETA: LA LUZ MALA

AHORRAR

LA TRAGICOMEDIA DE LA HOMBRÍA: SANGRE

ABOGADA

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

LO QUE NO TIENE PRECIO

EL CANARIO MUERTO

CUENTOS DE MARIA MULETA: LA ONZA DE ORO

LA VEROSIMILITUD

JUEGOS: EL VALIENTE

BALANCE

LA MESA DE COMEDOR

¿POR QUE LOS PERROS SE HUELEN DEBAJO DE LA COLA?

EL VIDRIO ROTO

LA PLATA

EL ANDADOR

Prólogo

La transformación de un niño en un hombre, es la metamorfosis, a la inversa, de mariposa en oruga: De un ser que vuela (imagina) en un ser que se arrastra (repite).

¡VARON!

- ¡Varón! – Himna la partera, una negra alta y gorda. El chico llora, como protestando de que lo trajeran al mundo. Quizás

presiente...

La madre:

- Démelo, démelo que quiero besarlo yo la primera. ¡Hijo mío!
El padre surge de la sombra en donde se hallaba acurrucado, oyendo los gritos dolorosos de la parturienta, y herido por ellos, como si fuese un culpable. Se aproxima al niño. Mira. Ve una cosa rosada que chilla entre las manos ágiles de la partera. La alegría, una alegría inesperada, desconocida, lo enciende. Una alegría que no cabe en él, que necesita llevársela a los demás. Corre a la puerta, la entreabre y, asomando la cabeza iluminada:

- ¡Varón!

Allí están los ancianos, los padres de la mujer, abuelos del recién nacido.

El anciano levanta un puño al aire y gozoso grita:

- ¡Varón! ¡Lindo! ¡Vamos a hacer de él un buen soldado!

La anciana ha caído de rodillas, e implora. Los ojos para arriba, las manos juntas:

- ¡Hazlo bueno, Jesús, Jesús mío, hazlo bueno!

El abuelo masculla un rezongo ininteligible.

La abuela no lo atiende. Reza.

El padre ha vuelto a entrar en la alcoba. El niño, ya lavado, duerme junto a la madre que lo mira.

El padre se acerca a ellos. Los besa. Habla. Nadie le responde. La madre está en éxtasis.

EL LAZO MISTERIOSO

La madre es algo sorda. El bebé duerme junto a ella, en su cuna. Temían que no lo oyera cuando llorase. Ella aseguró:

- ¡Oh, sí lo oiré! ¡Lo oiré! Podré no oír si se cae la casa; pero en cuanto él de su primer grito, yo lo oiré.

Sonrieron, incrédulos.

El padre:

- No teman, yo tengo el sueño muy liviano. Yo me despertaré. Mientras la madre duerme, entran en la alcoba, pisan fuerte, hasta derrumban una silla. Ella no despierta.

Pero, como si hubiese un lazo invisible, algo misterioso, inmaterial, entre ella y su bebé, en cuanto éste da el primer gritito, iniciando su lloro, ella salta.

Y el padre continúa durmiendo.

LOS DESCUBRIMIENTOS

LA RISA

Una mañana de primavera, después de haber mamado, el niño satisfecho, desnudo sobre la cama, con las piernas al aire, comenzó a reír. Rió dos segundos, y calló, asombrado. Volvió a reír. Mirando el techo, sin que su visión alcanzase hasta él, reía. Acababa de descubrirse poseedor de un sonido agradable, un sonido que acrecentaba su felicidad de vivir después de mamar. Reía. Se escuchaba. Callaba como indagando de dónde venía aquel sonido... Entonces, volvió a reír, más fuerte. Acababa de descubrir la existencia de la música.

LA MADRE PIENSA

Mi nariz no es perfecta. Y yo, a pesar de que para ti, hijo, deseo la perfección, toda la perfección, constato, satisfecha, que tu nariz se parece a la mía.

LOS DESCUBRIMIENTOS

EL CANTO

De espaldas en su cuna que se mece, oye la voz de la madre. La madre canta.

La canción, lenta, blanda, monótona, se le entra como si fuese tibia y dulce leche impalpable, y se posesiona de él. Lo adormila. Le hace el mismo efecto que esa otra cosa tibia y dulce que le da su mamá por la boca y que también se apodera de él y lo adormila. La leche y la canción se confunden en su idéntica bondad plena de dulzura.

Y de pronto siente que de él comienza a fluir algo desconocido. ¡Y canta él también! El sueño lo invade, pretende cerrarle los ojos, enmudecerle; pero el niño lucha contra el sueño, ¡y canta! Siente un placer nuevo: escucharse cantar, producir esa cosa inefable que se va posesionando de él... ¡Y canta!

La madre calla, deja de mecerlo. Le dice algunas palabras que él no comprende:

- ¿Qué hace, pícaro? ¿Cuándo se va a dormir, pillastre? ¿No ve que yo tengo que hacer? ¡Duérmase!

El niño sonríe. La madre vuelve a acunarlo y a cantar. El la imita. ¡Canta! Canta y lucha denodadamente contra el sueño, lucha hasta caer vencido por él; pero cae cantando.

LA PRIMERA PALABRA

Mamar no es sólo un placer. Es el placer. Sentir el seno tibio y blando de la madre cuyas caricias y palabras el niño no entiende, pero intuye. Hacer un pequeñísimo esfuerzo y que aquella cosa tibia y blanda le entregue, le regale con una alegría y una generosidad que el niño no comprende, ¿pero por qué no ha de sentir?, le regale ese líquido dulce, suave, untuoso que es otra mimosa caricia, otra palabra buena...

A veces, no cuando reclama su leche, porque entonces chilla, desesperado, impaciente, sino cuando ha dejado de mamar; el niño sonriendo, feliz y tranquilo, en el aire, imita el acto de succionar. Se divierte...

Fue así como, divirtiéndose, en cierta ocasión que mamaba en el aire, sin saber por qué, sólo porque puso los labios igual que si succionara la cosa tibia y blanda que le entrega el líquido dulce, suave, untuoso; por primera vez dijo:

- Ma, ma...

Estaba sólo, nadie lo oyó. Pero ese sonido que salía de sí mismo le produjo un raro efecto, y volvió a repetirlo: ma, ma... y otra vez, y otra más, y otra aún: ma, ma...

Cuando esa noche, después de darle de mamar, la madre quedó amorosamente contemplándolo, alelada ante el niño hartado, rojo de satisfacción, como embriagado por la dulzura del líquido que su seno le entregara, y oyó:

- Ma, ma...

Dio ella un grito:

- ¡Mamá, pronto, corré, vení a oírlo! ¡Dice mamá, dice mamá, ya dice mamá!

No sólo la abuela corrió a oírlo. Corrió el padre, el abuelo, la sirvienta Polonia, Nepomuceno, el dependiente del padre. Se asomaron, lo inquirieron: Ma, ma; ma, ma...

Y ella, la madre:

- Decí, querido mío, volvé a decir: Mamá, mamá...

Pero el niño, asustado, mirando aquellas caras próximas a la suya, oyendo el tumulto de voces, calló.

Decepcionados, los demás se alejaron.

Y de súbito, solo con la madre, solo con aquella cosa tibia y blanda de la que fluye, generosa, ese líquido dulce, suave, untuoso que le da calor y sueño; el niño se queda mirándola, se queda mirándola con inteligencia, y dice:

- Ma, ma...

EL PRIMER DIENTE

En la roja encía del niño se insinúa un punto blanco. Es el primer diente. Nadie lo ha visto aún. Pero él se divierte en pasar la lengua por aquello. Y queda quieto, con los ojos en el vacío...

La abuela dice:

- este chico piensa. ¿En qué podrá pensar este chico?

El niño no piensa. Ha descubierto su primer diente y estudia su topografía con la lengua ágil.

La madre es quien primero se lo descubre. Da un grito de júbilo.

Y la casa se llena de gritos de júbilo. Son gritos pueriles y blancos, como aquel punto que asoma en la roja encía del niño. La alegría de la madre se comunica a todos, porque ella no sólo está alegre. Está emocionada. Si alguien hubiese puesto en su mano el mayor diamante del mundo, ella no estaría alegre de ese modo, porque su alegría tendría algo de soberbia; pero la alegría que ahora inunda su corazón al ver el primer diente de su niño, es una alegría tan pura que toda ella se siente como bañada de dicha. El regocijo le aclara la voz, le aligera el cuerpo, le abrillanta las pupilas.

Corre con su niño en brazos. Lo muestra como si mostrase un juguete. Se siente otra vez chiquilina. Ríe y hace reír a su niño que, al reír, la regala con aquel punto blanco, asomándose, curioso, por la encía roja.

Dice alguien:

- El primer diente. Pronto le saldrán otros. Entonces hay que destetarlo.

¡Destetarlo! – piensa la madre. Y este pensamiento la entristece. ¿Destetarlo? ¿No es arrancarlo de ella? Mientras mame, el niño será parte de su cuerpo. Una vez que no extraiga de ella el alimento, el niño ya no será todo de ella, como ahora. Pertenecerá al mundo de los demás. Piensa así, y este pensamiento le enturbia la alegría pueril y blanca como el primer diente de su hijo.

ELOGIOS

La madre - ¡Qué monada este hijo mío! Ya llora cuando me voy a la calle.

La abuela - ¡Y llora también cuando es él quien se va de paseo y vos la que te quedás!

GLORIA

Los grandes alrededor de la mesa, charlando, juegan a los naipes. El niño – siete meses – sentado en su silla alta, está empeñado en tomar una copa que dejaron olvidada sobre la mesa. Trabaja. El esfuerzo lo enrojece. Lucha. Estira el brazo y con la manita araña la carpeta. Todo inútil. No atrapa el objeto brillante; pero sigue trabajando... Al fin, el ingenio que ya despunta en él como una flor, flor humana, bella y espinosa, hace lo que su esfuerzo muscular no conseguía. Le sugiere tirar de la carpeta. Una luz inteligente brilla en las pupilas del niño. Rápido, tira de la carpeta, el codiciado objeto brillante se aproxima un poco... ¡Ya está en su mano!

Entonces el niño levanta los ojos llenos de luz, triunfante, y mira a su alrededor. Espera el aplauso del mundo.

Pero su hazaña ha pasado inadvertida. Los grandes, demasiado hundidos en los vaivenes del juego, no lo miran siquiera.

Una mueca rara se extiende como una mancha, oscureciendo la alegría vencedora que hace un momento brillaba en la faz del pequeño héroe. Si nadie ha visto lo que él acaba de hacer, ¿para qué lo ha hecho? Si ninguno lo agasaja, ¿para qué ha luchado? El niño – siete meses ansioso de gloria – necesita llamar la atención de los que, absorbidos por el juego, no lo miran, de los que han olvidado que él es el centro del mundo. Y el pequeño héroe, haciendo un gran esfuerzo, levanta la pesadísima copa, alto, lo más alto que puede, y la estrella catastróficamente contra el piso.

ESPÍRITU

El niño gateaba. De pronto hizo un esfuerzo, se puso de pie y miró al padre a los ojos, de igual a igual.

El padre sintió una admiración respetuosa por él. Y comprendió. Ante sí tenía un espíritu vencedor de la materia torpe que, con un tirón de voluntad, acababa de romper la primer ligadura: la que hacía de él un animalejo pegado a la tierra. De pie, ya era un ser humano: ya podía mirar de frente al horizonte, y aún erguir la cabeza libre por sobre la línea que lo limita...

EDUCACIÓN FRUSTRADA

El abuelo está leyendo el “Emilio” de Rousseau. Lee:

“¿Se trata de acostumbrar a Emilio al ruido de un arma de fuego? Primeramente quemo pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte esta llamarada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con más pólvora; poco a poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor carga; al fin le acostumbro a oír los disparos, los cohetes, los cañonazos y las más terribles detonaciones.”

El párrafo lo entusiasma. Su mayor anhelo sería que su nietito, ese muñeco que pasea el andador junto a él, llegue a lograr los lauros del guerrero, un guerrero temerario y famoso. El abuelo busca nombres de bravos en la historia argentina y no halla ninguno digno de su esperanza.

Inmediatamente pone en práctica el consejo del filósofo ginebrino. Proyecta: Encenderé un cohete, después dos a la vez, después cinco, después diez, veinte... Cuando el chiquillo aguante los estampidos de una gruesa de cohetes, ya podrá oír un tiro.

Llama a Nepomuceno y lo envía a comprar una gruesa de cohetes.

Delante del chiquillo enciende uno. ¡Estampido! El niño palidece. Mira asombrado. En seguida rompe a llorar furiosamente.

Atropellándose, alarmadísimas, la madre y la abuela irrumpen de dos puertas diferentes:

¿Qué hay!

¿Por qué llora así, ¡Dios mío?!

La madre llega primero, lo saca del andador. Le busca la herida. Lo besa, le dice mil cosas lindas, dulces, tiernas, amantes...

La abuela indaga. Y el abuelo que, ante la irrupción de las mujeres ha arrugado el ceño, se explica:

- Estoy acostumbrándolo a los estampidos...

No lo dejan concluir. La madre protesta. La abuela protesta más. Validos de que el abuelo es sordo, se exceden:

- ¡Qué ocurrencia! Se necesita tener corazón de mazorquero para hacer estas cosas.

- ¡Viejo loco!

- ¡Ya tendrá ocasión de sufrir el pobrecito para tener que acostumbrarlo desde ahora!

- ¡Ya se acostumbrará solo!

El abuelo no las oye; por sus gestos presiente lo que dicen.

Ellas se llevan al niño. Lo hablan. Lo acarician. Lo consuelan.

El abuelo se vuelve a Nepomuceno y moraliza, despreciativo:
- ¡Tenían razón los espartanos al no dejar que las mujeres educaran a los chicos... Traeme un mate... ¡Y una ginebra!

LENGUAJE

Como el abuelo es Tatá, todos los viejos son Tatá. Pero aunque la madre es mamá, no todas las mujeres son mamá. No todos los hombres son papá. Ni todas las viejas son lita (final de abuelita).

¿Por qué estas distinciones?

HERRAMIENTAS

Ya el niño está de pie. Como no las necesita para ayudarse a gatear, se encuentra con sus manos libres. Y descubre sus manos, sus primeras herramientas. Al principio son algo torpes. Carecen de delicadeza. – “¡Qué bruto es este chico!” – dice alguno a quien él, por hacerle una caricia, lo golpea. No, no es bruto. Es simplemente que la herramienta de su mano, mal manejada, se deja caer con fuerza excesiva. Aún no sabe economizar energías. Es un mal obrero. Para levantar una pelota del suelo utiliza el mismo vigor que para arrastrar una silla.

Y sus manos aún no le obedecen. No son aún dos admirables herramientas compuestas de cinco partes cada una, cinco partes independientes, cada cual destinada a una función distinta. Cada una de sus manos están, todavía, hechas sólo de dos partes: Una, el pulgar; la otra, el índice al que ayudan los demás dedos.

Es aún una maza inobediente. El pulgar es, por sí sólo, casi toda la mano. El ya se mueve ágil y seguro.

Por ahora, el poderoso instinto de este pequeño ser humano, ya más inteligente que el más inteligente de los perros; se hace acción en estos dos pequeñitos, bellos, sonrosados, inteligentísimos y armónicos pulgares por los que en la mano del niño se presiente la mano del hombre: la más maravillosa herramienta de la creación. Con ellos, el niño está aprendiendo a tomar posesión del mundo.

PINGÜIN

El abuelo:

- ¿Pero ustedes piensan seguir llamando Aristóbulo a esta criatura? ¡Un nombre tan feo! A un niño se le debe llamar con un diminutivo siempre, y Aristobalito o Aristobulín, además de ser largos, no dejan de ser feos.

La madre: - ¿Y por qué ha de llamarse siempre con diminutivo a un niño?

El abuelo: - Porque sino parece que no se le quisiera. Y si tuviese un nombre corto, corto y lindo, pase; ¡pero Aristóbulo!

La abuela: - ¿Si se llamara como vos?

La madre: - No seas envidioso. Este se llama como el abuelo paterno, el que viene se llamará como vos...

El abuelo: - Bromas aparte, ¿en qué quedamos? ¡Yo jamás llamaré Aristóbulo a este pobre chico! Es necesario ponerle un sobrenombre: pero no un sobrenombre que lo ponga en ridículo como Totó, o Mono, o Ricura o Bebé...

La abuela: - Se le puede llamar Nene...

El abuelo: - ¿Nene? ¿Nene has dicho? ¡Qué esperanza! Te lo figurás, hecho todo un hombre, fuerte y grandote como el padre, y nosotros: Nene aquí y Nene allá... ¡Vamos! Es criminal cargarle a un chico con el fardo de un apodo tan espantosamente estúpido y pueril. ¿O ustedes creen que este chico no va a crecer nunca?

La madre: - Inventá vos un sobrenombre...

El abuelo: - ¿Yo? Bueno. Mírenlo caminando trabajosamente y con las manos adelante para mantener el equilibrio. ¿Qué animal les parece?

La abuela: - ¿Y pensás ponerle a tu nieto un sobrenombre de animal?

El abuelo: - He dicho animal, pero en realidad es un pájaro.

La madre: - Pero un pájaro también es...

El abuelo: - ¿Un animal? Sí; pero más de un hombre quisiera parecerse a un cardenal o tener los adornos de un pavo real, en vez de tener sus caras de hombres en vez que parecen orangutanes o perros bulldog

La abuela: - Al fin, ¿qué nombre proponés?

El abuelo: - ¿No les parece un pingüino?

La abuela: - ¿Y pensás ponerle pingüino a tu nieto?

El abuelo: - Es adecuado. No sólo por la semejanza, sino porque al pingüino también se le llama pájaro-niño.

La abuela: - Pero es feo y ridículo... ¿qué te parece a vos?

La madre: - No me parece tan feo. Es eufónico. (Canta)
in...in...nooo...

El abuelo: Podríamos transformarlo en Pingüín, es más corto.

La abuela: - Pingüín todavía... ¿Qué te parece?

La madre: - Me parece lindo, es el sonido de una campanilla.

La abuela: - ¡Bueno! Aceptamos tu sobrenombre. Le diremos Pingüín.

El abuelo: - (Al niño, gritando) ¡Eh, Pingüin! (El niño se da vuelta). ¿Has visto? Parece que siempre lo hubiésemos llamado así. Como si hubiese estado esperando que le pusiéramos un apodo bonito en vez de su feo nombre. ¡A-ris-to-bu-lo! Nunca se hubiese acostumbrado a semejante nombre. A los chicos y a los perros hay que ponerles nombres cortos, cortos y musicales. (Grita): ¡Eh, Pingüin! ¡Otra vez se dio vuelta!

La madre - Este chico va a ser artista seguramente, ya tiene sentido musical.

El abuelo: - ¿Vamos, no exageres!

La abuela: - ¡No exagera, no! Mirá que frente alta, que ojos dulces, que manos largas, que...

(Entra el padre).

La madre: - ¿Qué te parece? Le hemos puesto apodo a tu hijo. Le hemos puesto Pingüin...

El padre: - No es feo. Mejor que Aristóbulo es...

El abuelo: - (Triunfante) ¿No decía yo? Yo fui el que encontró el apodo. Y el chico ya responde a él. Repare. (Grita como si tuviese que ser oído por un batallón). ¡(El niño se da vuelta). ¿Ha visto?

El padre: - Pero con ese grito, ¡como para no darse vuelta! (Y grita fuerte con retumbante voz de bajo): ¡Aristóbulo! (El niño se da vuelta). Es el ruido lo que le llama la atención. Pero de todas maneras, el sobrenombre me gusta. ¿Y a vos te gusta? ¡Eh, Pingüín! Porque ustedes han resuelto sin consultarlo a él. ¿No sería mejor que esperásemos a que fuera mayor de edad para que él se eligiese su apodo?

LOS DESCUBRIMIENTOS

EL FUEGO

Bamboleándose sobre sus piernas de alambre, se siente atraído por esa cosa linda que se mueve delante de sus pupilas azoradas: Es el fuego. Se acerca más a él y estira la mano; pero Polonia da un grito que lo asusta:

- ¡No!

Pingüin retira la mano rápidamente y observa a la muchacha, interrogante. La sirvienta habla. Dice cosas que el chico no comprende. Intenta sacarlo de allí, pero Pingüin se resiste. Y

queda mirando aquella cosa linda y brillante que se mueve frente a sus ojos y le trasmite una agradable tibieza. El niño supone que aquello tan lindo tiene que ser bueno. Y no quiere apartarse de él. En un descuido de Polonia, alarga la mano y toca. ¡Da un grito! Aquella cosa linda no es buena: ¡Lo ha mordido!

Pingüin llora desesperadamente. Después el agua que ella le pone en la mano y sus palabras cariñosas, lo aplacan. Su llanto se apaga en un lento crepúsculo de gemidos.

Ya sabe una cosa más, importantísima. Ya ha descubierto elfuelo, una cosa muy linda pero que no es buena. Y aprender que todo lo lindo no es bueno, es algo trascendental.

Pingüin ya no llora. Mira al fuego con rencor. Siente deseos de vengarse de él que lo ha mordido. Y comienza a gritarle:

- ¡Malo, malo, malo!

Entra el abuelo. Pingüin corre a él, le quita el bastón y corre a castigar al fuego.

- ¡Tomá, tomá, tomá!

INTRUSO

El niño juega con la madre. En la cama de al lado el padre lee, ajeno a las risas y a las palabras que, como una música tumultuosa, producen la madre y el niño jugando, alegras, entregados el uno al otro, a su felicidad y a su pureza.

De pronto, la manita torpe del niño cae sonoramente sobre la mejilla de la madre. Se produce un ruido que agrada a la criatura y, queriendo repetirlo, deja caer una, y otra y otra vez su manita abierta sobre la mejilla de la madre que simula llorar.

El padre, saliendo de su lectura, ve aquello, altera el gesto, abrillanta los ojos, ahueca la voz; y dice, autoritario:

- A mamá no se le pega.

El niño queda mirándole. ¿Quién es este hombre que se levanta ahora, imperioso, entre él y su mamá? ¿Qué dice? ¿Por qué le grita este intruso? ¿Qué tiene que hacer entre él y su mamá este hombre?

El padre vuelve a gritar:

- ¡A mamá no se le pega!

El niño lo mira. No comprende. ¿Pero por qué grita el intruso? De buena gana él gritaría también. Quizás le diría: “¡Si esta es mi mamá, hombre malo! ¿Qué grita, qué pone ese gesto? ¿No ve que esta es mi mamá? ¿O mi mamá y yo no podemos jugar, acaso?” El niño no puede decir eso y mira al hombre de

cara enojada, de voz ruda. Después, dándose vuelta, se hunde en la carne blanda de la madre y besa, besa, besa la piel suave de este ser querido, del cual el intruso quiere separarlo. La madre lo besa también. El padre vuelve a su lectura. El niño, después de un instante de efusión, levanta la cabeza y mira al hombre que lee en la cama de al lado. Ve una faz serena, unos ojos dulces, una sonrisa bondadosa. Y el niño lo reconoce: como si el intruso, el desconocido de cara agresiva y voz rotunda, el que se interponía entre él y la madre, que es como si se interpusiera entre él y él mismo, ya hubiera desaparecido. Lo reconoce y, deseando oírle la voz, la voz plácida y acariciadora que no es la rotunda y hueca voz de hace un instante; el niño lo llama. Lo llama, pero aún pregunta:
- ¿Papá?

PALABRAS

El niño ya es capaz de inventar palabras, de realizar un vocabulario para hacerse entender. El no es un simplísimo loro que repite lo que le enseñan. En él ya vive ¡instrumento prodigioso!, la imaginación. Y tal vez una imaginación que, con los años, creciendo y creciendo infinitamente, llegue a ser una imaginación de artista, una de esas imaginaciones que dan vida, que inventan, que descubren...

Por ahora, la imaginación de Pingüin le sirve para encontrar palabras y dar nombre a los objetos de uso cotidiano. Los zapatos se llaman: *tatá*, y como los zapatos se llaman *tatá*, los pies, por lógica relación, también son *tatá*, porque la imaginación del niño, instrumento útil, instrumento de creación y perfeccionamiento de sí mismo, es un instrumento exacto, y es lógica pues, como cuando ocurre con la imaginación de algunos hombres, la imaginación se hace fantástica, ilógica, la imaginación es, entonces, un aparato descompuesto.

Los pájaros son *pipí*, y como el padre le dibuja pájaros, para él, tanto el lápiz como el papel, son *pipí* también.

Aunque sólo por unos días: su imaginación ya ha comenzado a crear, y como la imaginación del ser humano es laboriosa, infatigable y jamás conforme; la imaginación del niño de quince meses no puede resignarse a que, cosas tan diversas como un papel, un lápiz y un pájaro tengan el mismo nombre. Necesita diferenciarlos. Y halla por fin que el lápiz y el papel sigan llamándose *pipí*. Pero al nombre del pájaro le introduce una variación que lo hace onomatopéyico y eufónico. El pájaro

es *Pipi-í..*

LOS DESCUBRIMIENTOS

EL MUNDO ANIMAL

El niño está descubriendo el maravilloso mundo de los animales. Poco a poco se va apoderando de ellos. Los identifica imitándolos. Antes que todo el perro (*guaug, guaug*), familiar y querido; aunque también son *guaug, guaug* los tigres, leones y osos que ve en las estampas. Después el gato: *miau*. Por qué el perro es *guaug, guaug* – repitiendo dos veces el sonido onomatopéyico y el gato es sólo *miau*? (Obsérvese que el perro no ladra una sola vez y el gato sí maúlla una vez). Pero los osos, leones y otras fieras que el niño ve en estampas siguen siendo *guaug, guaug*. Hasta el tigre es *guaug, guaug* a pesar de su parecido con el gato.

Los pájaros son *pipí-í*. Las gallinas, patos, pavos y loros también son *pipí-í*. El gallo no. El gallo, cantor arrogante, se llama *cocó*. No confunde el belicoso y espolado cantor con la tímida muchedumbre del gallinero. El gallo inspira miedo al niño. En una ocasión, el loro picó al niño que se le había acercado confiadamente. Y desde esa ocasión el loro no fue más *pipí-í* para él. Entró en la categoría del gallo. Llamose *cocó*.

Al ver en una estampa un cóndor, el niño lo llamó *pipí-í*, como llamaría a un canario. Es *pipí-í* todo ser con plumas, excepto el gallo y el loro. A una figura del arcángel Miguel lo llamó *pipí-í*. El cordero es *guaug-memé* (dos veces porque, como el perro, el cordero no bala una vez sola).

El caballo es *ico*. Son *ico* también el burro y la mula. En estampa, *ico* son la jirafa, la cebra o el elefante.

La vaca es *papa*, por la leche que ha visto extraerle, y ya que fue *papa* la leche de la madre.

Papa son el buey y el toro; y el búfalo de las estampas.

Hay animales frente a los que el niño se mantiene en observación. Aún no se los ha apropiado, porque aún no le halló nombre: el cerdo o el ratón; el cocodrilo o el hipopótamo...

Hay otro animal que el niño contempla atemorizado y absorto: es el tren. Callado, lo mira pasar, rugiente y veloz. Esta bestia terrible, humeante y gritona se llama *uuu..*

Ahora están los animales silenciosos: moscas, mariposas, arañas, cucarachas, sapos, víboras, caracoles, hormigas,

abejas...

El niño los observa. Aún no son de él, aún no se los apropió su vocabulario. Pero piensa, su imaginación trabaja y trabaja como la imaginación de un niño trabaja: afanosa, incansable, alegremente; decidida a vencer, segura de que vencerá, de que al fin será suyo, y tendrá nombre, el universo maravilloso y difícil de los animales.

EL ESPEJO

Pingüín deja de gatear y se pone de pie: lo ha atraído una cosa blanca y brillante sobre la que el sol dardea. Tambaleándose, mal afirmado aún en sus piernas, el niño se aproxima. Quiere ver. Quiere tocar. Y ve, pero no toca: del otro lado de la cosa brillante hay un niño. Pingüín lo observa, le sonrío. El otro niño sonrío también. Son amigos. Pingüín se acerca más. De pronto, su sentimiento amistoso, sin causa ninguna, desaparece. Y en su lugar salta un sentimiento de pelea. Pingüín se aproxima a la cosa brillante, levanta la mano, la deja caer sobre el otro niño y dice:

- ¡Ah! – para darle más fuerza al golpe.

Pero el otro niño, Pingüín lo vio, ha hecho lo mismo que él. Y su mano, Pingüín lo ha sentido, pegó contra la mano de él. Pingüín se aparta. Está dolorido, tiene ganas de llorar. Pero no llora, mira al otro. Y ve que la cara del otro está enojada, amenazante... Pingüín siente rabia y miedo. Quiere pegar a aquel chico que le ha pegado, pero el dolor recién desaparecido, lo hace prudente. Busca armas. Allí, sobre una silla hay un bastón. Corre a tomarlo, lo apresa con las dos manitas y se da vuelta, listo para el combate. Pero ve que el otro niño también corre hacia él, con un bastón en alto, dispuesto a la lucha. Y Pingüín se detiene, absorto. ¿Qué significa aquella fuerza igual y opuesta a la suya?

INTELIGENCIA

La abuela habla:

- ¡Este chico es inteligentísimo! Oigan lo que hizo hoy: Vio un mantel en un cajón y dijo: ¡papa! ¡Ya sabe que el mantel tiene relación con la comida! Otra demostración de inteligencia: Este niño no come cualquier porquería: jabón o tierra o caca, como hacen otros chicos poco inteligentes. ¿Cómo sabe ya él que el jabón o la tierra o la caca no deben comerse? Además, si se le

da algo nuevo, aunque sea comestible, no lo mete enseguida a la boca. Ayer le di un gajo de naranja. ¿Sabían lo que hizo? Lo partió y se chupó el dedo. Le supo agrio y lo tiró. ¿Qué hubiese hecho otro niño menos inteligente? Se hubiera metido el gajo entero a la boca, ¡hubiera mordido con todos sus dientes! Él no, él está lleno de prudencia. Prudencia es inteligencia, y en un niño tan pequeño, es revelar mucha inteligencia. ¿Han reparado como sube o baja los escalones? Afirmándose bien con sus manitas, contra la pared y despacio. Ya lo ven: hace dos meses que camina y nunca se ha dado un gran golpe. El siempre atina a poner las manos delante. ¡Oh, sí, es inteligente! Estoy segura que lo podemos poner al borde de un abismo y no se caerá. El ve, presiente el peligro. Se da cuenta del peligro sin necesidad de experimentarlo. ¿No es tener inteligencia, mucha inteligencia esto? Nunca se ha quemado, como otros niños poco inteligentes. El sabe ya, sin que nadie se lo enseñara, que el fuego quema. Lo señala con su dedito desde lejos, dice: ¡Buhí! ¡Buhí!, y abre mucho sus ojos asustados. ¿No es ser inteligente esto, muy inteligente? Una vecina, también abuela: - ¿Y no será porque su nietito es miedoso?

La abuela se yergue:

- ¡Miedoso, mi nieto miedoso! ¡No, señora! El entra a la oscuridad sin recelo alguno. ¿Y cuántos chicos de sus pocos meses no tienen miedo de la oscuridad? El no le teme a la oscuridad, y sí al fuego. Al revés de los niños que ven en el fuego una flor linda y quieren tocarla. No, mi nieto no es miedoso. Es prudente. Su valor es valor de hombre, no de animal. Es valiente, pero con inteligencia. No será temerario, tal vez no sirva para ponerse al frente de un escuadrón de caballería y querer llevarse todo por delante. Pero tendrá valor moral. Tendrá el valor de los santos.

Y como la vecina no responde, porque no comprende, la abuela aproxima a Pingüín y lo besa en la frente, como si así sellase sus palabras, como para que su augurio se cumpla.

REACCIONES

Pingüín, aunque temblorosamente, ya anda.

Si cae delante de la abuela, llora. Delante del abuelo, no. La abuela corre, lo levanta, le habla mimosamente, lo acaricia, besa el lugar en que se golpeó. Y él llora, suspira...

El abuelo no se mueve. Sonriendo, le ordena, enérgico:

- ¡Arriba, amigo!

Pingüín lo mira, sin llorar; se pone de pie, y continúa andando.

LA CUERDITA (Drama)

Prólogo

Los Reyes Magos han traído un muñeco a Pingüín. Tirándole una cuerquita, el muñeco llora...

Acto único

Ocho – *Hermanito de Pingüín: 2 meses de edad. Lloro.*

La madre: - ¿Pero qué tendrá esta criatura? ¡Dios mío! ¿Por qué llorará así?

Pingüín: - *Triunfante, como regalándole a la madre la solución de lo que la perturba:* - ¡Pero mamá! ¿No ves que le estoy tirando la cuerquita?

CONTRADICCIONES

El niño ya se halla en lucha consigo mismo. Y tiene contradicciones: a él le gustan extraordinariamente las naranjas. Sin embargo, cuando se las dan peladas, sin semillas, cortadas en gajos, a pesar de que todo su instinto se convierte en una boca deseosa, las rechaza. ¡No!, grita en su jerga, yo quiero sin pelar. Quiero con semillas. Imposible darle así las naranjas. Es peligroso. La madre y habla y habla la abuela. Lo quieren convencer. Él resiste a todas las sugerencias. ¡No!, grita. Y aparta el plato violentamente, pero sus ojos agrandados por el deseo devoran los gajos incitantes de la naranja.

Interviene el padre, resuelto como siempre:

- Muy bien. Si no quiere la naranja así, que no coma.

Ya nadie se ocupa del niño. (Es decir, fingen no ocuparse de él). Entonces Pingüín alarga su manita, toma un gajo, lo lleva a la boca, mastica. Al principio con recelo, enseguida, viendo que los demás no le dicen nada, glotonamente.

Pero si alguno lo mira, deja de comer. Hasta es capaz de escupir lo que tiene en la boca.

El padre posee un tílbur con el que recorre las obras en

construcción. El niño enloquece por ir en él, junto al padre, gritando al caballo: ¡Ico, ico! Es uno de sus placeres más intensos y más codiciados.

No bien ve el tílburí en la puerta, corre a él y grita para que lo suban: ¡Ico, ico!

Pero si alguien lo carga para izarlo, se debate, ya no quiere subir.

La madre y la abuela se desesperan. Porque si lo abandonan, el niño, a gritos, llorando, vuelve a pedir: ¡Ico, ico!...

El minúsculo Pingüin adquiere importancia. Los grandes se ven obligados a ocuparse de él. Esto, sin proponérselo con claridad, el niño lo intuye y a esto, quizás solamente a esto, tiendan sus contradicciones.

Llega el padre. (La fuerza, la voluntad, la resolución). Se le expone lo que pasa. El padre toma al niño que llora y se debate para no subir, lo planta en el asiento, salta sobre el tílburí y fustiga al caballo que parte, trotón.

No ha corrido tres metros y el niño que, ya ha dejado de llorar, sonríe, feliz. Sonríe y mira al padre. Lo mira como agradecido.

EL GALLO MALO

La cocinera – saliendo apresuradamente por la algarabía insólita que le llega desde el gallinero: - ¡Pingüin! ¿Qué haces allí pegándole palos a las gallinas? ¡Se lo voy a decir a tu mamá!

Pingüin – No le pego a las gallinas. Le pego al gallo. Le pego para que no sea malo. ¿Por qué pica a las gallinas? Se les sube encima y las pica en la cabeza. Y las pobres gallinas le tienen tanto miedo que se ponen para que él las pique. Por eso yo le pego a él. ¡Para que aprenda a no ser malo!

LOS DESCUBRIMIENTOS

EL PALO

Pingüin tiene una conciencia cuyo desarrollo equivale a la de un ser primitivo, de un hombre salvaje: Tiene tres años. Está en la edad de los descubrimientos imprevistos. Su instinto, aunque ciego y sordo, es potente. Quiere sobrevivir. Las fuerzas exteriores son poderosas; pero su instinto no las mide.

A Pingüin lo han llevado a pasear al bosque. Ve un papel rojo que, revoloteando en la brisa, resplandece al sol. Corre para tomarlo.. Llega, pero ya un chico grande, inmenso, infinito – según lo ve Pingüin – un chico de cinco años, le ha puesto el pie encima. Pingüin, azorado y temeroso, se detiene. El chico, enorme, al cual para mirarle Pingüin tiene que alzar la vista al cenit, lo aparta sin mirarlo, se apodera del papel y se va... Pingüin queda tembloroso. Se siente débil ante el otro. Acaba de ser despojado. Pingüin necesita recuperar “su” papel rojo. Y desde su tribulación, le salta el instinto salvaje. Toma un pedazo de rama del suelo. La levanta con las dos manos y la deja caer con toda su fuerza sobre el otro chico

Pingüin espera el resultado.

El chico grande, sorprendido, da un grito fuerte, suelta el papel rojo, pone sus dos manos en la nuca, donde recibió el golpe. Se echa a llorar y corre, llorando, hacia la madre. Corre aturdido y atemorizado. No piensa en nada. No piensa en repeler la agresión. En aquel segundo, para él sólo existe su dolor, y corre hacia la madre, único ser capaz de librarlo de su dolor.

Pingüin se apodera del papel rojo y corre también a buscar refugio. Está satisfecho. No sólo por el placer que le proporciona el haberse apoderado del papel rojo. Es su espíritu el que está satisfecho, su espíritu de hombre salvaje de tres años: Acaba de hacer un descubrimiento trascendental, inolvidable: Ha descubierto el palo. Maravilloso objeto que permite a un diminuto ser débil como *sabe* que es él, Pingüin, triunfar sobre un enorme chico al cual para mirarle a la cara debía alzar la cabeza como para mirar al cielo.

Pingüin siente un cálido, alborotador regocijo. Se siente fuerte. Vencedor de lo imposible. Su regocijo es el que habrá experimentado en primer hombre salvaje que, levantando en sus manos un tronco, lo dejó caer sobre la fiera temida, y la vio derrumbarse a sus pies.

ALGO...

El niño, con obstinada ferocidad, da golpecitos en el lomo del perro que sigue acostado, quizás creyendo que son caricias. Misia Jovita, una tía abuela, mujer dulce y cariñosa, lo habla: - ¿Por qué le pegas al perro? ¡Si no te hizo nada el pobrecito! Pingüin sigue pegándole. Obstinado siempre; pero ahora, mientras con una mano da sus terribles golpecitos, con la otra se tapa la cara. Algo hay en él que ha despertado a las

palabras dulces de Misia Jovita. Y este algo le murmura que está haciendo mal; pero otro algo hay que lo empuja a seguir haciéndolo, aunque con vergüenza.

Misia Jovita continúa hablándolo, siempre dulce y cariñosa:

- ¡Qué malo sos! ¡Pegarle a un pobre animal que no te hace nada! ¿Por qué le pegás, eh, queridito, por qué le pegás? Yo que te creía un nene buenito, tan buenito, tan buenito...

Pingüin pega con menos fuerza, sin bríos ahora... ¡Y de pronto se tira a llorar, desolado!

LOS PELIGROS

Hay dos desgracias ante cuya posible presencia Pingüin se estremece: Son el fuego y los ladrones. Que su casa se prenda fuego o que entren ladrones. No sabe cuál de las dos le infunde más miedo. De día, los ladrones no son tan espantosos. (Pingüin se imagina que todos los ladrones tienen nariz aplastada, ojos feroces, barba negra y dientes largos, agudos, sobresaliéndole del labio inferior). De noche, el fuego posesionándose de su casa como un animal monstruoso, le parece más horrible que de día; ¡pero los ladrones!

Y concluye por decidirse: Si una de estas dos desgracias debe caer sobre él, sobre la casa de sus padres, pide a Dios: que si es de noche, se queme la casa; pero que no entren ladrones. ¡Si los ladrones fuesen tan amables que quisieran entrar de día!

Esto le parece el colmo de la felicidad: Que los ladrones, ya que deben venir, vengan de día, cuando la luz del sol los hace menos espantosos.

Y al acostarse, pide a Dios este milagro. Ni por un momento se le ocurre pedir algo más natural: Que no entren ladrones o que no se queme la casa. Porque le parece que esto es demasiado simple para incomodar a Dios, nada menos. Y a Dios hay que pedirle milagros, no simplezas.

EL MAYORAZGO

I

Vicente (5 años) - ¿Vos sos el mayor?

Pingüin - Sí.

Vicente - ¡Qué suerte que tenés!

Pingüin - ¿Por qué?

Vicente – Porque así tu mamá te compra los trajes nuevos a vos, y cuando vos los usás, se los pasa a tu hermano. Así hace mi mamá: Se los compra a Juan, mi hermano que tiene seis años, después los remienda y los uso yo. A veces, el traje alcanza para Tito, mi hermano menor que tiene cuatro años.
Pingüin – Mi mamá no hace así. Cuando me compra un traje nuevo a mí, le compra otro traje nuevo a Ocho, mi hermanito.
Vicente – Mi mamá no hace eso porque es pobre. Y si le compra el traje a Tito, no serviría después para nosotros que somos más grandes. ¡Ha de ser lindo ponerse un traje nuevo!
¿Verdad?

II

Vicente - ¿Sabés una cosa?

Pingüin - ¿Qué?

Vicente – Se murió Juan, mi hermano. Ahora los trajes nuevos me los compran a mí. ¡Qué lindo! Ahora, después que yo los use, se los pone éste (señala a Tito).

Tito – Pero cuando vos te mueras, como Juan, me van a comprar los trajes nuevos a mí. ¡Qué lindo!

ENFERMEDAD

¿Pero están todos locos? ¿Por qué se han empeñado en hacerle mal? ¿Qué he hecho yo – se dice el niño – para que todos estén contra mí, haciéndome lo que me hacen?

Papá empeñado en hacerle tragar un aceite repugnante y, como se resistiera, se lo hizo tragar apretándole la nariz hasta dejarlo sin respiración. Mamá y la abuela, dándole bebidas asquerosas, o friegas con unturas que pican o poniéndole emplastos calientes.

Todos contra él, nadie lo defiende.

¿Y por qué no le dejan levantar de la cama?

Se siente terriblemente desgraciado. No sólo por las cosas desagradables que hacen con él, sino porque ve que todos están contra él, que todos han dejado de amarle.

Y llora.

El padre interpreta equivocadamente su llanto. Le dice:

- ¡Qué vergüenza, un hombre llorando por no tomar remedios!

El niño no responde, pero piensa: Si a vos te pasara lo que a mí, si todos te dejaran de querer y te hicieran mal como me están haciendo a mí, ¡también llorarías! Y vos sos un hombre grande, el hombre más grande del mundo...

Pero deja de llorar. Hay un ser que no ha dejado de quererlo. Es su hermanito. Gateando, se aproxima éste a la cama del enfermo y le ofrece su mamadera, blanca de leche dulce. Pingüin no la toma. Le duele la cabeza, siente un calor incómodo en la frente y un frío en la espalda. No tiene deseos de comer nada; pero un inmenso alivio se apodera de él. Ya no está solo en el mundo. Su hermanito le siguió queriendo...

EL MUÑECO

Al apretarle la barriga, el misterioso muñeco hacía: ¡In, in; in, in!

¡Catástrofe! De pronto dejó de hacerlo.

En vano Lino, el amigo de Pingüin y dueño del muñeco, siguió apretando. El muñeco había enmudecido.

¡Lo tiró!

Pingüin lo recogió. Le abrió la barriga, buscó. Al fin sacó de allí lo que sonaba: una pequeña acordeón de tela.

Cuidadosamente la arrancó. Y el acordeón comenzó a sonar de nuevo: ¡In, in; in, in!

Los chicos, felices por haber descubierto lo que sonaba, se entregaron a la pequeña acordeón, a gozarla como si fuese un juguete nuevo y raro. Lo era. La pequeña acordeón era sí un juguete raro y nuevo, ya que había sido obtenida por el espíritu de investigación, arrancada al misterio del muñeco enmudecido de pronto y vuelta la voz, ¡al milagro de la voz!, por el trabajo propio.

LA ODIOSA NOCHE

Pingüin – Mamá, ¿para qué hay noche?

Mamá – Para poder dormir.

P. – Yo duermo igual de día.

M. – Pero abuelito, no. Si no está a oscuras, abuelito no puede dormir.

P. - ¡Que cierre los postigos! A mí no me gusta que haya noche, yo quiero que sea siempre de día. De día no hay ladrones ni fantasmas.

M. – No hay que ser egoísta. Es de noche aquí para que en Europa, que está del otro lado del mundo, sea de día.

P. – Y bueno, hagamos una cosa. Que Europa se tome la mitad del sol, y nosotros la otra mitad. Y así ella tendrá siempre día y nosotros también. ¿Por qué no hacemos eso, mamá?

M. – Eso no es cosa de los hombres, sino de Dios. Si Dios ha hecho un solo sol, él sabe por qué. Si ha hecho el día y la noche, él sabe por qué. Dios todo lo sabe. Todo lo que él hizo, está bien hecho.

P. - ¡No, mamá!

M. - ¿Qué decís, hijo?

P. – No, mamá. Si yo hubiese sido Dios, hubiera hecho el día con dos soles y la noche con uno. Y así siempre habría luz. No vayas a creer que es por miedo a los ladrones o los fantasmas. No, mamá.

M. – Pero si siempre habría luz de sol, no se verían ni la luna, ni las estrellas que son tan lindas...

P. – Bueno, entonces podríamos hacer esto: Que ese pedazo de cielo tuviese sol y el de la esquina luna y estrellas. Así el que quisiese sol vería sol y el que quisiese luna y estrellas, vería luna y estrellas.

M. – Dios no puede conformar a todos, hijo.

P. - ¿Y cómo papá cuando sirve la comida en la mesa, nos conforma a todos? ¿Entonces papá es más que Dios?

M. - ¡Hay! Me he pinchado con la aguja por contestar a tu charla.

P. – Bueno mamá, dame el dedo que te voy a chupar la sangre.

LOS DESCUBRIMIENTOS

LA VANIDAD

Pingüin tira piedrecillas al lago. Estas caen y forman un círculo que se ensancha hasta partirse en las orillas

- ¡Mamá – grita Pingüin alborotado - ¡Mirá qué puntería tengo, mamá!: Todas las piedras que tiro caen dentro de los redondeles de agua.

LAS TORTAS CON AZUCAR QUEMADA

Todas las tardes, la madre y la abuela toman mate con tortas.

Pingüin las ha pedido varias veces. Se las niegan:

- No, te van a hacer mal. Están crudas.

Cuando mucho, la abuelita le da un poco de la cáscara azucarada; pero eso sólo consigue avivarle el deseo de morder la torta, partirla con sus agudos dienteillos de cachorro siempre hambriento, llenarse la boca con su ancha masa y

masticar a dos carrillos. ¿Tragar? ¡Qué delicia! Pingüin, a pesar de sus cuatro años, ya goza con el deseo aún no hecho realidad, goza mascando aire, tragando saliva e imaginando que es una torta con azúcar quemada.

Y una tarde se halló sólo frente al paquete de tortas, abandonado sobre la mesa. Después de mirar a su alrededor, dio un manotazo. Y echó a correr con dos tortas. ¿Dónde comerlas? Pingüin aún no había llegado a la edad en que el cuarto de baño constituye un refugio. En el cuarto de baño se leen libros prohibidos o se fuma, arrojando el humo en la rejilla de la cloaca. Pingüin aún no fumaba ni leía. Tampoco tenía el derecho de encerrarse en el cuarto de baño. Ese derecho se adquiere cuando hacer “sus necesidades” delante de otros constituye una indecencia.

¿Dónde refugiarse para comer las tortas? Debajo de la mesa del comedor, oculto por los flecos de la larga carpeta; es refugio cómodo y casi inaccesible; pero se hallaba demasiado cerca del lugar donde cometiera el robo. No iba a comer sus tortas con tranquilidad. Y él, antes que todo, deseaba comerlas despacio, como veía hacerlo a la abuela y la madre. Pensó en la sala, habitación sola siempre; en la sala y debajo del piano. Corrió hacia allá.

Mordió la primera torta y comenzó a masticar. Pero allí donde no llega un grande, llega un niño. Lo que un grande no ve, lo ve un niño de dos años.

De pronto, Pingüin sintió pasos, los pasos menuditos de su hermano menor. Se sobresaltó. Detuvo la respiración, llena la boca. Los pasos se alejaron y Pingüin siguió comiendo. ¡Tragó! Ya iba a morder la otra torta, cuando oyó junto a él la vocecilla de su hermano:

- ¡Dame! – y estiraba la manita en forma de garra. ¿Pero cómo no lo había oído llegar?

Pingüin no era egoísta, muchas veces había compartido con su hermano menor; pero compartir una torta cuando quizás no podría comer otra, hubiera sido sacrificarse. El niño no conoce el sacrificio, no puede conocerlo; su instinto es demasiado poderoso, desea demasiado. El altruismo es sólo posible en aquellos que esperan poco de la vida. Y el niño, como el animal, como el hombre que no piensa, aguarda que la vida le dé todo.

Pingüin resolvió no dar nada de su torta al hermanito. Lo miró con rabia. Le hubiese pegado un golpe. Después, rápidamente, pensó hacer lo que con él hacía la abuelita: conformarlo dándole un trozo de la cáscara. Pero si el glotón de su hermanito probara aquello tan rico, querría más, querría toda

la torta, lloraría... ¡No! Decidió no darle nada. Lo miró. Los ojos grandotes del chiquillo brillaban en su cara grandota de bebé.

Alargando la mano, preguntó:

- ¿Qué?

Pingüin, haciendo una mueca de asco, la mueca que hacía cuando tomaba aceite de castor, (el hermanito también conocía esa mueca), explicó:

- ¡Remedio! ¡Aj! – Dio un enorme tarascón a la torta. Mascó. Tragó. Dio otro mordisco y volvió a hacer: ¡Aj!

Y, cómodamente, siguió comiendo la rica torta, aunque sin abandonar ya su mueca de repugnancia.

INSTRUMENTO

Pingüin y Ocho pasean acompañados de Polonia. Pasan delante de un perro, tranquilamente tumbado en un umbral.

- Pingüin (a Ocho) – ¿A que no lo tocás? – y señala al perro.

Ocho, impulsivo, se acerca al perro, extiende la mano. El animás gruñe, muestra los colmillos...

Polonia - ¡Cuidado! ¡Te va a morder!

Ocho se refugia en ella, trémulo. El can vuelve a su tranquilidad.

Polonia (a Pingüin) - ¿Y vos, para qué le decís que toque el perro, eh?

Pingüin (calmoso, naturalmente) – Para ver si mordía.

Y sin escuchar las reconvenciones y amenazas, con las manos en los bolsillos, sigue andando. ¿Qué ha hecho mal? Puede ser.

¿Qué el perro podría haber mordido a su hermanito? Pero si éste, insignificante ser que aún lleva pollerita, no le sirve a él como instrumento de experimentación, ¿para qué sirve?

JUEGOS

CAZAR

El mundo es maravilloso. El niño quisiera adueñarse de él.

Pegar un salto, llegar al cielo y llenarse los bolsillos de estrellas, como cuando va a la plaza se los llena de

pedrecillas. Quizás traerse la luna también, si no es muy pesada.

Pero este salto es difícil, el niño prueba. No se levanta mucho del suelo. ¿Por qué los hombres tontos hacen las escaleras tan cortas? Cuando él sea mayor – piensa Pingüin, y a nadie dice

su proyecto – va a hacer un barrilete grande. Muy grande, lo va a remontar con una soga fuerte; una vez sereno lo atará en una columna y él empezará a treparse por la soga, y a subir, a subir, a subir hasta las nubes, más allá de las nubes, hasta el cielo. Una vez allí, comenzará a tirar con estrellas a los que caminen por las calles.

Entretanto llega ese día – lejano, lejanísimo – en que él sea hombre y pueda realizar su proyecto, Pingüin necesita apropiarse del mundo accesible a sus fuerzas de niño: flores, frutos, piedras brillantes, caracoles raros, insectos vistosos... Pero apropiarse de todo eso es muy difícil. Y aburrido. Lo que entretiene es apropiarse de lo que se entrega a él con docilidad inerte: Los animales, pero los animales que vuelan. Su instinto de cazador está despierto; alerta el ojo, viva la mano, ágil el pie. Quizás con una envidia subconsciente de ser condenado a caminar sobre la tierra y que ansía volar; el niño ha declarado guerra al ala. Su gozo de cazador no está en atrapar lombrices ni escarabajos, lo que vuela lo atrae. Aún es muy pequeño para cazar pájaros. Su mano es muy pequeña para manejar la honda o tirar la piedra. Pero el salvaje que palpita en su carne de hijo de civilizados, no se resigna a no cazar. Cazar es un juego, un juego importante, el juego que más se acerca a la vida. ¡A cazar, pues!: Moscas, animal dañino y repugnante. Langostas que, según papá, se devoran los sembrados y los jardines.

Pero también se tira, vibrante de ansia, a cazar lindas mariposas, bicho inocente e inofensivo. Esta es una caza furtiva. Sabe que los grandes le reprocharán que cace bellas mariposas y le aprobarán su matanza de langostas dañinas. Pero la mariposa, bella y alada, es la caza más atrayente. Quizás por ser el más bello entre los seres alados, es quién más despierta su subconsciente envidia de ser sin alas, condenado a caminar sobre la tierra.

Pingüin caza también semillas de cardo. Graciosas, con su leve plumerillo circular, las semillas de cardo vuelan al capricho de la brisa. Parecen animales vivos, no partículas de vegetal. El niño las caza y les da un mensaje:

- Andá y decile a Dios que para Navidad me traiga un tren con cuerda que ande sobre rieles.

Sopla el plumerillo que se eleva, se eleva. A veces, una brisa oportuna lo lleva alto, alto, alto y lejos. El niño lo pierde de vista. El mensajero cumplirá su misión. Irá hasta el cielo, le llevará a Dios su pedido y él, para Navidad, tendrá su tren con cuerda y corriendo sobre rieles.

Pero la brisa oportuna no sopla siempre; y el leve plumerillo

sube un poco, vacila, vuelve a caer. El niño se precipita sobre él, la mano en garra, los ojos fulgurantes, Y lo toma:

- ¡Ah! ¿No querés ir a decirle a Dios que para navidad me traiga lo que yo quiero? ¡Tomá, tomá y tomá!

Nervioso, vengativo, deshace el gracioso plumerillo.

El niño caza. Para los grandes, juega. Para él no juega.

Cazando se siente más que un hombre. Se siente un dios. En sus manos lleva la muerte, la temida muerte, y la distribuye implacable, serio y duro como el destino

INOCENCIA

Hay visitas. Un anciano, a quien todos llaman doctor, habla. Los demás escuchan. El anciano es calvo, lleva anteojos de carey. Muy obeso, su abdomen se eleva, enorme, sobre el sofá donde, semitendido, descansa.

Muy calladito, muy serio, Pingüin también escucha. Acaba de salir de una de sus frecuentes indigestiones y está flacucho y descolorido. Los demás oyen al anciano que habla. Todos olvidados del chiquilín que observa.

Pingüin aprovecha una pausa del doctor y le pregunta:

- ¿Usted encargó un nene?

Los demás se alarman. ¿Por qué sale con tal pregunta este chico?

El anciano inquiere:

- ¿Por qué me preguntás eso?

Y el niño, señalándole el enorme abdomen:

- Porque cuando mamá encarga un nene, la barriga se le pone así...

EL VALOR

I

Ocho, con sus tres años solamente, acaba de realizar una hazaña inaudita. La mamá y la abuela lo reprendieron; pero el padre sonrió y el abuelo entusiasmose. ¡Ocho es un valiente! En el corral había una gallina con doce pollitos. Ocho, armado de un garrote, espantó a la gallina; después fue tomando a los pollitos, degollándolos y clavando las cabezas en una pared. El abuelo, de quién se narran terribles hazañas de guerra, al saberlo, exclamó:

- ¡Lindo mi nieto, sos un degollador del tiempo de Rozas!

La fama de Ocho como valiente, se extendió. A todas las visitas, el abuelo la exaltaba entre alegres comentarios y reproches de la abuela. ¿Pero la pobre abuela, ¡tan buena!, qué sabe de estas cosas de valor? – pensaba Pingüin -. ¡El abuelo sí sabía! ¡Él, que tuviera peleas a cuchillo y que fuera soldado de Rozas, él sí sabía!

Todo el barrio se enteró de la hazaña de Ocho. Y por ella se le festejaba:

- ¡Bravo el chico! ¿Eh?

- ¡Sale al abuelo por lo cuchillero!

Pingüin sintió envidia por la fama del hermanito. El también demostraría que era un valiente: Se armó de garrote y cuchillo. Fue al corral, espantó a otra gallina con pollos y tomó a uno de éstos para degollarlo. El pollito piaba desesperadamente. ¡Y no pudo degollarlo! En el momento en que le iba a pasar el cuchillo, un sentimiento de repulsión por sí mismo, una ola de infinita lástima por el animalito piente, le hizo temblar la mano. ¡Y lo soltó!

Avergonzado, convencido de que era un cobarde, de que él no era un valiente como su hermanito, Pingüin ocultó a todos su frustrada tentativa de degüello.

¡Y admiró a ocho, tan valiente!

II

Ya había pasado una semana. Ahora, una noche, en el patio de la casa, bajo un enorme níspero, jugaban Pingüin y Ocho con Isabelina y Dora, dos chicas del barrio. En el momento de irse, Isabelina dijo:

- ¡Ay, mi muñeca! He dejado mi muñeca en el fondo, debajo de la higuera...

- Andá a buscarla – dijo Ocho.

- ¡Tengo miedo!

- ¿Vamos los cuatro? – propuso Pingüin.

- ¡No, yo no voy! – protestó Dora - ¡Que vaya Ocho! ¡El es valiente!

- Sí, andá vos, Ocho, vos sos valiente, vos degollaste a los pollos. Andá, traeme la muñeca.

Ocho había clavado sus enormes pupilas en las negras sombras del fondo. ¿Qué ocultarían ellas? Se resistió denodadamente:

- ¡No, yo no voy, no, yo no voy!

Las chicas, con intuición femenina, lo acuciaron:

- ¡Tenés miedo!

- ¡Qué vergüenza, el valiente!

Isabelina se dirigió a Pingüin:

- Traémela vos, Pingüin. Vos que sos más grande que Ocho...

Dora azuzó a éste, maligna:

- es más grande, pero no es valiente como Ocho...

Pingüin sintió que el amor propio masculino se le subía a la cabeza, cegándolo de odio y de rabia; humillándolo. Exclamó:

- ¡Yo voy a ir!

Y se hundió en la sombra.

Regresó pálido, tembloroso hasta castañetearle los dientes, pero con la muñeca en alto, como un trofeo glorioso. Puso la muñeca en manos de Isabelina, sin hablar. No podía hablar.

Y, premio de su hazaña, oyó que Dora decía, admirada:

- ¡Qué valiente había sido! ¡ir solo hasta el fondo, de noche!

Isabelina, al tomar la muñeca, tocó las manos de Pingüin.

- ¡Qué frío estás! ¡Y temblando! Los dientes te hacen tic, tic, tic... Pingüin hizo un esfuerzo para poder hablar.

- ¿Qué estoy temblando? ¡También, tienen que ver el frío que hace allí, en el fondo!

- ¿Hace más frío que aquí?

- ¡Uh! ¡Allí está más oscuro!

UN GRAN DESCUBRIMIENTO

Pingüin: - Yo tengo cuatro años y medio.

Julieta: - Yo, seis.

Pingüin: - ¿Seis? Y yo soy de tu alto.

Julieta: - Porque yo salgo a mi mamá que es baja.

Pingüin: - Y yo a mi papá. Mi papá es alto, alto, alto... ¡Y tiene una fuerza! Yo también tengo fuerza. ¿Querés que nos empujemos a ver quien gana?

Julieta: - No.

Pingüin: - Entonces dame las manos. Vos tirá para allá y yo para aquí, a ver quién arrastra al otro.

Julieta: - No.

Pingüin: - ¿Vamos a ver quién escupe más lejos?

Julieta: - Sí, a eso sí. Escupí vos primero...

Pingüin carraspea, se tira hacia atrás, después hacia delante, ¡y escupe!

Julieta hace lo mismo y, tal vez ayudada por un resfrío, escupe más lejos.

Julieta: - ¡Te gané! ¡Mirá! Tu escupida está detrás de la mía.

Pingüin: - Vamos otra vez.

Repite su balanceo y escupe. Satisfecho, comprueba que se ha superado.

Pero Julieta que escupe en seguida se supera también, y vuelve a ganar.

Julieta: - ¡Ah, te gané otra vez! ¡Mirá!

Pingüín (modestísimo): - Bueno, ahora vamos a ver quién mea más lejos...

Y sin esperar si se acepta o no su desafío, desnuda el sexo, lo hincha y apretando, trata de arrojar lo más lejos posible el áureo líquido.

Julieta lo mira absorta, con avidez. Acaba de presenciar un espectáculo nuevo, imprevisto.

Pingüín - ¡Ahora vos! ¡Dale!

Julieta: - Yo... Yo no puedo hacer así.

Pingüín: ¿Por qué?

Julieta: - Porque no tengo eso...

Pingüín: - ¿No tenés? ¿Y cómo orinás?

Julieta: - Por un agujero...

Pingüín: - ¿Te lo cortaron?

Julieta: - No, nací así.

El niño calla y la mira, la mira con lástima.

JUEGOS

LA MANCHA

Ocho y Pingüín se disponen para jugar a la mancha.

- El que sale diez es mancha. Uno, dos, tres, cuatro... - comienza Pingüín a contar. Ocho lo interrumpe:

- ¡Así no! ¿Por qué empezás a contar por vos? ¡Empezá por mí!

Ocho sabe que si es a diez la cuenta, no sale mancha aquel por quién se empieza a contar. Bueno – dice Pingüín -. Es mancha el que salga veinticinco.

Y comienza a contar por Ocho.

II

Ocho ha observado: Cuando él cuenta, a veces Pingüín sale mancha; pero cuando cuenta Pingüín siempre le toca ser mancha. ¿No hará trampas Pingüín? A veces lo obliga a contar de nuevo:

- A ver, ¿contá otra vez?

Y Pingüín sereno, seguro del resultado, vuelve otra vez, siempre comenzando por el hermanito: Uno, dos, tres... ¡veinticinco! ¿Ves? ¡Has salido vos!

El chico no siempre se conforma con su mala suerte. Insiste:

- ¡Quiero contar yo! El que salga veinte es mancha. – Y el inocente, él mismo se condena. Razona: Si la otra vez, comenzando a contar por él, él salió mancha, comenzando ahora por Pingüín, quizás... - ¡Uno, dos, tres!...

Pingüín, seguro del resultado, lo deja contar:

- ¡Dieciocho, diecinueve y veinte!

- ¡Saliste vos, ¿eh?

Ocho se resigna a su destino adverso:

- Sí, ¡corré!

ALEJAMIENTO

La madre está bordando. Pingüín mira. De improviso, toca.

- ¡No toqués! – dice la madre, y le retira la mano.

Pingüín queda mirando, pero no puede resistir a la sugestión que ejercen sobre él aquellas hermosas flores de seda destacándose sobre el raso blanco, y vuelve a tocar.

La madre le da un golpe en la mano curiosa. Pingüín no esperaba esto. Su asombro, más que su dolor físico, su asombro que es dolor espiritual, va a derretírsele en lágrimas; y las contiene. No llora, pero hace unas muecas tan dolorosas que la madre comprende la infinita pena que aquel golpe imprevisto ha llevado al corazón del niño.

Lo atrae hacia sí, mimosamente:

- ¡Dame un beso!

Pingüín no la besa. Dolorido y humillado, se siente lejos, ¡tan lejos de aquella mujer que hace un segundo era su mamá, que hace un segundo él quería tanto! Esta es una mujer que le ha pegado. Nada más. Su mamá querida se ha alejado de ella, ya no es ella.

La madre insiste, más cariñosa:

- ¡Besame, mi nene, Besame! ¡Por favor, Besame!

Pero en vano lo atrae hacia sí. El niño, resentido, permanece inmóvil. Da vuelta la cara.

La madre lo abandona y vuelve a su bordado con la cabeza muy baja.

El niño no se mueve. La observa. Presiente que algo dolorosa también pasa por su madre. Y ve que llora: Pesadas lágrimas caen de los ojos de su madre y se golpean contra sus manos o se extienden sobre el raso que borda.

Pingüín se conmueve hasta el sollozo. Y, arrojándose al cuello de la madre, la besa, la besa muchas veces, la besa hablándola con voz insegura:

- ¡Sos mi mamá! ¡Sos mi mamá otra vez!

PROPIEDAD

El padre le ha comprado un mono con cuerda. Pingüín lo hace subir y bajar diez, quince, treinta veces. Pero ya no lo divierte el mono subiendo y bajando, siempre lo mismo.

Se pone a mirarlo, a hurguetear en la cuerda.

El padre – Si continuás hurgueteando en el mecanismo vas a concluir por romperlo.

Pingüín vuelve a hacer subir y bajar el mono una, dos, tres, cuatro... Y como otra vez se aburre, cuando cree que el padre no repara en él, torna a hurguetear en la cuerda. El padre, que no ha dejado de observarlo:

- ¿Otra vez? Ya te he dicho que vas a concluir por romperlo.

Pingüín (tímidamente) – ¡Pero papá, vos me compraste el mono para mí!

- Para vos, sí, pero no para que lo rompas.

- ¡Pero si no puedo romperlo, el juguete no es mío!

SORPRESA

Tranvía. En el asiento de adelante va un señor grueso. De pronto se quita el sombrero y deja ver una redonda calva, total y reluciente.

Pingüín mira y, sorprendido, hablando por el índice que señala y la boca que grita:

- ¡Mirá, mamá, Mirá; ese hombre tiene una cabeza nueva!

Todavía no le ha salido el pelo.

LA SIRVIENTA DE CONFIANZA

Se llama Polonia.

Gran lectora de las noticias de Policía, Polonia se las lee a Pingüín en tanto que siempre se halla delicado, aparte de la mesa común, hace su comida: sopa de ajo, pollo y compota de ciruelas.

Polonia lo deja tomar la sopa de ajo. Cuando el niño va a emprender con el pollo, ella le lee algún crimen espantoso. En el diario no falta uno por día, con todos los detalles. Pingüín se impresiona. Tiembla. Mira para atrás temiendo ver entrar al autor de ese crimen – desmelenado, hirsuto, aún rojo de

sangre -. Se le va el apetito. Retira el pollo. Entonces Polonia, tranquilamente mientras sigue leyendo, se lo come. Después le recomienda:

- No vayas a decir que no lo comiste vos, que no tenías hambre. Si saben que no comés te van a dar aceite de ricino.

EL ROSAL EN PENITENCIA

La madre:

- ¿Y el rosal que esta aquí?

Pingüín:

- Yo lo saqué, mamá.

- ¿Lo sacaste?

- Sí, mamá. Ahora está allí. ¿Lo ves? Frente al gallinero. El pobre rosal se aburría en ese rincón, siempre de cara a la pared, como un chico en penitencia. Yo lo saqué y lo planté allí para que se divierta mirando a las gallinas...

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD

“CARA DE CARNERO”

Golpean el llamador. Pingüín corre a la puerta. Es la señora de Barbozo, la que mamá apoda: “la cara de carnero”.

Y sale gritando alegremente:

- ¡Mamá, mamá; está “la cara de carnero”, está “la cara de carnero”!

- ¡Callate, Callate! – y la madre se acompaña con golpes -.

¡Callate, Callate!

Pingüín, sorprendido, huye.

Cuando la madre llega a la puerta, la señora de Barbozo ha desaparecido.

La madre vuelve furiosa. El niño ya se ha ocultado. Ella lo busca afanosamente. El niño, metido en un ropero, calladito y temeroso, piensa. Aún no acaba de comprender por qué la madre se ha enfurecido así. ¿Si esa señora no se llama “la cara de carnero”, por qué la madre, hablando de ella, no le dice por su nombre? ¿Pero así como a él que no se llama Pingüín le dicen Pingüín, por qué es malo decirle “cara de carnero” a esa señora, aunque no se llame “cara de carnero”?

¡Los grandes son incomprensibles!

EL JUEGO DE LAS PALOMAS

En un banco del parque una joven y su galán se besan.

Pingüín – Mirá, mamita, mirá aquellos: están jugando a las palomas.

La madre - ¿A las palomas?

Pingüín - Sí, mamita; Laura, la hija del almacenero de enfrente, me lo enseñó a jugar. Cuando yo paso por el almacén me llama: - vení, vamos a jugar a las palomas. Y me lleva detrás de los barriles de vino para que no nos vea el almacenero...

La madre - ¡Ah, qué pícara! ¿Y cómo se juega ese juego?

Pingüín - ¡Si vos lo sabés, mamita! Yo te he visto cuando lo jugabas con papá.

LOGICA

Ocho no se deja acostar. Revienta un trueno. Polonia lo aprovecha:

- ¿Oís, ocho? ¡Un trueno! ¿Sabés qué es? ¡Es Dios que está enojado porque no te acostás pronto!

Ocho se deja desnudar, aterrorizado.

Pero Pingüín, que ya hace un largo cuarto de hora que está en la cama, una vez alejado el último gruñido del trueno, se aventura a protestar:

- Pero si Dios se enoja con él, ¿por qué me asusta a mí también que yo ya estoy acostado?

OTRO MUNDO

I

- ¡No toques ese florero, lo vas a romper!

.....

– ¡Cuidado, no corras así que te podés caer!

.....

- ¡No grites que me duele la cabeza!

.....

- ¡Dejá quieto ese palo que vas a tirar la lámpara!

.....

II

¿Pero no comprenden los grandes que él necesita educarse, que él necesita aprender, que él necesita experimentar? ¿Y cómo educarse, aprender, experimentar, sino viendo, tocando, rompiendo si es necesario? ¿Pero como educarse, aprender, experimentar en medio de gritos que le prohíben hacer lo que él necesita hacer, tocar lo que él necesita tocar?

III

El niño concluyó por huir y refugiarse en el fondo de la casa. Allá, entre el chiquero y el gallinero, cerca de grandes árboles – una higuera, una magnolia, un limonero, un peral, un níspero – camaradas mudos y pacientes.

Sus cuatro años, revoltosos y chillones, no cabían dentro de la casa. Esta se hallaba llena de cosas inútiles, tontas, sin por qué, fácilmente rompibles. Y de personas grandes, ocupadas en cosas estúpidas, sin razón, exigiendo que él se estuviese quieto y callado, cuando él deseaba correr y gritar... ¡No! Ese no era su mundo. Ese era el mundo de los grandes, un mundo que él había encontrado hecho. Era preciso hacerse otro mundo para él solo, con cosas que se pudieran tocar o romper, como son los tachos viejos, las botellas vacías, los cajones abandonados en el fondo de la casa; con seres quietos y callados como los árboles, pero que no se quejaban porque él gritara o corriese...

¡Que se guardasen los grandes su mundo lleno de prohibiciones! ¡Que se guardaran su viejo mundo con todas sus cosas! El ha descubierto un nuevo mundo, hecho por él y para él, inventado por él y para él y al que los grandes casi no se acercan: y este es el mundo de la libertad. ¿Se halla sólo en él? Su imaginación no tardará en poblarlo de criaturas amables.

LA TRAGICOMEDIA DE LA HOMBRÍA

LA PROTECCIÓN

Van a cruzar la calle...

La mamá – Denme las manos, nenes.

Pingüín – Vos llevá a Ocho. Yo puedo atravesar solo, mamá.

La mamá – Yo no llevo a Ocho. Mirá. El me lleva a mí.

Pingüín - ¡Yo también, yo también quiero llevarte, mamá!

Y la madre cruza con un chico tirándola de cada mano.

EL PERRO DIBUJADO

Pingüín ha encontrado un trozo de tiza. Necesariamente ha de emplearla: Hace círculos y trapezoides en las paredes. (Diez años después sabrá que las figuras que hace ahora se llaman círculos y trapezoides). De pronto ve a su perro tirado, durmiendo. Se le ocurre pasar la tiza alrededor de su cuerpo, sus patas, su cabeza. Después hace levantar al perro. En las baldosas ha quedado un dibujo que parece un perro. El descubrimiento lo maravilla. Aleja al animal y comienza a decir, a gritos:

- ¡Vengan a ver, vengan a ver lo que yo hice!

Llegan el hermanito, la abuela y la cocinera. Aquel exclama, alborozado:

- ¡Qué bien, un perro!

El abuelo y la cocinera dudan. No creen que Pingüín lo haya dibujado. Este protesta:

- ¡Sí, yo fui! ¡Yo fui!

Llega Nepomuceno. Mira y, desdeñoso:

- ¿Vos hiciste eso? ¡No mintás! ¡Qué vas a hacer eso vos!

Pingüín sigue defendiéndose ariscamente:

- ¡Yo, sí, yo lo hice, yo!

Llega la abuela, mira también y, entusiasmada:

- ¡Muy bien, mi nene, muy bien! Este chico va a ser un gran pintor. ¡Van a ver!

- ¿Por qué no creen que él lo haya hecho?

Los demás lo atacan. Ella se afirma en su defensa:

- ¿Pero por qué no puede hacer él este dibujo?

Pingüín siente que una dulce tristeza lo invade. La credulidad de la abuela lo conmueve. ¡No puede mentirle a ella! A todos les hubiera mentido porque todos dudaban de él. ¡A ella, no! A ella, que cree en él, ni puede mentirle:

- ¡No, abuelita! Mirá como hice el perro.

Trae el animal, lo tumba y vuelve a dibujar su perfil pasando la tiza alrededor de su cuerpo, su cabeza, sus patas...

ABUELITA

A “Abuelita” se la ama. Por eso se le dice así, con un diminutivo.

¿Un golpe? Es a abuelita a quien los niños acuden para encontrar consuelo. Pequeña, silenciosa, casi triste<<<<, ella es una fuente inagotable de palabras dulces, blandas, tiernas.

Sus manos no se cansan nunca de acariciar. La abuela sólo sabe hacer bonetes y barcos de papel; pero sus ojos mansos, ¡miran de un modo! Y confortan, fortalecen, dan valor.

Todos la quieren, grandes y chicos, amigas y sirvientas. Nadie ha oído de ella más que palabras cariñosas. Siempre está dispuesta a disculpar todos los defectos, a justificar todos los errores, a perdonar todas las culpas. Y siempre termina:

- No tenemos derecho de juzgar a nadie. Dios es el único que puede juzgar, porque sólo él es perfecto. Todos nosotros estamos aquí para ser juzgados, no para juzgar.

- Evangelina, Evangelina! – le dice en tono de reconvención a la madre de los chicos, si ésta acude a quejarse del marido porque entre ellos ha ocurrido alguna futilidad - ¡Evangelina! – repite, ya severa - ¡No te quejes! Es un pecado que te quejes del marido que tu buena suerte te ha regalado.

- Pero, mamá...

- ¡No te escucho! ¡Callate, hija! Si yo hubiese tenido un hombre así a mi lado, hubiera creído que este bajo mundo es el mismo cielo...

- ¡Vos siempre le das la razón a él!

- Yo no le doy la razón a él ni a vos. Yo no quiero juzgar. Si él viniera a quejarse de vos, le diría lo que a vos te digo: Hay que tolerar, hay que perdonar, tolerar, perdonar, tolerar, perdonar...

- ¿Y qué has ganado vos, mamá? Toda la vida te la has pasado tolerando y perdonando...

- ¿Cómo que he ganado, hija? ¿Y la tranquilidad de mi conciencia?

La abuelita es una casamentera infatigable. Donde se entera que hay un hombre y una mujer unidos, según los muy simples ritos de la naturaleza, y nada más, ya está ella, hablándoles de Dios y del nombre de los hijos, de la desgracia de ser guachos que los amenaza. Por lo común, los unidos, gente sencilla, sin convicciones, se casa. Ella es la madrina de la boda y de los hijos que siempre se hallan sin cristianar.

Esa noche la abuelita se acuesta feliz, convencida que acaba de arrebatarse dos almas al demonio, su personal enemigo.

La abuelita es religiosa, pero ni va mucho a la iglesia ni tiene tratos con sacerdotes. Instintivamente, quizás por pureza de alma, afirma que Dios está en todas partes, hasta en las iglesias, pero que no es preciso ir a la iglesia para encontrarlo. Le basta con hacer bien al prójimo.

El lenguaje de las buenas acciones es el que Dios nunca deja de oír – dice.

Ella es quien ha enseñado a rezar a los niños; pero repite

siempre:

- Si sabés rezar, mejor rezá; pero si no sabés rezar, no importa. Basta con que seas bueno. Dios no escucha a los malos que rezan, y no deja de oír a los buenos, aunque éstos se digan ateos y no crean en él.

De los sacerdotes prefiere no hablar.

- Son hombres – dice -. Los hay buenos y malos, como ocurre con todos los hombres. También hay médicos buenos y malos. Gobernantes buenos y malos.

Pingüín, que acaba de escuchar las injurias del abuelo contra alguno que pasaba, se llega a preguntarle:

- Abuelita, ¿por qué el abuelo habla así de los curas?

- Porque fue camarada de un mal sacerdote y cree que todos hacen lo que aquel mal sacerdote hacía. Pero todos no son malos. Ni todos son buenos. También hay padres de familia malos y buenos. ¿Y no es tan grave ser padre de familia malo y dar mal ejemplo a los hijos, como ser mal sacerdote y dar mal ejemplo a los creyentes?

Casi nunca habla de los santos. Se dijera que no creyese en ellos, aunque no es así; pero Jesús ocupa tanto lugar en su alma que se la ilumina toda, y se la enciende con su amor.

La abuelita lee un libro: El evangelio. Se lo sabe de memoria y lo cuenta a los nietos que la escuchan absortos y tan entretenidos como si les narrase cuentos prodigiosos de Perrault o de Grimm. Además, el cuento de la Cenicienta o el del joven que fue a arrebatarle una pluma del ala de un grifo, nunca ocurrieron. ¿Y quién duda que Jesús resucitó a Lázaro o a la hija de jairo, quién duda que curó leprosos y paralíticos, quién duda que multiplicó panes y peces y caminó sobre las olas?

¡Si la abuelita asegura que Jesús hizo todo ello, todo ello es verdad! La abuela nunca miente. ¡Jamás ha mentado en su vida!

EL ABUELO

Al abuelo se lo admira: Motivos hay: el abuelo sabe hacer barriletes y remontarlos. Hermosas estrellas o bombas multicolores de largos y rizados flecos que, una vez en el aire, zumban. El abuelo también les ha enseñado a jugar a la rayuela: juego complicado para el que se necesita una habilidad única. El abuelo es generoso: En los cajones de su gaveta siempre hay ticholos o arropo o patay o alfajores. También siempre hay cobres y monedas dispuestos a sufragar

los caprichos de los niños: calcomanías o tortas, libros con cuentos de calleja o buñuelos fritos.

Hay también otros motivos más importantes para que los niños admiren como admiran al abuelo: son las anécdotas – picarescas o belicosas – que de él se narran. Por ejemplo: un amigo criaba un cordero, El abuelo se lo robó, lo carneó e invitó al amigo a que comiese con él. Durante la comida, los invitados se divertieron con las bromas abusivas que el victimado no comprendía, y festejaba. Cuando se fue a acostar, encontró dentro de las sábanas las patas de su cordero.

A veces, la anécdota se refería a una muchacha que robaba enlazándola y subiéndola a su caballo delante del padre y de los hermanos, sus guardianes. O a sucesos sangrientos del tiempo de Rozas. El abuelo, cuya familia fue rozista, elogia al tirano. Risueñamente, narra las bromas de sus bufones: un negro, al que disfrazaba de mujer, y un español: Barbastro que vestía de fraile. Mediante ellos, había realizado diabluras que no pocas veces terminaban en pelea. Pero el abuelo había sido hombre de puño y de cuchillo.

Una vez, estaba sentado en una silla de hamaca, en la puerta de calle, tomando el fresco. Los niños jugaban cerca de él.

Pasó un hombre, ya viejo, se detuvo, lo miró y le dijo:

- ¿Cómo está, don Ángel? ¿No me conoce?

- No... No recuerdo.

- Míreme bien.

- No recuerdo, no.

- ¿Se acuerda de esto? – y, levantándose la manga de la camisa, enseñó una cicatriz profunda que le cruzaba el antebrazo.

El abuelo lo miró con atención. Recordó entonces. Y le abrió los brazos, alegremente: Era un hombre a quién en una riña a cuchillo él había herido. Lo entró a la casa y lo agasajó como si se tratara de un viejo amigo.

Para el abuelo, Pingüín se llamaba: “El General”; Ocho, su preferido: “El Coronel Macana”, porque era barullero como un coronel Ramírez, del tiempo de Rozas y al que apodaban “Coronel macana”.

El abuelo tiene algunos libros de cuyo texto entera a los chicos: Son libros de Julio Verne: Un viaje a la luna, otro al centro de la tierra, otro al polo sur o viajes por los aires y en submarino. Los chicos, haciendo realidad todo aquello, admiraban a ese Julio Verne al que adjudicaban las hazañas de sus personajes, como al hombre más audaz y más entretenido del mundo. Y también admiran al abuelo que sabe esas

historias raras. Libro que el abuelo recita de memoria es “Martín Fierro”. Dos cuadernos de tapa flexible y papel ordinario con figuras, que el abuelo lee continuamente. Si Verne es el hombre más audaz del mundo, Fierro – de cuya existencia real no dudan – es el más valiente. Y el viejo Vizcacha el más pícaro.

- ¿Qué te gustaría ser, Martín Fierro o Vizcacha? – pregunta el abuelo.

Ocho no duda en responder:

- ¿Yo? ¡Vizcacha!

- ¿Y vos?

- A mí me gustaría ser Martín Fierro, pero abuelita dice que es un gaucho asesino.

- ¡Qué saben las mujeres de estas cosas! – rezonga el abuelo, despectivo.

No siempre el abuelo es el habitual personaje alegre, de amable trato. En ciertas ocasiones, cuando se excede en sus relaciones con el porrón de ginebra, - que con el tabaco negro son sus inseparables camaradas -, el abuelo se transforma: es un ser irritable y gruñón. Las mujeres se encierran. El padre, lleno de tolerancia para su vejez, sale. Queda él, paseándose en el caserón, solo, profiriendo blasfemias e injurias, desde Dios hasta a la abuela, y seguido por la mirada atónita de los niños.

Una mañana, Pingüín, al levantarse, preguntó a la abuela:

- Abuelita: ¿qué quiere decir quilombo?

- ¿Dónde has oído esa palabrota? – chilló ella, espantada.

- La decía el abuelo anoche. Decía que esta casa es un quilombo.

- ¡Por Dios! Persignate sobre la boca, y no volvés a decir eso, ángel inocente. ¡Que Jesucristo te lo perdone! A vos, ¡y a él también, pobre viejo!

El abuelo había sido un gran enamorado. Primero, cuando joven y rico, tuvo amantes entre las actrices y las damas; después, a medida que envejecía y su fortuna amenguaba en sus manos pródigas, fue descendiendo de categoría. Ya no desdeñaba ni a las sirvientas de la casa. Por una de ellas, dejó estirado de un garrotazo a un peón, un gallego de gran barba negra. Estuvo preso, al herido hubo que atenderle con médico en casa, gravísimo. Trastornos. Gastos. Todo para que la admiración de los chicos hacia el abuelo se acrecentara. Ya, desde que le habían visto dar aquel garrotazo y abatir, él tan pequeño y menudo, a un hombro fuerte, de larga barba negra – porque les parecía que un hombre de larga barba negra debía tener más fuerza que los demás -, los niños creían

al abuelo capaz de todo: capaz de cazar tigres, correr ladrones, pelear contra diez vigilantes...

Embobados, lo oían narrar algunas de sus hazañas de la juventud, y sin osar la menor duda.

- me acuerdo una vez, en un combate contra los inmundos salvajes unitarios... Yo era un chico. Y era el corneta. La llevábamos mal. El coronel me mandó tocar retirada. ¡Yo toqué a degüello! ¡Y ganamos!

Sin ginebra, el abuelo es un ser muy divertido. Resignado a los contratiempos de la vida, que lo ha golpeado bastante; para las malas noticias siempre tiene dispuesta alguna estrofa del Martín Fierro. O canta:

¡Caracoles que andan por el bajo
unos boca arriba y otros boca abajo!

Es un anticlerical rabioso. No puede ver curas sin tenerles que injuriarlos en voz baja. Les llama "tiburones".

Los chicos, al oírle, ríen: El ateísmo del abuelo es una puerta por la que se escapan, libres, unos segundos, de las enseñanzas habituales.

SUEÑOS

Pingüín se despierta. Es muy temprano Aún el padre no ha salido y está tomando mate que la madre ceba desde la cama. Pingüín grita:

- ¡Anoche soñé que volaba! ¡Vieran qué lindo! Iba de un árbol a otro como si fuese un pájaro. ¡Qué lindo es soñar que se vuela!

Ocho ha despertado también. - ¿Y vos? – le pregunta el padre – ¿no has soñado que volabas?

Ocho se restriega perezosamente los ojos aún con sueño, y dice:

- ¡Yo soñé que tomaba chocolate con vainillas!

- ¡Muy bien! Vamos a realizar tu sueño. Inmediatamente mamá les va a hacer chocolate. ¿Querés?

- ¡Bueno!

- ¿Has visto? – prosigue el padre bromeando con Pingüín - .

¿Has visto la conveniencia de no soñar locuras? Los sueños prácticos se pueden realizar. Aprendé de Ocho. Soñá como él con tomar chocolate o con comerte un puchero de gallina, y ya verás que se realizan tus sueños...

- ¡Pero eso no tiene gracia, papá! ¿Para qué sirve el sueño si uno va a soñar las mismas cosas que hace despierto? ¿Para qué voy a soñar con tomar chocolate? Más me gusta haber

soñado que volaba. ¿Qué ha ganado él con soñar que tomaba chocolate? ¡Yo he volado y él, no!

Ocho:

- ¡Pero yo así tomo dos tasas de chocolate, y vos una sola!

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD

EL ORGULLO MATERNO

La madre está con visitas. De pronto, entra Pingüín:

- Mamá, me acaban de dar un caramelo de menta. ¡Tomalo!

Las damas irrumpen elogiando el noble acto del niño; Y la mamá les hace eco, exhibiendo las excelencias de su corazón. A ella o le asombra esto. ¡Tantas veces lo hizo el niño!

- Muy bien, hijito; pero comelo vos.

- No, mamá.

La madre insiste, henchida de orgullo; insisten las señoras. Y aburrido, al fin, el niño grita:

- ¡Pero mamá, si a mí no me gustan los caramelos de menta!

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA

LOS TRES CHANCHOS

Una viejita, barriendo la iglesia, se encontró una moneda de plata. ¿Qué compraría? Decidió comprar tres chanchitos. Así lo hizo. A uno le puso *Gordo*, al otro *Flaco* y al otro *Estopa*. (Aquí se recomienda al oyente que repita los nombres y los recuerde bien, sobretodo el último: *Estopa, Estopa, Estopa...*)

Una tarde salió la viejita y cuando fue a entrar, reparó en que había olvidado la llave. Llamó a sus chanchitos:

- Gordo, ven a abrirme la puerta.

Respondió éste:

- No puedo caminar porque soy muy gordo.

- Flaco, ven a abrirme la puerta.

- No puedo caminar porque soy muy flaco.

¿Y el otro, cómo se llama el otro? - pregunta la narradora, haciéndose la olvidadiza -. Y es seguro que varias voces infantiles se apresuran a gritar: - Estopa.

- Caca para tu boca – se les responde.

DOLOR

La madre - ¿No te he dicho que no salgas afuera? ¿No ves que está lloviznando? ¡Tomá!

Le pega en la mano.

Pingüín llora. La madre, indiferente a sus chillidos, ha vuelto a su bordado.

Pingüín, viendo que no consigue molestarla, deja de llorar. Se limpia las lágrimas con el revés de la mano. Traga un suspiro y dice, después de haber quedado un instante en silencio: -

Mamá, cuando vos te mueras, yo no voy a llorar...

Y calla, sorprendido: Porque ahora es la madre quien ha roto a llorar convulsivamente.

LA CORNETA

I

Pingüín sopla una corneta incansablemente. Se asoma la madre:

- ¡Pingüín, no toques más! Papá está escribiendo, no lo molestés.

Pingüín cesa de soplar un minuto. Después comienza de nuevo, al principio despacio; aumentando el vigor hasta hacerla sonar como antes.

Se asoma la madre, otra vez, impaciente:

- ¿No te he dicho que estás molestando a papá?

- ¡Y que papá deje de escribir!

- Si seguís tocando la corneta te la quito.

Pingüín protesta. La amenaza, para él, carece de lógica:

- ¿pero para qué me compraste la corneta, entonces, si no me dejás tocar?

- Cuando papá no escriba, tocá todo lo que quieras.

II

Pingüín entra al escritorio del padre.

- Papá...

- ¿Qué hijito?

- ¿Por qué no dejás de escribir? ¿No estás cansado?

- ¡Pobrecito! Sí, estoy cansado; pero necesito tener estas cuentas terminadas para hoy mismo.

- ¿Y vas a escribir mucho rato todavía?

- So, mi hijito.

- ¡Qué lástima!

- ¿Por qué, nene? ¿Te da lástima tu papá? ¡Pobrecito mío!
(Volviéndose a la madre que en ese momento entra con un mate. ¡Mirá qué buen corazón tiene este chico! Viene a decirme que deje de escribir. Le da lástima verme trabajar hasta tan tarde. Se da cuenta que estoy cansado.
Pingüin va a hablar, pero la madre no lo deja. Lo carga, lo besa en la boca, lo saca del escritorio besándolo, para que no hable.

Ya afuera le pregunta:

- ¿Qué ibas a decirle a papá?
- Que dejara de escribir para que yo pudiese tocar la corneta.

LOS DESCUBRIMIENTOS

¿POR QUE?

Pingüin ha hecho un descubrimiento, la palabra: ¿Por qué? Sus preguntas podrán parecer tontas, pero a veces son irrespondibles.

- Abuelita, ¿por qué de día hay sol y de noche luna?

.....

- Mamá: ¿Por qué vos te acostás en la misma cama de papá y abuelita no se acuesta en la misma cama de abuelito?

.....

- Papá: ¿Dios es más alto que vos?

.....

Pingüin, descubriendo la palabra ¿por qué?, ha realizado un descubrimiento trascendental en su vida. Ha ascendido un tramo. Dejó de ser salvaje. Ve, ahora, que todo lo que le rodea es un enigma, que todo está cargado de preguntas. Y él pregunta. Necesita saber. Se debate contra las tinieblas que lo envuelven, contra los grandes que no siempre satisfacen su curiosidad, que a veces ríen o le responden cosas sin sentido o lo hacen callar. Pingüin pregunta. La palabra ¿por qué? Es un arma. El se siente atado por su ignorante debilidad de niño, con ella corta sus ligaduras. El se ve ciego, rodeado de oscuridad, y alza su ¿por qué? Como si fuese un fósforo encendido, para empujar la sombra que lo oprime y a la que, subconscientemente, ve como una enemiga.

- Mamá: ¿qué hay más arriba del cielo?

- Nada.

- ¿Por qué no hay nada?

(Silencio de la madre).

- ¿El cielo no tiene techo como todas las casas?

- No.
- ¿Por qué no tiene techo?
- Porque en el cielo no llueve.
- ¿Por qué no llueve?
-
- Abuelita: ¿Dios tuvo papá?
- No.
- ¿Y mamá?
- Tampoco.
- ¿Por qué no tuvo papá ni mamá? ¿Cómo nació, entonces?
- (Silencio de la abuela).
- Antes de nacer Dios, ¿qué había?
- Hay muchos sabios que han querido averiguar eso, y se han vuelto locos.
- ¿Por qué?

.....

Al descubrir la palabra ¿por qué?, el niño ha cumplido otra jornada: la segunda de su existencia de ser inteligente, maduro de posibilidades, cargado a su vez de preguntas maravillosas, de enigmas misteriosos, descubridor de sugerencias.

¡Si él mismo es un formidable ¿por qué?, gritado por la realidad terrestre al infinito mundo.

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD

LOS DURAZNOS

La madre - Muchas gracias señora por los duraznos que ayer me mandó. ¿Eran de su quinta?

La señora - Sí. ¿Estaban buenos?

La madre - ¡Riquísimos! ¡Hace tiempo que no comía unos duraznos así! ¡Qué diferencia con los que se compran!

La señora - ¿Y a vos, nene, te gustaron?

Pingüin - Yo no comí. Mamá no me los dejó comer porque estaban verdes.

LA AYUDA

Con sus cuatro años, Pingüin se siente dentro de la armonía universal. Quiere ser. Más aún: quiere que las personas mayores - personas mayores que no lo escuchan cuando habla o le hablan bromeándolo -, quiere que las personas mayores lo consideren un semejante, que reconozcan su

capacidad, la eficacia de su ayuda.

La cocinera está amasando. Pingüin, después de muchas insistencias, consigue un pedazo de masa y harina. Muy serio, hace con su pedazo lo mismo que la cocinera. Y cuando ella va a comenzar a pasar el palote, Pingüin se la entrega:

- Tome mi masa también. Póngala con la suya. Haga los pasteles con ella también:

La mujer no la acepta:

- Está muy sucia.

Y la tira.

Pingüin no ve que está sucia. Pingüin sólo ve que ha trabajado inútilmente, que ha estado “jugando a amasar”, que lo han defraudado, porque él no jugaba, él trabajaba.

Mientras amasaba, él había estado pensando: Al empezar a comer los pasteles, yo voy a decir, en la mesa, delante de todos: “Yo también hice estos pasteles”.

Ahora no podrá decir eso. Sufre. Y se aleja silencioso, dolorido.

Cuando Polonia barre, Pingüin también quiere barrer. Toma una escoba dos veces más alta que él y la mueve torpemente.

La mamá le compra una escobita. Pingüin, feliz, acecha el momento en que Polonia va a barrer y se le junta. El podría barrer en otro momento, pero en otro momento su barrido tendría carácter de juego y él quiere trabajar, no jugar.

Por eso barre junto a ella. La ayuda. Pero Polonia no toma muy en cuenta su ayuda.

Pingüin le dice:

Usted barra ese cuarto, yo barro este otro.

Pero cuando Polonia concluye de barrer “su” cuarto, pasa al de Pingüin y comienza a barrerlo. El niño se enoja:

- ¿pero a qué lo barre si ya lo barrí yo?

Ella no le responde. Sigue barriendo. Pingüin tira su escobita, su inútil escobita, y se aleja.

Pingüin ha advertido a la mucama:

- Todos los días cuando vaya a barrer me llama, así la ayudo.

Polonia no hace caso de su advertencia. Barre sin llamarlo.

Pingüin comprende que no lo necesita.

- ¿Pero por qué barre sin llamarme?

- Me olvidé.

Una, dos, tres veces ha barrido sin llamarlo. A la cuarta, Pingüin se aleja arrastrando su inútil escobita. Se va al fondo. Le saca las pajas y con ellas adorna un bonete de papel. Del

palo hace un caballo brioso: le da utilidad.

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA

PEPINO Y PEPONE

Pepino y Pepone eran dos viejos amigos. Esto no impedía que estuviesen discutiendo siempre. Pepino era partidario del papa y Pepone era garibaldino. Los dos viejos discutían, se injuriaban, parecía que se fuesen a matar, y a los cinco minutos estaban bebiendo juntos. En el barrio ya se los conocía. Sus disputas no inquietaban a nadie. A veces, en medio del silencio de la calleja donde ambos vivían uno frente al otro, se levantaban duros gritos, exclamaciones, injurias. Las gentes decían: ¡Bah, son Pepino y Pepone que discuten! La manera de discutir de éstos era bien curiosa: Los dos hablaban a la vez, sin escuchar al otro, y así, como no se oían, estaban condenados a no convencerse nunca. Si se hubiesen oído tampoco se convencerían, porque Pepone y Pepino eran tan tercos como gritones.

Pepino era peluquero y Pepone tenía una cantina. Aquél halló la manera de hablar sin que su adversario y amigo pudiese responderle: Una vez que lo tenía sentado en su sillón, la toalla fuertemente anudada alrededor del cuello, enjabonado, lista la filosa navaja en su hábil diestra de peluquero con treinta años de oficio; comenzaba a hablar, lentamente...

Pepone intentaba responder, pero Pepino, aferrándolo de los cabellos, le decía, trágico, aunque gozoso de su triunfo:
- ¡Cuidado, Pepone, cuidado! ¡Si hablás te puedo cortar, cuidado!

Y Pepone se veía obligado a callar, a callar y a oír a pepino que, lentamente, hablaba solo, exaltando al Papa y atacando a Garibaldi. Pepone enrojecía de cólera, se hinchaba, los montones de palabras que se veía obligado a no decir, lo congestionaban y repletaban como si fuesen varios kilos de polenta. Intentaba hablar, pero entonces oía:

- ¡Cuidado, Pepone, cuidado!

Y callaba.

Afeitarse, para Pepone, llegó a ser un martirio. Pensó en cambiar de peluquero. No lo hizo. Su amigo y adversario lo afeitaba gratis. Pero pensó también cómo se vengaría. Y halló el modo:

A Pepino le gustaba extraordinariamente el vino bueno. Todas

las noches, en la cantina de Pepone, brindado por éste, se tomaba un vaso. Este vaso de vino bueno hacía terriblemente locuaz a Pepino. Pepone pensó: ¿Si aumentáramos la dosis hasta emborracharle? Y en vez de un vaso de buen vino, Pepone, pensando en su venganza, puso la botella a disposición de Pepino. Este comenzó a beber... Al segundo vaso se le entorpeció la lengua. Al tercero ya no podía hablar. Y se vio obligado a oír a Pepone, despotricando contra el Papa, elogiar a Garibaldi. Dichoso, Pepone hablaba. Pepino, inerte y como si le hubiesen puesto una mordaza, tenía que oír y callar. ¡Pepone se había vengado!

Desde aquella noche, todas las noches se repitió la venganza de Pepone, implacable. Ya cuando iba a cerrar su cantina, llamaba a su vecino:

- ¡Eh, viejo! Si quieres un vasito del bueno...

Pepino cruzaba la calle y entraba en el negocio de su amigo y rival. Pronto se les oía discutir. Momentos después, ya sólo se elevaba, triunfante, la voz de Pepone...

Esto no podía durar mucho. Las borracheras de todas las noches quitaron el pulso al peluquero. Varios se quejaban ya de que los había cortado. Pepino comprendía que aquello no podía seguir y juraba no volver a tomar; pero a la noche, en cuanto oía:

- ¡Eh, viejo! Si quieres un vasito del bueno...

Atravesaba la calle. Proponiéndose no tomar más que un vaso, entraba en la cantina; pero al salir, una botella de buen vino llevaba en el cuerpo, quemándose.

Pepone lo acompañaba hasta la puerta de la peluquería y allí, dándole una palmada en la espalda, le decía, invariablemente:

- ¡Hasta mañana, Pepino! ¡Y viva Garibaldi!

Este hubiese querido responderle:

- ¡Viva el Papa!

Sus esfuerzos eran inútiles: el vino parecía que le pusiese la lengua de piedra. No la podía mover.

Una mañana, Pepino apareció muerto. ¡Qué dolor el de Pepone! Llorando como una criaturita, acompañó a su amigo y adversario hasta la tumba. Y sobre ella quedó rezando: ¡El, Pepone, el ateo, el garibaldino, el enemigo del Papa!

Comenzó a enflaquecer. Ya no era el Pepone alegre y discutidor de unos días antes. Triste, pálido y silencioso, atendía a su clientela... Una semana después de Pepino, moría Pepone. Algunos dicen que murió de arrepentimiento, otros que porque no tenía con quién discutir. Lo cierto es que murió y fue enterrado junto a su amigo, en el verde cementerio del pueblo, sobre una loma. Y allí siguen discutiendo, hablando los

dos a la vez, injuriándose a gritos, como en sus tiempos mejores. Así lo dice el sepulturero que asegura haberlos oído discutir una noche. También asegura que allí, Pepino defiende a Garibaldi y Pepone al Papa... Aunque el sepulturero es un viejo borrachín que pronto irá a hacer compañía a Pepino y Pepone.

UN NEGOCIO

Pingüin, en la puerta de calle, está comiendo un pedazo de torta.

Se le acerca un chico gordo que trae un perrito lanudo detrás de él.

- ¿Rica la torta? – pregunta el chico gordo. Sus ojos brillan de deseo.

Sí – responde Pingüin, y da un tarascón. El deseo del otro aumenta el valor de su torta.

- ¿Me das un cacho? – pide el chico gordo.

Pingüin corta un pequeño trozo y se lo alcanza. El chico gordo lo engulle rápidamente.

- ¡Qué rica! – exclama. Y propone el negocio -: Te cambio el pedazo que te queda por mi perro.

Pingüin lo mira. Es un gracioso perrito lanudo. Le gusta. El chico gordo, hábil, enaltece su mercancía:

- Mirá – dice – sabe dar la pata. – Y le ordena: -¡Bombón, la pata!

El perrito lanudo extiende su pata derecha.

Pingüin da un tarascón a su pedazo de torta, y piensa: El tiene un perro que no sabe dar la pata. Ha de ser lindo tener un perro que sepa dar la pata. Llevarlo delante de las visitas. Se decide a aceptar; pero antes da otro tarascón a su pedazo de torta.

El chico gordo protesta:

- ¡Eh, así te la vas a comer toda! ¡Si le das otro mordiscón no te la cambio por mi perro!

Pingüin piensa aún, le duele desasirse de ese pedazo de torta, ¡tan rica!... Se decide y acepta:

- ¡Bueno, tomá! Dame tu perro.

El chico gordo levanta el perrito del suelo y lo pone en brazos de Pingüin. Recibe el pedazo de torta y lo muerde.

Pingüin le pregunta:

- ¿Se llama Bombón, eh? ¿No sabe hacer otra cosa? ¿No salta el arco igual que los perros del circo? ¿No se para en dos

patas? ¿Es guardián?

Con la boca llena, el chico gordo responde parcamente a las preguntas de Pingüín:

- Sí, no, sí, no...

Ya ha terminado la torta. Camina unos pasos y, de súbito, dándose vuelta, llama a su perro:

- ¡Bombón, Bombón, aquí!

El perrito lanudo se desprende de los brazos de Pingüín que en vano quiere retenerlo. Y corre detrás del chico gordo.

Ambos desaparecen por la esquina, a la disparada.

Pingüín queda contemplándolos. Se mira las manos vacías.

No sólo las manos le han quedado vacías: Siente el alma vacía, vacía y helada.

Acaba de trabar conocimiento con la perfidia humana; y tiene cinco años.

No llora aunque está dolorido. No lo cuenta a nadie; porque está avergonzado.

Llega ante la abuela:

- Dame más torta, abuelita.

- Te di un pedazo grande.

- Le di la mitad a un chico que pasaba.

- ¿Por qué?

- Me pidió...

La abuela le alargó otro pedazo.

Pingüín muerde. ¿Por qué le parece tan fea la torta?

DOMINGO

Hoy es domingo. ¡Primavera! ¡Sol! El padre, la madre y los dos niños pasean por la plaza, lentamente, gozando de la dicha de estar sanos, de verse libres. Ocho corre. Pingüín, a quien la estatura y la corpulencia del padre enorgullecen sobremanera, camina tomado de su mano, como exhibiendo al papá, como diciendo: ¡Miren qué papá grande tengo yo! Y pregunta:

- Papá, ¿Por qué hoy no fuiste al trabajo como todos los días?

¿Por qué has salido a pasear con nosotros?

- Porque hoy es domingo.

Pausa larga. Otra pregunta:

- Papá, ¿Quién hizo el domingo?

La madre – Dios. Dios trabajó seis días haciendo el mundo y el séptimo descansó.

Pausa. Otra pregunta:

- Papá: ¿Dios hizo el domingo para que vos pudieses salir a pasear con nosotros?

LOS ZAPATOS VIEJOS Y LOS REYES MAGOS

Mañana es 6 de enero, día en que los tres reyes Magos visitan a los niños dormidos y les dejan juguetes.

La madre, que ha comprado trajes y zapatos nuevos a sus hijos, les recomendó:

- Esta noche, en la chimenea, pongan los zapatos nuevos.

Pero a la noche, ve que Pingüin y Ocho han puesto los zapatos viejos.

Y le interesa saber por qué. Va a preguntárselo. Ellos ya están en la cama, semidormidos, con el alma perfumada de ilusión:

- ¿Por qué han puesto los zapatos viejos en la chimenea?

Ocho responde:

- ¿Y si los reyes me roban los zapatos nuevos?

Pingüin calla. La madre, antes de responder a su hijo menor, intrigada por el silencio de Pingüin, le pregunta otra vez:

- ¿Y vos, por qué pusiste los zapatos viejos? ¿También tenés miedo que los reyes te roben los nuevos?

- No, mamá. Puse los viejos así los Reyes Magos me tienen lástima y me ponen más juguetes.

JUEGOS

LAS ESQUINITAS

Diez chicos jugando a las esquinitas. Ocho queda sin casa y le toca "pedir pan". Se resiste. Entonces, el más grande de los diez, impone la ley. Lo expulsa

- ¡Si no querés "pedir pan" andate! ¡No jugás!

- ¡Qué me importa! – dice Ocho, y se aparta enfurruñado.

¡Si le importa! ¡Ya lo creo que le importa! Desde su rincón mira con ojos de deseo a los otros chicos que, alegres, riendo, corren...

Pingüin siente el dolor del hermanito. En casa es su rival y su adversario; pero aquí, en la calle, frente al poder de los más grandes, no es nada más que su hermanito. Le merece lástima y protección. Espera a que el caudillo sea a quién le toque pedir pan, e intercede por el expulsado:

- Dejalo jugar. Yo "pido pan".

Y Ocho vuelve a su puesto.

TOCINO

Tocino es un muchacho de diez años. Lo llaman así por su enorme gordura. Es el mote que le han puesto los chicos del barrio. Tocino come extraordinariamente, en todo momento. Nunca falta quien le de algo. Tocino posee una habilidad que le procura masas, bizcochos, caramelos, chocolate o pan en todo momento. Nunca falta el chico que, con una golosina en la mano, se acerca a Tocino:

- Tocino, si llorás te doy un pedazo.

Tocino llora cuando quiere. Frunce la boca, abre los ojos y comienza a llorar. Los lagrimones le ruedan por la ancha cara. Es un llanto mecánico y silencioso que provoca risas. Acabado de llorar, Tocino alarga la ansiosa mano, atrapa lo que se ha ganado, y engulle.

Pingüín y Ocho abastecen copiosamente la gula del chico gordo. La abuela siempre tiene bollos de Tarragona en el ropero y pastillas de goma en la mesa de luz. Primero se le pide para ellos, después se le pide “para un pobre chico de enfrente que los ha visto comer, y desea”. Estas peticiones siempre hallan eco en el blando corazón de la abuela. Por último, ya agotados los medios persuasivos, se le roban los bollos y las pastillas. De esto se encarga el audaz y hábil Ocho. Pingüín no puede robar a la buena abuelita. A la madre, sí. A la abuelita, no. Pero su virtud no es tanta que impida a Ocho que robe, sabiendo que su robo le proporcionará una diversión tan estupenda como ver llorar a Tocino.

Cargados de bollos los bolsillos, buscan al muchacho gordo:

- ¡Tocino, mirá! – le enseña Pingüín.

Tocino mira. Los ojos le relumbran. Las quijadas se le mueven. Mastica el aire.

- ¡Llorá! – le ordena Ocho, más impaciente.

Tocino llora y se gana un bollo. Lo devora.

- ¡Otra vez!

Vuelve a llorar, y otro bollo. Lo devora.

Pingüín tiene cinco años y Ocho tres y medio. No es sólo la diversión de ver llorar a Tocino lo que les proporciona goce. Sienten la voluptuosidad del poder, de ser dueños del llanto de aquel enorme muchachote que de un sopapo los haría volar a los dos juntos. Ellos no saben que esta voluptuosidad del poder es lo que les hace singularmente atractiva la diversión de hacer llorar a Tocino. Tan poderosa es ella que, por momentos, les impone el sacrificio. A Pingüín, sobretodo. En la cena le han servido un pedazo de torta. Pingüín sólo come la mitad.

- ¿Por qué no la comés toda? – Pregunta la madre - ¿No te gusta?

- Sí, mamá. Sí me gusta.

- ¡Comela, entonces!

- No.

Interviene la abuelita. Ella siempre interpreta a su modo, simplemente, demasiado simplemente, a su nieto. Dice:

- Seguro que la guardás para algún chico pobre del barrio.

Pingüín asiente. La abuelita eleva una espiral de exclamaciones en alabanzas de su nietito. Ocho, siempre inoportuno, está a punto de echar a perder la emoción de la escena.

- ¡Es para Tocino! – explica.

- ¿Quién es Tocino? – pregunta la madre.

- ¡Es un chico que llora! – dice ocho.

Pingüín interviene. Es preciso salvar su reputación que está a pinto de naufragar entre las palabras de su inexperto hermano.

- Tocino – dice – es un chico que está llorando siempre.

No ha mentado. Pero no ha dicho la verdad. La abuela se conmueve. Todos los folletines que leyera en su vida – y son muchos – le salen a flote en el lago manso de su corazón cristiano:

- ¡Pobre niño! – exclama -. Seguramente es un huérfano. Tal vez tenga una madrastra perversa que lo martiriza. Tal vez se halla de sirvientito. Tal vez... - ¡Tomá!, corta un gran pedazo de torta. Andá, llevale éste.

Pingüín sale corriendo. Ocho detrás. Ya en la puerta, éste propone:

- No le des toda la torta. Comamos la mitad nosotros. Por toda respuesta, Pingüín parte la torta en dos trozos. Uno más pequeño que guarda para Tocino. El otro, grande, lo vuelve a partir en dos y da uno a Ocho. Apresuradamente, en el zaguán, se comen sus pedazos. Después salen buscando a Tocino. Llamándolo con las bocas llenas...

AH, YO SE...

A pesar de que sólo tiene cinco años, Pingüín le busca explicación a todo; pregunta, pero a veces le bastan las explicaciones que se da a sí mismo. No pregunta mucho, porque no tiene quien le merezca fe para contestar a ciertas preguntas. Al padre sólo lo ve de noche. La madre siempre está ocupada. El abuelo sabe de guerras, y nada más. La abuela sólo de religión. Además, la abuela que es la más

paciente, todo lo explica por medio de Dios, y esto termina por fastidiar al chico.

- Abuelita, ¿por qué la luna sale siempre del bosque?
- Porque Dios la hace salir de allá.
- ¿Y por qué siempre hace el mismo camino para el lado de la estación?
- Porque Dios así lo ordena.

Pingüin se fabrica una explicación más satisfactoria, una explicación para su uso particular, aunque la entrega a sus amigos. Estos lo escuchan, embobados:

- ¿Saben por qué la luna sale del bosque? Porque allí hay un árbol que da lunas. Es un árbol alto, tan alto que llega hasta el cielo. Cuando una luna está madura, cae del árbol y se va rodando por el cielo.

- ¿Y las noches que no hay luna? – pregunta un chico.
- ¿Las noches que no hay luna? – repite Pingüin, y pronto halla la respuesta: - ¡Porque el árbol que da lunas, no dio esa noche!

La respuesta satisface a su auditorio, y él insiste:

- ¿Y saben por qué la luna se a para el lado de la estación? (Nadie responde, ninguno sabe; pero él sí, él sabe y no se guarda lo que sabe. Lo regala a todos): - Porque allí la espera un tren para llevarla a buenos Aires, así alumbra allá.
- ¿Y quién te enseñó eso? – pregunta, incrédulo, el chico de antes.

Pingüin lo mira, entre desdeñoso y misterioso, le responde:

- ¡Ah, yo sé!

Si le hubiese contestado: Mi papá o mi abuelita, el otro tal vez hubiese dicho: ¡Qué sabe tu papa! O: ¡son mentiras de tu abuelita! Pero Pingüin dijo: ¡Ah, yo sé!, y los demás niños creen, dominados por su seguridad que se apoya en la más potente de las fuerzas: el misterio, lo desconocido, la sombra, lo lejano, lo impreciso, lo indefinible...

EXPLICACION CELESTE

- ¿Saben por qué hay truenos? Porque dos nubes chocan. ¿Han visto cuando chocan dos carros, ¡qué ruido!, cada nube es grande como veinte carros. Las vemos chicas porque están muy lejos.

Ninguno de sus oyentes le preguntó:

- ¿Y los relámpagos? ¿Por qué hay relámpagos?

Pingüin no lo sabe. Nunca le ha buscado explicación al relámpago. Al relámpago lo teme, ante su luz se acoquina, se

tapa los oídos y espera, tembloroso, el fragor del rayo, ¡qué satisfacción si éste no llega! Pero el relámpago es siempre una amenaza. Y porque le teme, aún no le ha buscado explicación. Le pasa con el rayo, lo que a ciertos creyentes, creyentes y pecadores a la vez, con la idea de Dios. Creen en Dios, pero como temen llegar a la certeza de que es vidente y justiciero, lo evitan: Se hacen devotos de cualquier virgen o de cualquier santo.

II

Pingüin explica:

- Las estrellas son luces que Dios enciende. Hay una estrella para cada hombre. Cuando uno nace, Dios la enciende; cuando muere, la apaga. ¿Ven? (Todos los chicos miran, y con tanta curiosidad como si por primera vez viesen un cielo estrellado). ¿Ven? Cada uno de nosotros tiene una estrella. ¿Cuál será la mía?

- ¿Y la mía? – repite uno, y otro:

- ¿Y la mía?

- ¡La mía es aquella! – Afirma una chiquilina -, aquella que se enciende y se apaga, aquella que brilla mucho...

Una voz gruesa la interrumpe. Es la voz de Don Cipriano, el librero. Este, dirigiéndose a Pingüin, le explica:

- Las estrellas no son luces como vos decís. Las estrellas son mundos con este en el que vivimos, ¡más grandes que éste! Tampoco Dios enciende una estrella cuando un hombre nace ni la apaga cuando muere. Dios no se ocupa de los hombres...

A su vez, la entrada de un parroquiano interrumpe al librero, que corre a atenderle.

Pingüin amotina a los chicos contra él:

- ¡Qué sabe ese!

Un chico:

- ¡Tiene tantos libros!

La chiquilina:

- ¡Son todos libros de colegio! ¡Qué sabe ese! Lo que él quiere es quitarme esa estrella que se enciende y se apaga, esa que brilla mucho.

Pingüin:

- ¿Y cómo sabés que esa es la tuya?

- Porque brilla mucho.

La respuesta anonada a Pingüin. Es terriblemente femenina. El siente su fuerza. Calla.

Los chicos quedan convencidos que el librero miente. Miente de malo, nada más, con el único fin de robarles las estrellas

que a cada uno le corresponde. Es tan bello creerse dueño de una estrella que los niños no pueden renunciar a su posesión, sólo porque un librero lo niegue.

JUGUETES

I

Mientras Ocho duerme la siesta, Pingüín, sobre la rotonda de mármol que sombrea un corpulento níspero, alinea piedras, ladrillos, trozos de madera y de carbón. Imagina asaltos, combates, carreras. Las horas pasan. El chico habla solo, grita a sus piedras, soldados y bandidos imaginarios. Los anima. La madre que lo contempla jugar, se le aparece con una enorme caja de soldados: Moros y españoles. Los hay de a pie, de a caballo, cañones con sus artilleros, carpas y cuarteles.

-Tomá – le dice – para que no jugués con piedras y ladrillos. Estos son soldados de verdad.

Pingüín juega una semana con ellos. Una tarde la mamá lo ve de nuevo con sus piedras, carbones, maderas y ladrillos.

Pregunta- ¿Y la caja de soldados?

- Está guardada, mamá.

- ¿Y por qué no jugás con ellos? ¿No te gustan?

- Sí... Sí me gustan; pero los soldados son muy estúpidos, mamá.

- ¿...?

- No son más que soldados.

- ¿...?

- Las piedras y ladrillos, si yo quiero son soldados, y si yo quiero son ladrones. Con los soldados que vos me trajiste no puedo jugar más que a los soldados. Los pedazos de carbón, son negros, juego a las comparsas de carnaval con ellos. Con las maderas juego a los animales. ¿Ves esta grande? Es un hipopótamo. Esta es un tigre. Esta es un oso. Y estas son los cazadores. Los soldados no pueden hacer de animales, tienen que ser soldados siempre, me aburren.

II

Pingüín se ha fabricado una escuadra de barcos de papel. Y simula combates. A veces, cuando puede, rapiña una caja de fósforos; los enemigos incendian las naves.

La mamá, una noche, le deja bajo la almohada un hermoso vapor pintado de rojo, con chimeneas. Pingüín lo hace tomar

parte dos o tres veces, nada más, en sus batallas navales.

- ¿Y el vapor? ¿Ya lo has roto? – pregunta la madre, no viéndolo bogar en la palangana repleta de barcos de papel.
- Allí está. – Y lo señala, tranquilamente descansando en un cajón.
- ¿Por qué no jugás con él?
- Porque no se hunde. Con él no se puede jugar a los piratas como con los barcos de papel. Tampoco puede incendiarse porque es de lata. El gana siempre. Me aburre.

LA LLUVIA

- Vení, te voy a decir un secreto.

Pingüín se acerca. El otro chico, violentamente, sacude el árbol junto al que se hallaba, y da un brinco.

Acaba de llover. El árbol tenía sus hojas cargadas de agua que caen sobre la cabeza y los hombros de Pingüín. Este, tomado de sorpresa, no ha podido salvarse. Los demás chicos saltan y ríen a su alrededor. Al principio Pingüín se turba, molesto por la broma; pero se rehace enseguida.

- ¡Qué lindo es! – grita y, corriendo a otro árbol, lo sacude y recibe sobre su cabeza y hombros un chapuzón de brillantes gotas.

Ahora los desconcertados son los otros niños.

- ¿Es lindo, che? – pregunta uno.
- Sí, vení, vamos a aquel otro...

Pero no son dos los que corren. Son todos. Son siete chicos a los que las madres, cuidadosamente, han custodiado durante la lluvia para que no salieran a mojarse. Los siete, sacudiendo el árbol a la vez, reciben el chapuzón, y corren a otro árbol chillando de júbilo. Se sienten dioses creadores de la lluvia que hasta aquel instante fue patrimonio del Dios del cielo, señor de las nubes. Además, acaban de descubrir el “juego de la lluvia2. Y descubrir un juego nuevo es toda la felicidad.

EL CASTIGO

Pingüín ha robado caramelos a la madre. Después lo negó; pero Polonia, temiendo ser acusada, lo denunció. Y Pingüín ya no pudo negar.

La madre se enojó. Lo retó duramente. Pingüín ceñudo, colérico también, recibió los amenazantes gritos. Sus cinco años ya saben protestar contra esta injusticia que no habla:

que grita, que no aconseja, que amenaza, y que, a veces pega.

En silencio la abuela lo ha presenciado todo. Cuando quedan solos, el niño lo observa. La abuela, sin mirarlo, sin hablarle, cose. Este silencio lo hiela.

- ¡A-bue-li-ta! – balbucea Pingüin, después de haberlo intentado varias veces.

La abuela levanta la cabeza.

- ¿Qué?

- ¿Estás enojada, abuelita?

- No, no estoy enojada, estoy triste... Estoy triste porque yo no creí que fueses capaz de hacer lo que has hecho. ¡Qué feo es! ¡Robar y después mentir! ¡Estoy muy triste, nenito mío! ¡Estoy muy triste, queridito mío!

Pingüin no puede más. Siente la enormidad de su delito. La tristeza de la abuela que no se enojara, que no lo ha dejado de querer, que le sigue diciendo palabras dulces, cariñosas, a él, ¡ladrón y mentiroso!; lo hiere, le quema el alma, más que todos los gritos de la madre enojada, más que todas las amenazas, más que todos los posibles castigos.

Pingüin está desolado. Ahora sí se siente culpable. La tristeza de la abuela siempre cariñosa, siempre dulce, es su castigo.

Y se tira a llorar desesperadamente, ahogándose de angustia.

Llora como ningún grito, ninguna amenaza, ningún golpe hubiese sido capaz de hacerlo llorar.

Porque no llora con su cuerpo de niño, débil, a la merced de la ira de los demás, frágil al dolor físico. Llora con su conciencia. Su conciencia fuerte, valerosa, invencible, a quien una mirada de tristeza y una frase de amor acaban de transformar en una catástrofe.

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA

PINETTI Y PINETTO

Pinetti y Pinetto eran dos viejecitos borrachines y pillos. Tan semejantes eran que las gentes los confundían. Sólo los diferenciaba esto: Pinetti tenía seis dedos en la mano izquierda y Pinetto seis en la derecha.

Cuando alguien les decía:

- ¡Cuidado Pinetti y Pinetto, ya estáis viejos, os vais a morir y tendréis que veros con san Pedro, que todo lo sabe! ¡No os va a dejar entrar en el cielo!

Pinetti y Pinetto sonreían y, por toda respuesta, burlonamente,

cantaban como un gallo. Lo remedaban admirablemente. Pinetti y Pinetto, en medio de toda su pillería, eran dos hermanos inseparables. Siempre se les veía juntos, bebiendo juntos. Si alguien discutía con alguno de ellos, era con los dos que debía reñir o discutir. Pinetti y Pinetto eran mellizos. A los sesenta años, después de una borrachera, Pinetti amaneció muerto. Tanta fue la pena de su hermano que dos horas después, él también había muerto. Los velaron una misma noche. Los enterraron juntos. Y juntos se presentaron ante la puerta del paraíso. Golpeó Pinetti. En tanto que el otro, escondido detrás de un árbol, espiaba.

Rechinó la enorme puerta del paraíso y apareció San Pedro con una enorme llave en la mano.

- ¿Cómo te llamás?

- Pinetti.

Fue San Pedro a hojear el gran libro donde se apuntan, diariamente, todas las acciones humanas: pero en aquel instante oyó un sonoro y agudo canto de gallo.

Estremeciese el portero del Paraíso San Pedro odia al gallo. Ya se sabe por que: Este avechucho le recuerda que él negó tres veces a Jesús la noche en que lo prendieron. Al oír cantar un gallo cerca del Paraíso, san Pedro, que conserva en las divinas alturas el mal genio que tuvo en la tierra; enarbolando la pesada llave, salió, dispuesto a rematar al testigo de su traición.

Y Pinetti aprovechó esto para colarse en el Paraíso.

San Pedro no encontró gallo ninguno. Allí sólo estaba Pinetto que también se hacía el que buscaba, y como era tan parecido a su hermano Pinetti, San Pedro, en la ofuscación de su ira, lo tomó por éste.

Después de buscar un buen rato, san Pedro volvió a la portería seguido de Pinetto:

- ¿Cómo decías que te llamabas? – lo interrogó.

- Pinetto.

Fue el santo a buscar en el gran libro. Y en aquel instante oyó otra vez, más agudo y estridente, un canto de gallo. ¡Pero ahora lo oyó dentro del Paraíso!

La confusión y cólera del divino portero, son indescriptibles. ¡Un gallo, un odioso gallo dentro del Paraíso! No había tal gallo adentro, claro está, como no lo había antes afuera. El que cantaba ahora era Pinetti, como el que cantaba antes fue Pinetto.

El santo apretó fuertemente la pesada llave, y entró a buscar el odioso avechucho. Pinetto, aprovechando su confusión, se coló también a gozar de las bienaventuranzas celestiales

prometidas a los justos.

Y así fue como, por saber imitar el canto del gallo, entraron al Paraíso Pinetti y Pinetto, pillos y borrachines.

MAÑA

Bañar a los niños es épico. Primero el pequeño Pío que se resiste implorando, y a quien la madre rogándole, baña, aunque hace transacciones: no enjabonarle la cabeza. Después Ocho que se resiste violentamente, a gritos, y a quien la madre baña por la fuerza, mientras Pingüin, tranquilamente sentado en una silla, aguarda. Y aguardando su turno, interviene:

- ¡Qué vergüenza, Ocho! ¡Llorar porque te bañan! ¡Igual que Pío, qué vergüenza!

Ya está. Ahora le toca a Pingüin. La madre se halla sofocada; no es poco trabajo el de bañar a dos chicos que se resisten; por eso, complacida, oye a Pingüin cuando le dice:

- Podés irte, mamá. Yo me baño solo.

Y cuando ella se va, Pingüin, sin desvestirse, mete las manos en el agua, la chapotea, da resoplidos. Después se moja la cabeza...

Y al salir, la madre dice a Pío y a Ocho:

- ¡Aprendan de Pingüin que se baña solo, sin llorar, como un hombre!

EL CARAMELO DE MENTA

Una vecina amiga de la madre, llama a los niños. Les da caramelos. Son caramelos de menta que a Pingüin no le gustan. Rechaza el suyo. Ocho, en cambio, acepta alegremente un enorme caramelo de menta que mastica como si fuese pan. Pingüin lo mira con envidia. Ocho traga y dice:

- Ya que a él no le gusta, deme a mí el caramelo de él.

La vecina se lo da. Ocho vuelve a llenarse la boca y a masticar ruidosamente, satisfecho. Lo satisface no sólo ver halagada su gula, sino su privilegio de comerse su parte y la del hermano. Come tan ruidosamente, con tanta ostentación, que Pingüin siente el torcido deseo de sacarle el caramelo de la boca, tirarlo y pisotearlo en el suelo.

Al despedirse, encarga a la vecina:

- Otra vez compre otros caramelos que no sean de menta.

- ¡A mí me gustan todos! – dice Ocho, aún con la boca

ocupada.

Dos días después la vecina los llama otra vez:

- ¿Quieren caramelos?

- Sí.

- Sí.

- ¡Ah! – se toma la cabeza y se dirige a Pingüin -. Son de menta, me olvidé que no te gustaban.

Pingüin la mira con odio, con el odio que experimenta el bruto humano para con el que le defrauda un placer.

Ocho, que ve perspectivas de acrecentarse el suyo, se regocija:

- Bueno, ya que a él no le gusta, deme dos a mí: El de él y el mío.

Pingüin siente que se le seca la garganta de ira. Y dice:

- Ahora me gustan los caramelos de menta.

Recibe el suyo, lo mete en la boca, lo masca y hace esfuerzos inauditos por tragar cuanto antes aquella cosa que le repugna.

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

- Papá, ¿los árboles no se cansan de estar siempre parados?

DIALOGO

Pingüin - ¡Qué malo es el padre de Blas!

Polonia - ¿Por qué?

Pingüin – Porque no le compra zapatos. Porque lo hace andar descalzo con este frío.

Polonia – No le compra zapatos porque es pobre, no porque sea malo.

Pingüin - ¿Pobre?

Polonia – Sí, no tiene dinero para comprarlos. Blas es un niño pobre porque su papá que es pintor, a veces no tiene trabajo.

Pingüin - ¿Y cómo mi papá tiene trabajo?

Polonia – Porque tu papá es arquitecto. No es lo mismo.

Pingüin – y que el padre de Blas se haga como papá, arquitecto.

Polonia – No tiene dinero para estudiar.

Pingüin - Y Blas, ¿qué va a ser?

Polonia – No puedo saberlo. Un niño pobre no puede saber lo que va a ser. Quizás sea albañil o carrero, ¡quién sabe!

Pingüin - ¡Yo voy a ser explorador!

Polonia – Tu mamá quiere que seas médico y tu papá,

ingeniero.

Pingüin - ¡Yo voy a ser explorador!

Polonia - ¡Quién sabe! Tal vez no seas ni médico ni ingeniero ni explorador...Suponete que tu papá, que es quién trae el dinero a tu casa, se muriera. Ya no serías nada de eso. Serías un niño pobre, tan pobre como Blas; pronto tendrías que ponerte a trabajar. ¡Entonces, adiós médico, adiós ingeniero!

Pingüin - ¿Y si yo soy un niño pobre, tengo que andar descalzo como Blas? ¡Qué lindo! ¡A mí me gusta andar descalzo!

Polonia - ya verías que no es tan lindo. Lindo es andar descalzo un rato, ¿pero tener que andar descalzo siempre? ¡Eso no es nada lindo, no! Además, vos no quedarías tan pobre como para tener que andar descalzo. Pero tal vez tendrías que andar con los zapatos rotos.

Pingüin - Bueno. Entonces no quiero que mi papá se muera. ¡A mí no me gusta andar con los zapatos rotos! Uno tropieza y se cae.

Polonia - Vos no podés decir: No quiero que mi papá se muera. Si Dios lo manda se morirá.

Pingüin - Dios no lo va a mandar. Yo le voy a decir a abuelita que le diga a dios que haga vivir mucho a mi papá. Y Dios le hace caso a abuelita. La otra vez que Pío estaba con pulmonía, abuelita rezó para que no se muriese, y no se murió.

Polonia - Si está escrito que tu papá se tiene que morir, se va a morir por mucho que rece tu abuelita.

Pingüin - Y entonces si está escrito, ¿para qué rezar?

Polonia - Por eso algunos no rezan nunca, y otros dicen que no hay Dios.

Pingüin - ¿No hay Dios? ¿Y ese que está en la cruz?

Polonia - ese no es Dios. Ese es Jesucristo. Una efigie de Jesucristo. Ya ves que es de madera y yeso.

Pingüin - Pero es como si fuese el mismo Jesucristo porque está bendecido. Y Jesucristo hace milagros. Si papá se muere yo le pediré que lo resucite y lo resucitará.

Polonia - Eso era antes, cuando Jesucristo andaba por la tierra. ¡Ahora se acabaron los milagros!

Pingüin - ¿Y por qué?

Polonia - Porque los hombres son malos. Porque se pelean entre ellos y hay ricos que tienen mucho como tu tía Liboria, la hermana de tu abuela, y hay otros, como el padre de Blas que no tienen nada para comprarle zapatos a sus hijos. Jesucristo quería que todos los hombres fuesen hermanos, que tuviesen todo igual. Y ya ves: Vos tenés dos pares de zapatos y Blas no tiene ni uno. Por eso Jesucristo se enojó, y no quiere hacer más milagros.

Pingüin – Luego a la noche voy a llevarle a Blas mis zapatos amarillos.

Polonia - ¿Y por qué los amarillos?

Pingüin – Porque son los más viejos.

Polonia - ¿Y por qué no le das esos que tenés puestos? Los nuevos que te compraron ayer.

Pingüin – porque mamá se enojaría.

Polonia - ¿Ves? Por eso Jesucristo no hace más milagros.

Porque los ricos, si dan a los pobres, les dan lo que ya no les sirve.

Pingüin – Bueno, Polonia, vos no digas nada y yo le voy a dar esos zapatos nuevos a Blas. Pero cuando mamá pregunte por ellos, no digas que yo se los di.

Polonia – va a creer que yo me los he llevado. No le des ninguno.

EL CUENTO DE PAPÁ

EL LOBO

El gallo y la gallina fueron a casarse. Invitaron al pato, al pavo y al perro. Cuando se dirigían al registro civil, hallaron una paloma que, desde un árbol, les habló- ¿Dónde van? ¿No saben que por aquí anda el lobo?

No bien dijo esto, oyese el aullido del lobo.

Asustados, el gallo y la gallina se sacaron las plumas y con ellas se fabricaron una casita donde se escondieron. El pavo recogió hojas secas y se hizo la suya. El pato se la hizo con palitos.

El perro buscó, y hallando solo la casa de un guardabosque, se metió en ella y cerró bien la puerta.

Llegó el lobo:

Golpeó la puerta en la casa de plumas:

- ¡Ton, ton!

- ¿Quién es? – preguntó el gallo.

- ¡Soy el lobo!

- ¿Qué quiere?

- ¡Comer!

- ¡Aquí no hay de comer! – respondió el gallo -. ¡Váyase a otra parte!

El lobo se dio vuelta, pero no se fue. Dijo:

- ¡Tira peteyín y peteyón, abajo casita y casón! Se tiró un viento, volaron las plumas y el lobo se tragó al gallo y a la gallina, vivos, sin mascarlos.

Se presentó en la casa de hojas secas del pavo.

Repitiéronse las preguntas y las respuestas de antes. Volvió a tirar un viento el lobo, otra vez volaron las hojas secas y se tragó al pavo. Igualmente sucedió con el pato a quien le hizo volar su casa de palitos.

Y se presentó ante la casa del perro.

- ¡Ton, ton!

- ¿Quién es?

- El lobo.

- ¡Si es el lobo, váyase. Aquí no tiene nada que hacer usted, ladrón! – respondió el perro, altaneramente.

El lobo dio vuelta y dijo:

- ¡Tira peteyín y peteyón, abajo casita y casón! ¡Pom!

Pero la casa del guardabosque era muy fuerte y el lobo no la hizo volar. Oyó que el perro se reía desde adentro, burlándolo, y esto lo enfureció. Juntó fuerzas y tiró un viento que parecía un trueno por lo terrible:

- ¡Prrromm!

La casa no se movió, pero al lobo se le partió el traste. Corrió a casa de un cirujano, se lo hizo componer y volvió más hambriento que nunca, porque la furia le aumenta el hambre a los lobos.

- Tira peteyín y peteyón, abajo casita y casón! ¡Prom.!

La casa del guardabosque no se movió; pero el lobo volvió a partirse el traste.

Ya iba a hacérselo componer de nuevo cuando oyó que el perro le hablaba:

- ¿Pero qué busca aquí, qué quiere?

- ¡Quiero comer!

- ¿Y por qué no me lo dijo antes? Póngase junto a la ventana y abra la boca.

El lobo lo hizo así. Se puso junto a la ventana y abrió una boca grande y negra como un túnel.

El perro estaba calentando el agua para hacer tallarines, y le echó una cacerola hirviendo por la boca.

El lobo comenzó a dar vueltas, revolcándose en el pasto hasta que se quedó duro, muerto.

Entonces, salió el perro con un gran cuchillo, le abrió la barriga y sacó de ella al gallo, a la gallina, al pavo y al pato que, como el lobo se los tragara sin masticar, estaban vivos, sin un rasguño.

Todos alegres siguieron su camino, a realizar la boda del gallo y la gallina. También convidaron a la paloma, porque les había avisado que andaba el lobo.

A éste, por malo, se lo comieron los buitres.

VIDA INTERIOR

METAFÍSICA

- Abuelita, ¿dónde está Dios? ¿En el cielo o en la cruz?
- Ponete la mano en el pecho. ¿Oís?
- Sí, abuelita: toc, toc, toc, toc...
- Ese es Dios. Dios está en tu corazón.
- ¿Y en el tuyo también está?
- También. Vení. Arrimá el oído. ¿Qué oís?
- Toc, toc, toc, toc...
- Dios está en todos los corazones. Cuando vayas a hacer un acto malo, ponete la mano sobre el corazón. Si oís que Dios te habla: Toc, toc, toc, toc; no cometas el acto, porque si lo desobedecés se puede enojar mucho y mandarte una enfermedad.

II

- Abuelita: Hoy tenía diez centavos. Iba a comprar caramelos, pero vi a una vieja que pedía limosna. No sabía qué hacer, si comprar los caramelos o si dárselos a la vieja. Entonces le pregunté a Dios: ¿Le doy los diez centavos a la limosnera? Me puse la mano en el corazón y oí: toc, toc... Bueno, dije, Dios me habla, y abuelita dice que cuando Dios me habla no debo cometer el acto, porque es un acto malo. No le di los diez centavos a la limosnera. Después le pregunté a Dios: ¿Me compro los caramelos? Y oí: toc, toc... ¿Pero abuelita, Dios no deja hacer nada, entonces?
- ¿Y vos qué hiciste?
- Y, pensé, ya que Dios se enoja si le doy los diez centavos a la vieja y se enoja también si me compro los caramelos... ¡Me compré los caramelos, abuelita!

FRATERNIDAD

Pingüín es delgado y enfermucha. Ocho, un año y meses menor que él, es grueso y fuerte. La edad queda equiparada con la diferencia física a favor del más pequeño. Las peleas no sólo son posibles, sino que son equilibradas. Nunca concluye por imponerse ninguno de los dos. Ocho, además, es traicionero. A veces, cuando pasado un cuarto de hora de la

pelea Pingüín no la recuerda más; él, de improviso, le pega y dispara. Pingüín lo persigue, lo alcanza y se trenzan de nuevo. La mamá grita, se desespera. La abuela se lamenta de sus nietos peleadores.

La mamá interviene, toma al que tiene más a mano, porque a los dos le es imposible de una vez; (nunca ha podido atrapar a los dos juntos); toma al que puede y lo mete en la cama vestido.

No tarda cinco minutos en aparecer el otro:

- Mamá... - pide por el castigado -. Dejalo salir, vamos a jugar.

Yo solo me aburro.

- ¿Van a pelear de nuevo?

- No, vamos a jugar.

- Bueno, ¡Salí!

Y los dos alegremente, confraternizados, se van a jugar. A jugar y a pelear. A pelear y a hacerse amigos otra vez. ¿Pero por qué han de intervenir los grandes en sus juegos? ¿Acaso pelear no es también una forma de jugar? La madre, ¿qué sabe de esto? La abuela, ¿para qué hace meter a Dios en sus peleas?

El único que los comprende en esto es el abuelo: Cuando los ve enredados a golpes, no se desespera, no corre, no grita. Calmoso, muy lentamente, sonriendo, se les acerca, los mira un poco. Después los separa. Y les enseña:

- Mirá, vos: ¿Para qué lo tenés del saco mientras le pegás con la otra? ¡No! Así te inutilizás una mano. Hay que pegar con las dos, seguido, sin descansar.

- Y vos, ¿para qué alzás tanto el brazo? ¡No! Así tarda más en llegar la trompada y no llega más fuerte. Hay que tirar derecho las trompadas. Llegan más rápidas y más fuertes. Y no abrazar al contrario. Tampoco hay que pegarle en el suelo. Ayer vi que Pingüín se resbaló y vos, Ocho, le pegabas en el suelo. ¡No! Hay que ser caballero. Cuando el contrario cae, se dan dos pasos atrás, se espera que se levante, ¡y meta trompis otra vez!

Los chicos lo escuchan con azorada admiración. ¡Si sabrá el abuelo! ¡Las hazañas que se cuentan de él!

En medio de una pelea, Pingüín, sin querer, metió un dedo en la nariz de Ocho que empezó a sangrar.

Pingüín dio un paso atrás, demudado, le señaló la nariz, y balbuceó:

- ¡San-gre!

Ocho se llevó la mano a la nariz y miró: ¡Vio sangre!
Puso una cara de espanto terrible y corrió a la canilla, a lavarse.

Pingüin comenzó a llorar a gritos.

Llegaron la madre, la abuela, la mucama, la cocinera.

Espantadas, anhelantes, corriendo y preguntando... Pingüín, a gritos, llorando siempre, les explicó:

- ¡Sangre, sangre!

Lo rodearon.

- ¿Dónde?

- ¿A ver?

- ¿Te lastimaste?

- ¡No, yo no! – explicó Pingüín -. ¡Él, él!

Y señalaba a Ocho que ya se había lavado el rasguño y sonreía.

Pingüín, ante su sonrisa, dejó de llorar.

- ¿Pero dónde tenés la sangre?

- No, abuelita. Yo le saqué a él sangre de la nariz.

- ¡Ah, ¿vos le sacaste a él, y en lugar de llorar él, llorás vos? – dijo la madre -. ¿No te digo? ¡Si estos chicos son locos y me van a enloquecer a mí! ¡A la cama los dos!

A veces, en el ardor de la lucha, se hacen pactos. ¡Y se cumplen!:

Pingüin ha agarrado a Ocho de los pelos: ¡Tira! Ocho ha atrapado con los dientes una mano de Pingüin: ¡Muerde!

Pingüin propone:

- Yo te suelto los pelos si vos me soltás la mano.

Ocho, sin abrir la boca, para no soltar su presa, asiente moviendo la cabezota.

- ¡A las tres, eh! – Propone Pingüin, y cuenta -: ¡Una, dos y tres!

Ambos aflojan a la vez.

Y en seguida se trenzan de nuevo.

EL TIGRE

Pingüin y Ocho juegan a los cazadores:

- ¡Pum! Yo maté un gorrión. Allá va mi perro a agarrarlo – grita Pingüin, entusiasmado, como si del palo de escoba que tiene por fusil hubiese salido un tiro.

- ¡Pom! – Responde Ocho -. Mirá, yo maté una perdiz.

- ¡Pum!

- ¡Pom!

Los tiros se suceden, sonoros, retumbantes... La imaginación de los chicos tiene excelente puntería. No erra tiro. Después del ¡pum! O del ¡pom!, invariablemente, gritan:

- Yo maté un pato.

- Yo maté un loro.

Nepomuceno, en un rincón del jardín, con un grueso libro en la mano, intenta leer. La algarabía de los chicos se lo impide y, molesto, de vez en vez levanta la cabeza. Sus quince años lectores exigen silencio. Los dos niños no están dispuestos a proporcionárselo. Los tiros, las exclamaciones de júbilo, se suceden sin interrupción.

De pronto la algarabía es inaguantable. Pingüin ha descubierto un tigre acechando detrás de un tronco de árbol, dispuesto a lanzarse sobre ellos. Lo describe:

- ¡Allí está el tigre! ¿Lo ves, Ocho? Detrás de la magnolia. ¡Qué colmillos! ¡Mirá cómo le brillan los ojos que parecen de fuego! ¿Lo ves? ¡Ahora se mueve! ¡Viene para aquí! ¿Oís cómo ruge? ¡Oh, prepará el fusil! ¡Pronto que ya va a saltar!

- Pero el pequeño Ocho, intimidado por el tigre que ha aparecido de pronto, feroz, en el jardín de la casa, en vez de preparar su fusil y matarlo, tira el palo de escoba y grita:

- ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Se ha operado en él un raro fenómeno: Ve al tigre, allí, a dos pasos. Ve sus ojos brillantes, sus terribles colmillos, lo oye rugir, lo ve moverse dispuesto a saltar y, a la vez que su fantasía ve todo aquello, el arma certera que tenía en las seguras manos hasta hace un momento, se le convierte en realidad, se le metamorfosea en un inofensivo palo de escoba.

Y grita:

- ¡No, no, que no salte, que se vaya el tigre!

Pero Pingüin, satisfecho por el éxito de su creación, prosigue:

- ¡Ya salta! ¡Pum! ¡Le erré el tiro! ¡Tírale vos, Ocho, ligero que nos come!

Ocho no está en disposición de hacer uso de su arma. El miedo lo estremece. Grita y llora...

Interviene Nepomuceno:

- ¿Qué hay? ¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás?

- ¡Un tigre! – balbucea el pequeño, señalando hacia la magnolia.

- ¡Pum, pum! ¡Las balas no le entran – grita Pingüin, tiene el cuero muy duro. ¡Pum!

- ¡Ay, no le entran las balas! – grita Ocho, y vuelve a llorar.

Nepomuceno, con fastidio:

- Pero a ver, pedazos de idiotas, ¿dónde ven el tigre?

¡Estúpido!

Habla Pingüin:

- Estúpido sos vos, que no lo ves.

- ¿Y dónde está?, a ver, ¡mostrámelo!

- Ahora se ha ido... - responde Pingüin, y sigue cazando sin escuchar el montón de cosas desagradables que le dice Nepomuceno -. ¡Pum! ¡Maté un papagayo!

Nepomuceno vuelve a su libro.

Ocho recoge su fusil, dispuesto a continuar cazando él también; pero establece condiciones:

- Mirá Pingüin, si vuelve el tigre no juego más.

- Bueno, no va a volver. Mirá, allí hay una cotorra. ¡Tírale!

Ocho apunta concienzudamente, después tira:

- ¡Lindo, la mataste!

- Le pequé en la cabeza.

- ¡Pum!

- ¡Pom!

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

- ¿Para qué brilla el sol cuando yo duermo?

VIDA INTERIOR

EL MAL PREMIO

- Mamá: ¿Dónde llevaron a la nena que murió en la casa de enfrente?

- La llevaron al cielo. Como era una niña muy buena, Dios la llamó al cielo.

- Mamá: Entonces a los chicos buenos, ¿Dios los mata? Mamá, yo no quiero morirme. Yo voy a ser malo.

LEJOS

Pingüin ha inventado un juego para jugarlo solo. No le ha puesto nombre, pero podría llamarse: "el juego de irse lejos". Es simple. Para algunos resultaría muy aburrido. Para él, cuando tiene ganas de jugarlo, le resulta muy interesante, pero sólo cuando tiene ganas de jugarlo.

Consiste en esto: Si es de día, sobre el césped del jardín, cara

al cielo, se pone a mirar las nubes. En tanto que mira las nubes, piensa. Por ejemplo: piensa que él es un gran general y regresa victorioso o que salva a una chica de un incendio. De noche le resulta más difícil jugarlo. ¿Dónde cobijarse? Cierta vez se tiró en la cama, con los ojos en el techo. Vino la madre, lo vio, le tocó la frente. Dijo: “Esta criatura ha de estar enferma cuando se está así, tirado en la cama”. Y fue inútil protestar. Al otro día lo purgaron. Optó por refugiarse bajo la mesa del comedor, oasis de soledad, pero al no verlo, comenzaron a llamarle y tuvo que salir, lo interrumpieron en el instante que él pasaba saludando a la cabeza de sus soldados... ¿renunciaría a jugar de noche un juego tan lindo, más lindo de noche que de día? Halló la solución. Sentase en un sofá en la penumbra, con un gran libro de estampas sobre las rodillas. Hacía el que miraba las figuras, pero no, pensaba... La abuela dijo una vez:

- ¡Como le entretiene este libro! ¡Hay que buscarle otro! ¡Qué sabía ella! Su diversión la tenía el niño en sí. Se contemplaba el huir de su alma. Se sentía pensar, se sentía cantar, se gozaba en su imaginación: Juego raro que no hubiese podido competir con la mancha o el rescate o los panaderos o el martín pescador, pero que en ciertas ocasiones, Pingüin se veía obligado a jugarle. Se hundía en él como en la felicidad.

A su alrededor pasaban los grandes. Corrían sus hermanitos. Hablaban. Pingüin no veía, no oía absolutamente nada. Ciego y sordo a lo que le rodeaba. Se veía y oía él.

LA BATATA ABRILLANTADA

I

Pingüin sorprendió el frasco de dulces, olvidado sobre la mesa del comedor. Llamó a Ocho. No tuvo más que enseñarle su prodigioso descubrimiento:

- ¡Mirá!

Ocho abrió los enormes ojazos negros, hizo una mueca y ya estuvo sobre una silla, y de silla sobre la mesa. Y ya metió la codiciosa mano en el frasco de dulces.

Sacó una batata abrillantada y se la alargó a Pingüin:

- ¡Tomá. Para vos! Ahora voy a agarrar ese zapallo para mí. Y volvió a meter la codiciosa mano. Se escucharon los pasos menudos, ligeros de la madre. Pingüin avisó:

- ¡Ahí viene mamá! ¡Bajate! ¡Pronto!

Y se escurrió, patio afuera, con su batata brillantada, a la espera de Ocho.

Pero a éste le ocurrió un serio percance. Su mano se había apoderado del más grande de los dulces: Un gran trozo de zapallo. Hizo un esfuerzo para sacarlo y escapar antes de ser sorprendido. La mano así abultada ya no salía por la garganta del frasco. Sólo había un recurso: abandonar el rico pedazo de dulce, huir sin nada. Ocho no se resignó al sacrificio. Realizó el último esfuerzo. ¡Nada!

Y así fue sorprendido por la madre:

- ¡Ah, pícaro ladrón de dulces! ¡A la cama!

II

Cinco minutos después, ya en la cama, purgando su delito, Ocho empezó a llamar, autoritariamente:

- ¡Pingüin, Pingüin!

Pingüin, desde la habitación próxima, simulaba no oírlo.

- ¡Pingüin! ¡Mirá que le digo todo a mamá!

La amenaza del cómplice lo obligó a presentarse:

- ¿Qué querés?

- ¿Y la batata?

- Me la comí.

- ¿Y por qué te la comiste toda?

- ¿No era mía? ¿Vos no me dijiste: Tomá para vos?

- Sí; pero yo no pude sacar nada para mí. ¡Dame la mitad de la batata! Sino...

- ¿Sino, qué? – pregunta Pingüin, alarmado.

- Sino le digo a mamá que vos también robaste, que vos te comiste una batata. Así te mete a la cama también a vos.

Pingüin hace esfuerzos de dialéctica. En vano pretende convencer a Ocho, convertido en un energúmeno:

- ¿Pero cómo querés que te de la mitad si ya me la he comido toda?

- ¡Yo no sé nada! O me das la mitad o le digo a mamá así te mete a la cama a vos también...

Pingüin recurre al diminutivo cariñoso:

- Pero Ochito...

Ocho lo interrumpe, colérico; ha comprendido que lo quiere comprar, que teme su acusación y grita más fuerte, imperioso:

- ¡Qué ochito ni Ochito! ¡Dame la mitad de la batata o le digo a mamá!

- ¡Bueno! – afirma Pingüin.

El otro calla. Espera que éste saque del bolsillo el dulce. No es así, porque él ya se lo ha comido; pero es necesario evitar la

acusación que lo puede tener una hora en cama, cuando afuera hace tan lindo sol. Piensa un recurso heroico:

- Bueno, te voy a dar la batata – dice.

Y se mete los dedos en la boca, se los hunde hasta la garganta, en medio de visajes horrorosos. Hace una arcada, otra arcada... ¡Y de súbito, vomita!

Ocho contempla lo vomitado. El estupor no lo deja hablar.

Pingüin:

- ¡Ahí tenés la batata! ¡Ahí la tenés toda! ¡Cométela si querés!

¡Angurriento!

Y se aleja triunfante.

CUENTOS DEL ABUELO MATERNO

I – LAS OVEJAS

Había una vez un gaucho que llevaba a pastar millones de ovejas. En eso llegó frente a un gran río. Para pasar al otro lado sólo había un puente tan angosto que cabía una oveja por vez. Pasó una, otra, y otra, y otra, y otra, y otra, y otra, y otra, y otra...

Los niños se impacientan:

- Bueno, seguí, hacé de cuenta que ya han pasado.

- No puedo. Hay que hacer pasar a todas las ovejas. Pasa otra, y otra, y otra... Y van pasando, y van pasando, y van pasando...

- ¡Acabá de una vez!

- ¡Pero cómo creen que en tan poco tiempo van a pasar millones de ovejas? Y van pasando, y van pasando, y van pasando...

(Los niños esperan aún, pero acaban por irritarse. Y se van. El narrador ríe).

II – LOS DOS NEGROS

Cierta vez, dos negros viejos, antiguos esclavos, se encontraron en la calle. Empezaron a conversar. Como uno estaba al servicio de un médico y otro al de un abogado, los dos se querían asombrar el uno al otro con lo que sabían.

De pronto, un negro estornudó. Y el otro le dijo:

- ¡Dominus oviscum!

¡Caracoles! – pensó el negro, este sabe más que yo, porque sabe latín.

Y siguieron hablando. Vuelve a estornudar, y el otro a decirle:

- ¡Dominus oviscum!

Ahora pensó el primer negro: este no sabe tanto como yo creí. Sólo sabe decir eso. Y volvió a estornudar.

- ¡Dominus oviscum! – volvió a decirle el segundo.

Y el otro, improvisándose latinista, le respondió:

- ¡En el culum te pellizcum!

Y muy serios continuaron su charla.

III – EL LATIN

Un herrero de Curuzú-Cuatiá quiso que su hijo fuese doctor. Lo envió a estudiar a Buenos Aires. Pasaban los años y el hijo del herrero no se recibía. Un año, para las vacaciones, el herrero le mandó decir que bajara para el pueblo, que ya hacía muchos años deseaba verle. El muchacho se resistía; pero como el padre lo amenazó con no enviar más dinero, tuvo que obedecerle.

Llegó el estudiante a Curuzú-Cuatiá y, después de las primeras efusiones, el padre que era astuto y maliciaba que su hijo en la ciudad hacía de todo menos devorarse los libros, lo interrogó:

- ¿Y qué sabes, hijo?

- ¡Oh, sé tantas cosas, papá! – respondió el muchacho haciendo visajes de asombro hacia su propia sabiduría.

- ¿Sabés latín? – volvió a preguntar el padre.

- ¡Cómo no voy a saberlo, papá!

- A ver, ¿cómo se dice mesa en latín?

- ¿Mesa?: Mesum – respondió el estudiante lo más fresco.

- ¿Y cama?

- Camum.

- ¿Y pan?

- Panum.

El herrero quedó pensativo, mirando al estudiante, por ver si se burlaba. No. Este, muy serio, aguardaba a que su padre siguiese preguntando, para exhibir sus conocimientos de latinista consumado.

El herrero no preguntó más ni dijo nada. Transcurrieron los días. Mientras el herrero los pasaba sudando frente al yunque y quemándose junto a la fragua; el hijo tumbado hasta las doce, dormía; después de almorzar echaba su larga siesta, hasta la hora del paseo. Volvía a comer y a dormir.

El herrero, al regresar, quebrado de darle al martillo durante todo el día, hallaba a su hijo en el lecho, con las manos detrás de la cabeza, mirando volar las moscas. No decía nada el herrero, observaba...

Un día le preguntó:

- ¿Qué hacés en la cama, hijo, hasta estas horas? Yo hace diez que ya estoy levantado y quemándome en la herrería.
- Estoy pensando, papá – respondió el joven.
- ¡Ah! ¿Estás pensando? ¿Y qué estás pensando?
- Estoy pensando si el sol que alumbra este pueblo es el mismo que alumbra Buenos Aires.

El viejo se encolerizó:

- ¿Y para que vos me vengas con éstas yo me he tirado tanto dinero? Para pensar esto no tenías necesidad de salir de Curuzú-Cuatiá. Para saber el latín que vos sabés tampoco tenías necesidad de ir a estudiarlo a Buenos Aires. ¡Si yo aquí, sin salir del pueblo, en la fragua, entre martillazo y martillazo, lo he aprendido tan bien como vos! Escuchá: Buenum hijum miom, dejam de pensarem y, agarrandum un martillum, venitem conmigum, a trabajarem.

Y lo metió de herrero.

LAS AMENAZAS

Al niño no le gusta la sopa de pan. Y no quiere comerla.

El padre: - Si no comés la sopa, no te quiero más. Te voy a cambiar por otro chico en el mercado.

La amenaza no surte efecto. El niño sabe que eso no es verdad, que el padre no puede dejar de quererlo. Y no come.

La madre: - Si no comés la sopa, no te daré postre. Miralo allí: dulce de guayaba.

Pingüin se da vuelta y mira: sobre el aparador hay una enorme fuente llena.

Y el niño, rápidamente, reflexiona. Esta amenaza sí puede realizarse...

Hunde la cuchara en el plato, y del plato a la boca.

EL PREMIO

I

La madre: - Hagan pis antes de salir a la calle. Hoy vamos de visita y es una vergüenza cuando en la calle empiezan a pedir a gritos: ¡pis!, ¡pis!... Porque si se le ocurre a uno, forzosamente se le ocurre al otro también. Hagan pis antes de salir. ¿Ven esas tortas? Si no me piden pis en la calle, a la vuelta se las doy. ¡Son tortas con dulce de leche! ¡Riquisimas!

II

Dos horas después:

La madre: - Aquí tienen las tortas. Hoy se han portado muy bien, se han portado como dos hombres...

Pingüin y Ocho muerden sus tortas y, apresuradamente, se alejan para que la madre, por lo menos hasta que ellos hayan comido las tortas, no repare en que tienen los pantalones mojados.

EL REMEDIO

Pingüin está enfermo, tiene fiebre y dolor de cabeza. El médico ha recetado una medicina. La madre se acerca al lecho donde Pingüin yace tirado, y se la brinda:

- Tomá este remedio, nene.

Y le pone la cuchara en la nariz. Pingüin huele y se echa para atrás, repugnado.

- ¡No, no lo tomo, no! – y se tapa la cabeza con la sábana.

La madre insiste:

- Lo tenés que tomar. El médico lo ha ordenado. Lo tenés que tomar. Estás enfermo y tenés que obedecer. ¿Quién te mandó atracarte de melón? Yo te decía: ¡No comas tanto! Ya ves, por no hacer caso. Tomá el remedio.

- ¡No, no y no!

La madre se impacienta:

- ¡Lo tenés que tomar! ¡Aunque sea a la fuerza lo tenés que tomar!

- No voy a tomar nada. Es asqueroso.

- ¿Qué, querés remedios ricos? ¡No! Los remedios son feos a propósito, de castigo, para enseñar a los chicos glotones que deben obedecer a sus mamás. ¡Tomá el remedio!

Pingüin, siempre con la cabeza bajo las sábanas, responde:

- ¡No, no, no!

La madre intenta sacarlo de su escondite; pero no es tarea fácil. Pingüin aprieta fuertemente las cobijas. Llama entonces a la mucama para que la ayude:

- ¡Polonia! – y amenaza al niño -; ¡Ya vas a ver si no lo vas a tomar! ¿Cuándo has visto que los enfermos hagan lo que quieran? ¡Vas a tomar a la fuerza el remedio! ¡Polonia! – Vuelve a llamar -, ¡Polonia!...

Pero ésta se halla lejos y no oye. Se presenta la abuela:

- ¿Qué hay?

- ¡Este chico que no quiere tomar el remedio!

- A ver, dame a mí, conmigo lo va a tomar – y se acerca a Pingüin, que sigue escondido entre las sábanas -: ¡A ver, mi nene, tomá el remedio!

Pingüin aparece, congestionado por la fiebre y por la sofocación:

- ¡Es muy feo, abuelita! – El tono de su voz es otro. Ya no es agresivo, es suplicante.

- ¡Si no es tan feo! – dice la abuela y, estoicamente, se bebe la cucharada.

Pingüin, azorado, conquistado por esta acción, calla. Está dispuesto a tomar el remedio, y así lo dice:

- A ver, dame.

La abuela le estira la cuchara que ha vuelto a llenar con el líquido viscoso y nauseabundo. Pingüin abre la boca pero siente el olor del remedio y su repugnancia es más fuerte que su voluntad, se echa hacia atrás y golpea la cuchara que cae al suelo.

- ¡Uf! – hace, sacudido por un espasmo nervioso.

La madre que ha estado observando, interviene, irritada.

- ¿Te abusás porque estás enfermo?

Esto lo sabe Pingüin y utiliza su privilegio. Sabe que estando en cama, con fiebre, es intangible, sagrado.

La abuela ha recogido la cuchara del suelo y, sin alterarse, dice:

- Quizás si se lo damos en copa lo tome. ¿Querés tomarlo en una copita de licor? Te va a parecer licor de leche. Vas a ver que no te parecerá tan feo.

Y trae una copa de licor donde echa una cucharada del remedio:

- ¡Tomá, m'hijito.

- ¡No!

- Vamos, querido mío. Mirá que es abuelita la que te lo pide.

¿No vas a complacer a tu abuelita?

Pingüin, de cara a la pared, acurrucado y enfurruñado, no responde.

La abuela, paciente, continúa:

- A ver, nenito mío, hacelo por mí. ¿No ves que yo no duermo pensando en que vos estás enfermo? Tenés que curarte pronto. Si no, me voy a enfermar yo. ¿Vos querés que tu abuelita se enferme? Tomá el remedio.

Pingüin se sienta en la cama. Toma la copa, derrama su contenido en el suelo y vuelve a acurrucarse, cara a la pared.

La madre vibra de cólera:

- ¡Si es inútil! Por las buenas no lo va a tomar nunca. Hay que hacérselo tomar a la fuerza. Que Polonia lo sujete y yo se lo

voy a hacer tomar aunque no quiera – y grita -: ¡Polonia!
¡Polonia! ¡Polonia!

Esta se presenta corriendo, agitada:

- ¿Qué, qué?...

- ¡Este chico que no quiere tomar el remedio! ¡Vos lo vas a sujetar y yo se lo voy a hacer tragar a la fuerza! ¡Vení!

Las dos mujeres se adelantan, pero la abuela que ha vuelto a llenar la copa, las detiene< .

- ¡No! Déjenme a mí. El va a tomar el remedio, no hay necesidad de violentarlo, le puede subir la fiebre. Déjenme a mí sola...

- ¡Qué paciencia la tuya – y se aleja, seguida de la mucama -. Pero si no lo toma me avisás, así se lo hacemos tomar nosotras. ¿Oís vos? – se dirige a Pingüin que continúa inmóvil, como si durmiera -. ¿Oís? ¡Quieras o no quieras, vas a tomar el remedio!

Y salen del cuarto.

La abuela se sienta en la cama de Pingüin. En una mano tiene la copa con el remedio; pasa la otra mano por la cabeza del chico. Lo acaricia y lo habla. Lo habla dulcemente:

- Ahora estamos solos. Tomá el remedio.

- ¡No, abuelita, es muy feo, muy feo! – suplica el niño, sin darse vuelta.

- Te lo pido por favor: Tomá el remedio... Yo quiero que te cures pronto, así salimos a pasear al bosque. Vamos a juntar huevos de gallo y margaritas. ¿Querés? Respondeme:

¿Querés?

- Sí, abuelita.

- Pero para eso es necesario que te cures y para curarte tenés que hacerle caso al doctor, tenés que tomar los remedios que él te manda.

- ¿Y si no los tomo?

- te podés morir.

- ¡No me importa!

- Sí, por vos no importa, porque como sos un buen niño, te irás al cielo con los ángeles; pero, ¿y yo? ¿Pensás qué sería de mí sin vos, sin su nieto que la abuela quiere tanto? ¿Quién iría por la noche a mi cuarto para que yo le hiciera bonetes y barcos de papel? ¿Quién iría por las mañanas a pedirme pastillas de goma? ¿A quién le contaría el cuento de la Cenicienta y el del Ratón Pérez? ¿Con quién saldría, ahora que vienen los días lindos, a juntar margaritas y huevos de gallo en el bosque? Sola, yo sola me tendría que estar en mi cuarto, llorando. Y mi nietito Pingüin, desde el cielo, viéndome llorar, queriendo venir a consolarme y sin poder bajar del cielo...

¿Todo por qué? ¡Por caprichoso! Por no querer tomar un remedio, nada más ¿No tenés lástima de tu pobre abuelita, llorando sola?...

Pingüin se sienta en la cama bruscamente, arrebata la copa de la mano de la abuela y se la bebe de un trago. Después se acurruca de nuevo, cara a la pared.

La abuela le da un beso en la frente y se aleja en puntas de pie, como si ya estuviese dormido.

Pingüin aguarda a que ella, después de haber cerrado los postigos, salga de la habitación. Entonces se incorpora, toma el orinal y escupe el remedio que no ha tragado.

LAS CREACIONES

Es inútil que Pingüin se irrite y lo amenace, Ocho no recuerda. Cada vez que usa el cajón de piedras, ladrillos, carbones y maderas con que Pingüin juega, los usa a su modo. En una ocasión, todo un ejército de ladrillos le sirvió para romper un vidrio que brillaba demasiado. Llegó Pingüin, vio “su ejército” transformado en proyectiles, se indignó. Los chicos se golpearon hasta llorar los dos. Pingüin prohíbe, pero Ocho olvida sus edictos. Para él, todo el mundo le pertenece. Y además, ¿por qué Pingüin se adjudica la propiedad de ladrillos, piedras, maderas y carbones? Esto lo encuentra absurdo. Está bien que los soldados de plomo o la pelota de colores, regalos de la madre y la abuela para el día de su cumpleaños, sean de él; ¿pero pedazos de ladrillo o de carbón que ha encontrado en el suelo? Es absurdo. Y Ocho, para evidenciar lo absurdo de las pretensiones propietarias de su hermano mayor, olvida sus amenazas y hace uso adecuado de sus piedras. ¿Acaso las piedras están hechas para jugar a los soldados? ¿No es más propio emplearlas rompiendo vidrios o persiguiendo al perro y al gato?

Pingüin, cansado de prohibir inútilmente, se refugia con los ejércitos de su imaginación debajo de un altillo, en el fondo de la casa. Allá juega tranquilo. Ocho lo busca. Él no contesta; pero Ocho, tesonero, mete en todas partes la mirada de sus ojos absortos. Escudriña. Pingüin oye sus pasos y sus gritos que se acercan, llamándolo. Contiene la respiración. Ya va a ser descubierto; pero antes que Ocho entre al cuartucho medio en sombras donde están alineados, frente a frente, un ejército de negros (carbones) contra un ejército de indios pieles rojas (ladrillos), Pingüin sale del cuarto atropelladamente, toma a ocho de una mano y lo arrastra, gritando:

- ¡Vení, vení que nos va a comer! ¡Vení!

Ocho, impresionado y atemorizado, corre. Ya lejos, Pingüin le explica:

- ¡No sabés lo que he visto allí! ¡Al viejo Barbón y a sus siete hijos! – Ocho abre los ojos, Pingüin prosigue -. Es un viejo enano con una barba colorada que le llega hasta los pies! ¡Yo lo he visto! Traía un facón grande, más grande que el del abuelito, y detrás de él, sus siete hijos, enanos también, venían en puntas de pies, todos con cuchillos para matarme. ¡No te acerques nunca allí! Si te agarra el viejo Barbón te hace como hizo el carnicero con el chanco: te cuelga cabeza abajo y te degüella. El viejo Barbón y sus hijos se alimentan con sangre de chicos, nada más. Por eso tienen los pelos y la barba colorados. De tanto beber sangre.

Ocho, aterrorizado, escucha en silencio. No volvió más por el cuartillo semi en sombras del altillo, refugio de todos los trastos viejos de la casa. Pingüin, desde aquel día, pudo jugar tranquilamente, sin temor de que su hermanito lo interrumpiera.

Su hermanito no; ¿pero el enano Barbón y sus siete hijos armados de facones? Pingüin comenzó a tener recelos. Ya no se pasaba las horas moviendo sus piedras y ladrillos, simulando sonoros cañonazos y luchas encarnizadas; ahora, no bien crujía uno de los muebles viejos, amontonados allí, daba vuelta rápidamente la cabeza, nervioso, indagando... ¿Existían Barbón y sus siete hijos? Debieran existir cuando él lo sabía. ¿Por qué, dónde oyó hablar de ellos? ¿Quién le habló de ellos? No lograba recordarlo.

¿Y si verdaderamente se le apareciera el feroz enano Barbón, seguido de sus siete hijos pelirrojos, armados de brillantes facones? El enano comenzó a cobrar vida real en los pensamientos del niño. ¡Estaba tan oscuro aquello! ¡Tan atiborrado de trastos inútiles detrás de los cuales se podía ocultar, no un enano, sino un gigante! Entraba nervioso al altillo, jugaba sin tranquilidad... Hasta que una tarde, debajo de una silla de hamaca, se movió algo. (Era el gato negro que se desperezaba y que, por ser negro, oculto en la penumbra, dormía sin ser visto). Pingüin salió corriendo. ¡Ahora sí era verdad! Ahora sí había visto a la silla de hamaca moverse. ¿Quién otro que Barbón podía estar allí oculto, acechándolo? Y tampoco él volvió más al altillo. Evitó morir colgado cabeza abajo, como un cerdo, degollado por el terrible enano Barbón y sus siete hijos pelirrojos. No quería que su sangre, precioso líquido por el cual, al aparecer una gota en la punta de un dedo, se estremecía, sirviese de alimento a criaturas tan

malvadas.

Y en posesión del ferocísimo enano y de sus siete pelirrojos hijos, hasta ayer fantasmas para alejar a su miedoso hermano, pero ahora seres de carne y hueso, seres reales y temibles; abandonó Pingüin sus ejércitos de piedras, carbones, maderas y ladrillos que antes defendiera a gritos, amenazas y puñetazos de la rapacidad de su hermano, ser tan visible, para él, y tan tangible, como los seres fantásticos nacidos de su imaginación.

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA

LOS TRES CURAS

En una iglesia vivían tres curas. Uno de ellos que estaba loco y creía que iba a haber otro diluvio universal, se había hecho construir una barca que subió al campanario, y en ella vivía, esperando el comienzo del diluvio.

Los curas tenían una sirvienta joven y ésta tenía un novio que era herrero. El novio y la sirvienta hablaban de noche, por la reja de una ventanita. Pero los curas los descubrieron y pensaron hacerles una broma. Una noche oscura, a la hora en que el novio solía ir, mandaron con un recado a la sirvienta y, en su lugar, uno de los curas, aflautando la voz, fue a hablar con el novio. Cuando éste le pidió un beso, el cura, temiendo que lo descubriera por el roce de la barba, se quitó los pantalones y le presentó el trasero. Besó el novio ese cutis liso como de mujer, y dijo:

- ¡Qué mal olor tienes!

Respondió el cura:

- Tengo una muela careada.

A la mañana siguiente, al hacer un mandado, la sirvienta se encontró con su novio. Este le preguntó:

- ¿Cómo sigues de la muela?

Ella se asombró de la pregunta, entraron en explicaciones y de éstas sacó el novio que los curas le habían engañado. Juró vengarse: Preparó una barra de hierro calentándola al rojo y se presentó en la ventana. No tardó en aparecer el otro de los curas, aflautando la voz. La noche seguía tan negra como la anterior y era propicia al engaño.

- ¿Qué voz rara tienes? – dijo el novio, haciéndose el inocente.

- Esto resfriada – respondió el cura bromista.

- Dame un beso.

El cura presentó el trasero y el novio le metió la barra caliente.

Al sentir el fuego, el cura comenzó a gritar, desesperado:

- ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!...

Entonces, el loco, creyendo que aquel era el aviso de que comenzaba el diluvio, cortó las sogas que sostenían a su barca y se estrelló contra el suelo.

MISIA JOVITA

Misia Jovita es hermana de la abuela. Una mujer dulce, suave, cariñosa, blanda. Aún conserva rastros de una singular belleza: Cutis muy blanco, grandes ojos de mirar tierno. Ha sido muy desgraciada. Su marido, como el de la abuela, emprendedor fantástico, pero generoso, mal negociante, le tiró la fortuna en empresas locas. Una bonita herencia de un millón de pesos que el padre dejó a cada uno de sus diez hijos.

Misia Jovita jamás tuvo un reproche para el marido. “Dios nos lo dio, Dios nos lo quita”, se limitaba a decir. La resignación de Job estaba en ella. Su alma era simple.

De ella, en la familia, se narraban anécdotas que irritaban a las mujeres. Por ejemplo: Cuando el marido se iba a Buenos Aires por “asuntos de negocios”, según él, aunque en verdad, “por asuntos de polleras”, Misia Jovita cerraba la puerta de calle y no salía más que a la mañana temprano, para asistir a la primera misa. Muy piadosa, su devoción, su caridad, su disposición a perdonar todo, a justificarlo todo, a calificar los más grandes pecadores con un “pobrecito”; la nimbaban de bobería.

Para unos era una santa. Para otros, mujeres generalmente, una tonta.

El marido concluyó por volver a ella definitivamente; pero ya para morir. Una enfermedad terrible y asquerosa le llenó de pústulas el cuerpo. Misia Jovita, la más paciente de las enfermeras, lo cuidaba y lo curaba. Alguien le advertía:

- ¡Eso que tiene es contagioso! ¡Tenga cuidado!

Sonreía ella. Y por toda profilaxis se lavaba las manos con agua bendita.

No se contagió.

- ¡Usted es una heroína! – le decía alguno, admirado de su fortaleza.

Y ella, asombrada de que se la admirase:

- ¿Yo? ¡Si no hago más que cumplir con mi deber!

Murió el marido. Quedó con un hijo que ya anunciaba seguir el camino del padre. Una casucha hipotecada y una pequeña pensión es todo lo que dejara el hombre por el cual se había

sacrificado, al que lloraba sinceramente y del que sólo hablaba por amor.

El hijo casó con una muchacha que parecía la segunda edición de Misia Jovita: paciente, buena, resignada, simple. Como su padre, él perseguía mujeres, se enredaba en aventuras tontas, dejaba el reguero de “guachos”. Las dos mujeres lo sabían. La joven lloraba sobre el pecho de la anciana. Y ésta le recomendaba lo que había hecho ella: paciencia, resignación, sacrificio.

Tanto se amaban, tan en armonía vivieron siempre que nadie pudo imaginar que no fuesen madre e hija.

Piadosa, Misia Jovita no dejaba de ir a misa diariamente y de confesar y comulgar todos los domingos.

- Sólo una cosa le pido a Dios - decía siempre -, que al morir me de tiempo para tomar la extremaunción.

Pero murió repentinamente, de una congestión cerebral.

- Dios la vio lo bastante purificada para llevársela en cualquier momento. Dios quiso demostrar que ella no necesitaba prepararse para morir. De nada podían absolverla, porque vivió en perpetua santidad, abandono a Dios y adoración a Jesús.

Estas fueron las explicaciones que daba la abuela a los ateos que se burlaban porque Dios no había satisfecho la última voluntad de Misia Jovita.

La abuela creyó morir también, de pena. Se amaban. No sólo la hermandad las unía, sino el destino semejante y desdichado, el temperamento, la fe, la pureza de alma.

Los niños sintieron a Misia Jovita: Ya no oirían los milagros de Santo Tomás de Aquino ni la conversión de Pablo, persecutor de los discípulos de Jesús, ni las maravillas de San Francisco Solano, que con su violín amansaba pumas y jaguares...

Podrían, más adelante, leer estas cosas en los libros. Pero una cosa es leer todo esto en un libro y otra cosa es oírlo contar por una mujer de mirada acariciante y de voz dulce que les narra creyendo firmemente en que, lo maravilloso que narra es la verdad pura, la verdad única.

Misia Jovita – como la abuela, como Jesús -, presentaba a Dios como un ser paternal, bondadoso, siempre dispuesto a perdonar y hacer el bien. Si no lo podía hacer en absoluto era por culpa del Demonio, siempre alerta para llevar a los hombres hacia el pecado.

- Pero Misia Jovita – le preguntó Pingüin -, ¿por qué Dios, si es tan poderoso, no encierra al demonio en el infierno y no lo deja salir más de allí? Se acabarían los hombres malos.

Misia Jovita quiso responder. Meditó. Y poniéndose muy pálida, sólo atinó a persignarse.

- ¡cruz diablo! – le enseñó -. Decí: ¡Cruz diablo! Querido mío: no sos vos quién ha hecho esa pregunta. Es el Demonio quien ha hablado con tu boca. ¡Persígnate!

Preguntaron una vez a la abuela:

- ¿Quién fue más buena, usted o su hermana Jovita?

- Ninguna de las dos. Recuerde lo que dijo Jesús: “Sólo Dios es bueno”.

- Sí, pero dentro de la relatividad humana...

- ¡Ella fue más buena!

- ¿Por qué?

- Porque yo, ante los dolores de la vida, aunque nunca lo he dicho, he pensado que eran injustos. Ella no pecó ni con el pensamiento.

LA ANSIADA LIBERTAD

- ¿En qué pensás?

- No pienso nada, mamá.

Y Pingüín sigue tirado en la cama, con los ojos fijos en el cielorraso. Piensa en que quiere ser grande. Cada vez que entre sus deseos y su realización se opone la autoridad amorosa de la madre o la cariñosa amenaza de la abuela o la advertencia formal del padre y del abuelo impidiéndole realizar su deseo, Pingüín ansía ser grande. Piensa: ¡Qué lindo ser grande! Poder hacer todo lo que se quiera. Hasta enfermarse. Hoy quiso comer bananas, no sopa. Se le opusieron. Fue necesario comer las bananas de postre, cuando ya no tenía ganas de comer. Cuando sea grande – piensa Pingüín -, me atracaré de bananas y no probaré la sopa. Después llovió. El patio quedó deliciosamente húmedo. El se quiso quitar los zapatos y chapotear el agua. No lo dejaron. ¡Ya lo haría cuando fuese grande! Pingüín va dejando todo lo que no le dejan hacer para cuando sea grande. Así se consuela. Y por eso está allí, ahora, tirado sobre la cama, con los ojos fijos en el cielorraso. Se ve grande, comiendo muchas bananas, chapoteando la linda agua de lluvia...

- Papá, ¿Cuándo uno es grande puede hacer todo lo que quiere?

- Sí, siempre que lo que quieras no haga mal a tu prójimo.

- ¿Cuándo uno es grande es libre?

- Menos libre que cuando es chico.

- No te entiendo.

- Ahora, de chico, no te dejan hacer muchas cosas, ¿verdad?, pero te queda el consuelo de pensar: cuando sea grande las haré. ¿No es así?
- Sí, papá.
- Cuando seas grande también te van a impedir muchas cosas que quieras desear hacer... Y entonces no te va a quedar el consuelo de decirte: Las haré cuando sea grande. ¿Me Comprendés?
- Algo... ¿Pero entonces uno nunca es libre?
- ¿Y para qué deseas ser libre?
- No sé. Porque ha de ser lindo...
- Bueno, pensá que sos libre, y ya lo sos. La única manera de ser libre es pensar que se es libre. No trates de serlo. Se es feliz soñando. Se es desgraciado queriendo realizar lo que se sueña.
- ¡Qué raro hablás hoy, papá! Seguí hablando, no te entiendo, pero me gusta oírte. Es igual que cuando cantás en italiano. Yo no comprendo, pero me gusta oírte cantar...
- Es la fuerza de la música. La palabra libertad tiene música. Mejor, ella no tiene música; pero provoca la música que hay adentro de nosotros mismos, prisionera por la vida. Ella no canta, pero cantan nuestras esperanzas, nuestras ilusiones... ¿Me comprendés?
- No, papá, ¡pero no importa! Seguí hablando...

LOS GRANDES

El padre tiene una hermana con la que no se ve nunca. Ella está casada con un hombre a quien el padre quiere mal. Pingüín no sabe por qué, pero ya que el padre no lo quiere, él tampoco lo quiere.

Al hablar de su cuñado, el padre no deja de decir, despectivamente: “Gaspar, el orejudo”... Y sigue contando. Los chicos ríen. El padre hace chistes a expensas de su cuñado: “Hay algunos que comen para vivir, otros, como Gaspar el orejudo, que viven para comer”... Los chicos ríen.

Una mañana en la calle, Pingüín ve a Gaspar, su tío. Este no lo ve, el niño lo deja pasar; pero en cuanto dobla la esquina, se agazapa detrás de un carro y le grita:

- ¡Gaspar, el orejudo! ¡Gaspar! ¡Orejudo!
- El hombre se da vuelta, furioso. Pingüín, que no esperaba esa reacción, echa a correr. Sólo se detiene en la otra esquina. Y ve a Gaspar que lo amenaza con la mano. En la mesa, narra su hazaña:

- Papá, hoy encontré a Gaspar, el orejudo, y le grité:
El padre sonríe. La madre es un poco sorda y no ha oído.
Ocho dice:
- Cuando yo le encuentre, también le voy a gritar: ¡Orejudo!
El padre vuelve a sonreír. Enardecido por esa sonrisa de aprobación, Pingüin engrandece su hazaña:
- Me corrió una cuadra sin poder agarrarme. Y yo gritándole siempre: ¡Orejudo! ¡Orejudo!
- Cuando yo le encuentre – dice Ocho -, le voy a tirar piedras.
- Yo voy a llevar un palo – agrega Pingüin -, y si te corre, de atrás, lo agarro a palos.
Pero callan. Ha entrado la abuela y saben que a ella le disgustan los proyectos belicosos.

* * *

Esa misma tarde llegó la abuela paterna. Entró muy grave. Pingüin, presintiendo, corrió a esconderse. No tardó en oír la voz airada de la madre. Lo buscaba. Tuvo que salir de su escondite. La madre lo tomó de un brazo:
- ¿Es cierto que ayer lo encontraste a Gaspar y le gritaste orejudo?
Detrás de la madre, la abuela paterna, alta, le hundía una mirada dura. ¿Cómo negar? Pero no afirmó rotundamente, sino disculpándose:
- Papá siempre le dice: “Gaspar, el orejudo”...
- ¡Tu papá puede decir lo que quiera; vos no! – gritó la abuela.
Y la madre:
- ¡A la cama! ¡A la cama sin comer! ¡Yo te voy a enseñar que respetes a los mayores!
Un pellizco.
Pingüin corrió a la cama.

* * *

Y ya en la cama, a oscuras, con las pupilas muy abiertas, mirando el techo, Pingüin piensa. Piensa largo rato. Primero confusamente. Después con claridad, piensa:
- Papá lo dice y nadie se enoja. Lo digo yo y se ponen furiosos... ¡Qué hipócritas son los grandes!

LA TRAGICOMEDIA DE LA SINCERIDAD:

TESTIGO

La madre (a Polonia): - Me han dicho que cuando llevás a pasear los chicos los descuidás para verte con tu novio.

Polonia - ¡No es verdad! ¡Que diga él mismo si eso es verdad – y recurre a Pingüin, ya enseñado por ella -. ¡Diga usted, niño!: ¿Me ha visto hoy con mi novio? ¿No es verdad que estuvimos los dos solos, sentados en un banco?

La madre - ¡Miren a quién pone de testigo! ¡Buen mentiroso es él también!

La abuela - ¡No, hija, no! Este chico no miente. A ver, mi niño, decile la verdad a tu abuelita. ¡La verdad, eh, la verdad! Ya sabés que Dios en el cielo todo lo oye y todo lo ve. ¡A él no se le engaña!

Pingüin no la deja terminar. Dice:

- Sí, abuelita, hoy estuvo el novio de Polonia hablando con ella... Y ahora me tenés que dar diez centavos para devolvérselos a Polonia. Porque ella me compró diez centavos de caramelos.

POMA

La madre se presentó en la casa con una chica sacada del “Juez defensor de menores”. Se llama Petra. Es una chica de diez años, robusta, rosada, alegre. Llega del campo. Antes sirvió en otra casa de la que huyó porque el cocinero la despertaba a puntapiés y la señora la atormentaba a pellizcos y hambres.

Es algo retardada y analfabeta. La propia madre la puso en el defensor de Menores para salvarla de las insinuaciones del padrastro. Como se ve, a los diez años, cosa bastante común en los niños pobres -, Petra ya tiene historia, y cuando un niño tiene historia, siempre es triste.

Da gusto verla tan robusta y rozagante, con la salud brillándole en las pupilas celestes de italiana, en los blancos dientes de la sonrisa fácil, en el rosado y terso cutis de las mejillas.

Alguien le pregunta:

- ¿Cómo te llamás?

- Petra. - Y sonrío.

- ¿El apellido?

- No sé. – Y sonrío.

- Parece una poma por lo fresca y lo rosada – dice la abuela.

- ¿No te gusta llamarte Poma en vez de Petra? – le pregunta la

madre.

- Bueno. – Y sonrío.

Los muchachos, Pingüin y Ocho, la miran con placer. Les es simpática esa muchachota campesina, alegre y cándida, mayor que ellos y a la que, presienten, podrán hacer partícipe de sus juegos.

Así fue: Poma constituyó un admirable elemento. Por su tamaño y su edad, Poma podía considerarse entre las personas mayores y, sin embargo, dócil, se entregaba a su dirección.

- ¿Vamos a jugar, Poma?

- Bueno.

- ¿A qué querés jugar?

- A lo que ustedes quieran, niños.

Ella no tenía voluntad nunca. Esto encantaba a los muchachos. Además, creía lo que ellos forjaban.

- Poma – le decía Pingüin enseñándole una hilera de sillas -, este es un ferrocarril. Yo voy acá porque soy el maquinista.

Vos sos un pasajero. Sentate allá.

Poma, muy seria, sentábase en la silla que le indicaba.

- ¡Agarrate fuerte que vamos a entrar en una curva! – le advertía Pingüin.

Poma, muy seria, se aferraba del respaldo de una silla.

- ¡Ya pasó el peligro! ¡Soltate!

Poma se soltaba.

¡Esto era delicioso para los chicos!

- ¡Cuidado, Poma! ¡Apartate que voy en un caballo desbocado!

– le gritaba Ocho subido en una silla.

Poma saltaba como si saliese del camino.

A veces la interrumpían en su quehacer esencial: cebar mate.

Poma iba de uno a otro lado llevando el mate.

Pero a los chicos se les había ocurrido que el patio era una laguna y para no mojarse era preciso pisar las baldosas que ellos habían marcado con tiza- poma, cuidadosamente, al pasar, buen reparo tenía en no pisar otras baldosas que las indicadas. Las demás personas mayores, no. Poco caso hacían de las advertencias de los chicos:

- ¡No pise allí, Telésfora! – le gritaban a la cocinera -. ¿No ve que está en una laguna y se está mojando los pies?

- ¡Váyanse al diablo con sus tonterías! – contestaba ella, y pisaba a su antojo.

Poma, por eso solo, por creer en lo que ellos inventaban, se conquistó la amistad y el agradecimiento de los niños.

Si servían un postre, los dos, desde que comenzaban a servirlo, pedían para Poma.

Retaban a Poma. Los dos, apresuradamente, se empeñaban en

llevarle consuelo. Algo de comer, porque Poma traía hambre atrasada y comía por varios, a cualquier hora, de todo y sin orden.

Los chicos robaban para ella: caramelos a la abuela o algún postre del aparador.

Un día la sorprendieron comiendo unas masas robadas por los chicos para ella. Poma cargó con toda la culpa. No acusó a sus benefactores. Fue condenada a quedarse sin comer esa noche. Y fue la noche que más comió. Pingüin y ocho, rivalizando en sacrificio, se privaron de comer ellos para llevarle a la penitenciada.

¡Cómo no hacerlo! ¡¿Cómo no querer a Poma? Si ella, a pesar de sus diez años, de ser más alta y más fuerte que los dos chicos, los obedecía en sus juegos y, creyéndolos, transformaba en seria realidad las fantasías de su imaginación.

HOMBRE DE NEGOCIOS

Don Pipo es un raro personaje. Gordo, chistoso, conversador; irradia, como una estufa, calor y luz, bullicio y alegría. Donde él está hay risas. Es una fuente interminable de anécdotas. Sólo se pone serio para hablar o hacer cosas extraordinarias. Por ejemplo: con pases magnéticos, quitar dolores de cabeza o hacer hablar con espíritus.

Nadie recuerda como se llama Don Pipo; pero la ciudad entera sabe quién es Don pipo. Come y bebe por cuatro. Es generoso. La cartera se le abre sola entre sus manos carnudas y móviles, y deja salir los pesos de propina.

- vení para acá, chico. ¿Vos tenés alcancía?

Pingüin mueve la cabeza, afirmativamente.

- Tomá para tu alcancía. Son cinco pesos. Cambialos en monedas y guardalos en la alcancía. El hombre que no ahorra, que no aprende a ahorrar desde niño, tendrá que arrepentirse. Ya ves yo. Tengo cincuenta años y gasto todo. ¿Por qué? Porque no aprendí a ahorrar siendo niño. ¡Ah, pero éste va a ser un hombre de negocios! ¡Sí! ¿Saben en qué se lo conozco? En la forma de la cabeza. ¿ven este abultamiento aquí, sobre la nuca? Aquí reside la capacidad para los negocios. Lo dice la frenología. ¡Y la frenología es infalible!

Todos escuchan a Don Pipo casi extasiados. La madre de Pingüin regocijada. No deja de halagarla el porvenir de millonario que aguarda a su hijo.

Pingüin, con el papel de cinco pesos en el bolsillo, se aleja, ufano. No sabe el valor de lo que posee; pero por la mueca de

asombro de la cocinera y de la mucama al mostrarles el “sus” cinco pesos, presume que es mucha plata, que es una suma inverosímil.

Sale a la puerta, a mostrarlos y a recibir las miradas codiciosas de los demás chicos.

Llega un muchacho vendedor de diarios. Pingüin le muestra el papel. Al otro le relumbran los ojos. Y le dice:

- Mirá, te lo cambio por este montón de monedas. ¿Querés? Cantando, las monedas saltan en las dos manos juntas – porque en una sola no cabrían – del otro chico.

¿Cómo no aceptar?

- ¡Sí!

Le da el papel. Recibe las monedas. El chico vendedor de diarios sale corriendo y él, triunfante, entra a la casa.

- ¡Mire, Don Pipo, mire: cambié el papel por este montón de monedas!

- ¿A ver? Uno y ochenta, dos, diez... ¡Dos pesos con diez!

¿Nada más? ¿Vos creés que has hecho un gran negocio?

Y suena su carcajada rotunda.

Pingüin presiente. Trata de excusarse:

- Yo le di un solo papel y él me dio muchas monedas.

- Pero ese papel sólo vale más que todas estas monedas. Te han robado dos pesos y noventa. ¿Comprendés? Muchas veces un hombre solo vale más que muchos hombres juntos.

¿Comprendés? Así, cinco pesos en un papel valen más que dos pesos y diez en muchas monedas. ¿Comprendés?

- ¿Comprendés, idiota? – agrega la madre, irritada.

Don Pipo vuelve a reír sonoramente, haciendo saltar la gruesa cadena de oro que alumbra su redondo abdomen.

Consolándose, el padre deja caer:

- tal vez la frenología no sea infalible...

LA PRIMERA ESCUELA

I

Habían salido de paseo la madre y los dos niños. Ellos corrían, atravesaban las calles solos, se peleaban. Al pasar por una tienda, Ocho se sonó la nariz en un género y Pingüin dio un empujón a un maniquí. El tendero salió chillando. La madre se desesperaba.

De pronto, al pasar frente a una casa, la madre entró. Era un colegio. Las grandes letras de un cartel así lo anunciaban: “Colegio de la Buena Fe”.

Los chicos, asombrados como si en un día de sol les hubiese caído un inesperado chaparrón y los dejase calados, miraban todo sin saber qué les ocurría. Después, la madre se fue y ellos quedaron, solos, entre desconocidos. Los muchachos se agrupaban a su alrededor, los observaban, les preguntaban sus nombres, su edad, el nombre de los padres, la nacionalidad. Ellos no respondían. Ya no pensaban en injuriarse y golpearse uno a l otro, como un momento antes. Ahora, tomados de la mano, se apoyaban mutuamente, se protegían contra el mundo que los rodeaba con curiosidad hostil.

La maestra, en medio del patio, les dio la primera lección. Les enseñó cómo debían llamar al profesor y a la profesora, directores también del colegio: *Mesié Butié* y *Madam Butié*. Los demás chicos, varones y mujeres, los rodeaban burlándose sonoramente de su torpeza.

Pingüín y Ocho sentían unas ganas espantosas de llorar. La angustia les apretaba los pechos, les enronquecía la voz de las gargantas.

Jamás hubieran supuesto que en el mundo existía un martirio tan horrible como éste: la primera escuela.

El “Colegio de la Buena Fe” constaba de dos clases. Una, regentada por Madame Boutier, para niños y niñas pequeños. La otra para los más grandes a cargo de Monsieur Boutier. Monsieur Boutier era un hombre calvo, con grandes bigotes que le caían a lo largo de la boca. Gritaba terriblemente. Madame Boutier tenía la nariz colorada.

No bien sentados en la clase de los pequeños, un niño, a “sotovoce” les advirtió:

- Si se portan mal la maestra les va a pegar con esa regla que tiene sobre el pupitre. ¡Así!, en los dedos, ¡fuerte! La maestra es borracha, pero no se lo digan a nadie.

Ocho y Pingüín, no aguantaron más: Juntos, se pusieron a llorar a gritos.

II

Después llegó la ilusión a amortiguar tanta pena. La ilusión era una pizarra, un cuaderno y un pequeño libro con tapas de papel al que llamaban “la cartilla de Marcos Sastre”; un lápiz para la pizarra y otro para el cuaderno, Por último, una cartera en la que se guardaba todo aquello. La cartera se ajustaba a la espalda como la mochila de los soldados.

La madre les dio la primera lección:

- Este palo con un punto arriba es la i.

Esta redonda es la o.

Esta que tiene las dos piernas para arriba es la u.

Y esta que sirve para decir mamá es la a...

III

La clase está dividida en dos: a la izquierda las niñas, a la derecha los varones.

Madame ha inventado un castigo que doma al muchacho más rebelde: Cambiarlo de lugar, sentarlo en un banco entre las niñas.

Sólo la amenaza de este castigo hace que el más indomable de los muchachos calle, cruce los brazos y no pestañee.

Pero el castigo no surte efecto con las mujeres: A éstas no les afecta verse confundidas con los del otro sexo.

IV

Tres días después:

Hace veinte torturadores minutos que Pingüín, quieto en su banco, dibuja palotes en la pizarra. De pronto siente un imperioso deseo de correr, porque está en clase, grita... Y no bien ha gritado, se da cuenta que ha cometido un delito. Ve las caras de asombro de los demás chicos y la cara de enojo de la maestra que lo llama:

- ¡Ven para aquí!

Pingüín va.

- ¿Por qué has gritado?

En realidad, él no sabe por qué ha gritado. Sintió deseos de hacer algo que no fuesen palotes, por eso gritó. No contesta.

- ¿Por qué has gritado? ¿No sabes que en clase no se puede gritar? ¡Toma!

Y la maestra le pega un coscorrón. Pingüín, llorando, vuelve a su sitio.

La maestra lo llama de nuevo:

- ¡Ven para acá!

Vuelve a ir.

Ahora la maestra le da un caramelo. Se lo pone en los labios.

Pingüín piensa rechazarle; pero mira el caramelo: ¡Un rico caramelo de leche! Observa las caras codiciosas de los demás niños. No resiste a la tentación. Abre la boca y vuelve a su sitio masticando.

Pero ahora se arrepiente de haber cedido a la tentación. A medida que el caramelo desaparece, más se apodera de él la humillación de haber cedido. Ya del caramelo no queda nada.

Pingüin vuelve a gritar. ¿Por qué ha gritado? ¿Lo sabe él?

- ¡Ven acá! – vuelve a oír a la maestra, furiosa.

Pingüin va, y recibe otro coscorrón, tal vez más fuerte que el primero. Hace fuerza para no llorar, pero no puede, llora.

La maestra vuelve a llamarlo. Y le ofrece otro caramelo para que calle.

Pero esta vez triunfa su voluntad: Atrapa el caramelo y lo tira, ostensiblemente.

La maestra le tira del pelo. Pingüin no llora. La sensación de su triunfo le da fuerzas para resistir el llanto que lo estrangula.

V

Desde entonces, Pingüin miró a la maestra como a una enemiga.

La ocasión se le brindó para atraérsela; pero él no la quiso aprovechar. Fue así:

Toda la clase, en fila, uno detrás de otro, desde Angélica, la más grande, hasta Ocho, el más chico, guiados por la maestra,

se dirigían al museo. Era la visita de todos los jueves. Allí la maestra les explicaba. Algunos la atendían. A Pingüin más le gustaba quedarse mirando en silencio las cosas raras que allí

había; momias de indios o enormes esqueletos de ballenas...

Ese día, uno detrás de otro, custodiados por la maestra, iban los niños y niñas. Pero aparece un cuzco ladrando. Las niñas chillan y disparan. Los muchachos corren. El perro,

envalentonado, avanza, muestra los dientecillos, ladra más fuerte.

Madame con su sombrilla en alto se adelanta; pero el cuzco no se intimida. La ataca. Madame pretende pegarle con la

sombrilla. El cuzco se la atrapa, la sacude y Madame se ve desarmada. ¡Huye! El perro, más envalentonado aún, la

persigue, le muerde las polleras. Madame grita:

- ¡Hors d'ici! ¡Hors d'ici!

Pero el cuzco no comprende francés y tira más, no suelta. Un desgarramiento. La pollera de Madame se rompe. Inútil que

siga gritando, entre amenazadora y aterrada:

- ¡Hors d'ici! ¡Hors d'ici!

Inútil que se vuelva a sus alumnos y, con ademanes y voces, pida auxilio:

- ¡Le chien! ¡Le chien!

Los chicos, asustados, están en la otra acera, calle por medio. Y el cuzco no suelta el vestido donde sus afilados dientecillos hacen destrozos.

¿Cuánto durará esto? La calle está desierta. Es una calle de

arrabal, cerca del bosque.

¡Un ímpetu!: Ya Pingüin ha cruzado, ya está junto a la maestra, ya recoge la sombrilla.

- ¡Fuera! – grita.

A su voz, el perro que comprende, no ataca más.

- ¡Fuera! – vuelve a decir él, y acompaña su orden con un rotundo sombrillazo sobre el lomo del can. Este huyó, ahoyando. Pingüin lo persigue...

Madame está salvada. Su pollera ha quedado rota.

Llama a los alumnos, iracunda:

- ¡Vengan para acá! ¡Cobardes! ¡Todos ustedes son unos cobardes! ¡Volvamos! ¡Hoy no hay museo!

Quiere que los niños participen de su disgusto. La irrita verlos tan tranquilos.

Ya está formada la fila. ¡Un, dos, un, dos!... Ya marchan uno detrás de otro, en silencio, cabizbajos. Madame no ha tenido una palabra de encomio para su salvador. Allá va ella, delante de todos, roja de ira, apresurada, mirándose el desgarrón de su vestido nuevo.

- ¡Hors d'ici! ¡Hors d'ici!...

Es Pingüin quien lo dice, imitándola. Y la fila de niños se estremece, se convulsiona en una carcajada interminable.

Madame se da vuelta. La mirada brillante de sus ojos verdes recorre la fila de alumnos que, súbitamente, callan. Y se detiene en la sonrisa burlona de Pingüin.

Este deja de sonreír. Comprende que pudo haberse reconciliado con su maestra, pero es tarde. Su burla lo ha vuelto a enemistar.

¡No está arrepentido! Ya que ella no le pagó con palabras buenas su hazaña, él se la ha hecho pagar con ridículo.

VI

Angélica es la mayor de la clase. Y la preceptora, porque también es la más adelantada. Bella, de modales dulces. La simpatía fluye de ella como un aroma. Si alguno intenta portarse mal, lo mira con sus enormes ojos celestes o lo acaricia. El rebelde no resiste. Nunca amenaza. Jamás castiga. Los muchachos desean que Madame se vaya y deje la clase a la preceptora. Ella permite hablar, aunque en voz baja. No exige que estén con los brazos en cruz, como exige Madame que se desgañita gritando cosas, seguramente insultantes:

- ¡Cochon! ¡Cruce los brazos! ¡Tete d'ane!

Pingüin deseará portarse mal para que Angélica lo mirase a él sólo con sus enormes pupilas celestes, para que lo acariciase

y, con su voz blanda, un poco ceceosa, le dijese:

- ¿Por qué ze porta mal, niño? Zea buenito y yo le voy a dar una *coza* linda.

Pero no se animaba a portarse mal. Tampoco podía resistir la mirada tierna que lo vencía, lo anonadaba. Hubiese querido estar junto a Angélica toda la clase y, a la vez, le huía, como si la repudiase.

La “cosa linda” que ella les ofrecía era un beso. Al niño que escribía o leía bien, ella lo besaba en la frente. ¡Premio inaudito al que todos aspiraban, anhelantes!

Pero Pingüín no podía soportarlo. Enrojecía de emoción. Los demás niños:

- ¡Se abatata!

- Angélica, cuando vos lo besás, ¡se abatata!

Pingüín hubiera deseado que Angélica lo estuviese besando el día entero, pero para no verse burlado, optó por algo terriblemente heroico: Torcer los palotes así Angélica no podía darle el beso.

Y oyó que ella le reconvenía, apenada:

- ¡Qué mal, qué mal está esto!

Hubiese llorado a gritos.

Una mañana, Angélica llegó tarde. ¡Y con qué noticia! Se iba para Carmen de Patagones. Ya no volvería al colegio. La despedida fue patética. Algunos lloraban. Todos, alrededor de ella, se despedían, abrazándola y besándola. Ella, dichosa de verse amada.

Pingüín salió disparando y se encerró en el baño. Nadie pudo hacerlo salir de allí. En vano Angélica lo llamó. Le dijo las frases más mimosas.

Ella se preguntaba:

- ¿Pero por qué me odia este chico?

Cuando salió, Angélica ya no estaba. Desde ese momento para Pingüín, el colegio fue una prisión insoportable.

VII

Al entrar a la escuela, los recibió el tumulto de los chicos alborotados. Unos a los otros se empujaban y se robaban las frases para poder darles la noticia.

- ¡Mesié murió!

- ¡Mesié se ha suicidado!

- ¡Mesié se tiró bajo el tren!

Empujados por los otros niños, Pingüín y Ocho fueron a ver al muerto. Temblaban. Cortinajes de crespón, cirios ardiendo, coronas de flores, olor a incienso; todo los amedrentó. Ocho

llegó hasta el cajón. Quiso empinarse para mirar, pero se dio vuelta. Pingüin no pasó de la puerta. Una mujer, viéndolo tan pálido y tembloroso, intervino:

- Lleven a esta criatura. Se va a desmayar.

Oyeron gritos y un golpe. Pronto se supo qué era: a Madame le había dado un ataque.

Pingüin y Ocho, enlazadas las manos, echaron a correr, solos por la calle. Llegaron hipantes a la casa. La abuela les dio vino fuerte, los acostó con botellas calientes a los pies. La madre salió para el colegio.

Y Pingüin no cesaba de preguntar:

- ¿Qué quiere decir suicidado, abuelita?

- Es un hombre que se mata.

- ¿Y por qué se mata?

- ¡Porque está loco! ¡Es un gran pecado matarse!

- ¿Y Mesié se tiró bajo el tren?

- Sí.

- ¿Por qué no se pegó un tiro?

- No sé.

- ¿Se mató porque estaba loco?

- Sí. Y porque tenía deudas que no podía pagar. ¡Pobre hombre! ¡Cuánto habrá sufrido para llegar a eso! Quédense quietitos. Voy a rezar un rosario por su alma.

Quedaron los niños solos y charlando:

- ¡Qué zongo matarse! ¿Verdad, Ocho?

- Sí. Ya no puede comer más.

- Ahora se queda metido siempre en ese cajón negro.

- ¿Por qué se muere la gente, Pingüin?

- Para que no haya tanta.

- Me dijo un chico que van a cerrar el colegio.

- ¡Oh! ¡Qué lindo!

- ¡Qué lindo!

Y aplaudieron.

MAESTRA PARTICULAR

No habían estado un mes en el colegio. La madre habló de ponerlos en otro; pero la abuela se opuso. Aceptó que se les tomase una maestra en casa, la que vendría dos horas a la tarde. Enfrente vivía Fortuna Parrado, maestra jubilada. Era una mujer que conocía la existencia de todos los habitantes de la ciudad. Después de dar clase a los chicos, se quedaba a tomar mate y a narrar con pormenores las vidas ajenas, lo escabroso de las vidas ajenas. Y a indagar también.

Los niños se aburrían horriblemente con ella. No sabía amenizar la clase. Su doble personalidad de maestra y cronista lugareña se partió en dos secciones bien definidas. La una, la de cronista, exuberante y frondosa. La de maestra, raquíta, desmedrada.

Al tercer día, Ocho se rebeló. ¡Ya no podía más! Y quedó Pingüin solo, más aburrido aún, soportando aquellas dos horas mortales. Pensó en abandonar también; pero un día oyó que la maestra decía:

- Estoy segura que éste no va a abandonar. ¡Es muy inteligente! ¡Es un niño como no hay otro!.

Y desistió. La astuta lo había atrapado por el amor propio. Soportó durante cinco meses aquellas dos horas diarias de aburrimiento.

Hasta que Fortuna Parrado fue expulsada violentamente: Un día se supo que andaba repartiendo, adulteradas, algunas cosas que se le confidenciaron. La madre de Pingüin se indignó. Aunque escuchaba con gusto lo que Fortuna Parrado traía de otras partes, no pensó que podría llevar también corregido y aumentado, lo que se le decía.

La escena fue tumultuosa.

Y Pingüin se vio libre, dueño de toda la tarde.

Rompió la cartilla, regaló la pizarra; con el cuaderno hizo barcos de papel. Suponía que, cerrado el colegio de la Buena fe y expulsada la maestra, ya no había quien se dedicase a torturar niños.

NEPOMUCENO

Un comandante amigo que regresaba de la Campaña del desierto, se presentó con un “chinito” de meses. Venía empachado: un atracón de tierra. Hizo su historia: el padre, un cacique pampa, había muerto peleando; la madre, herida, antes de morir, chapurreando el español, se lo había confiado al comandante. Este, a su vez, había pensado en ellos para que lo criaran.

Barrigón, crinado, con la cara ancha, de pómulos salientes, ojos por momentos tristes y por momentos feroces; el indiecito que ya caminaba, era gracioso.

- ¿Cómo se llama? – preguntó la abuela, interesándose al verlo empachado.

- En el batallón lo cristianamos y le pusimos Nepomuceno.

- Era el del sargento que le sirvió de padrino.

El indiecito que había dado unos pasos vacilantes, llegó ante

un espejo. Se detuvo. Allí había otro niño. Fue a mirar detrás del espejo. Buscó. Volvió a plantarse frente a él, gesto hosco, las negras pupilas brillantes, agresivas. De súbito estiró las manitas crispadas y comenzó a golpear el cristal, enemigo de su imagen. Esto decidió su suerte. El abuelo dijo:

- ¡Bravo el indio! – y rió.

Por su parte lo aceptaba; como la abuela ya había aceptado curarle el empacho de tierra; el indiecito quedó en la casa. Y comenzó a recibir la doble educación cristiana y belicosa de la abuela y del abuelo. Resultó inteligente.

La abuela le enseñaba: Jesús ha dicho...

El abuelo, colocando una silla en la puerta de calle, paraba al indiecito, ya de siete años, junto a él. Pasaba un muchacho más grande, el abuelo sólo le hacía una seña. Nepomuceno se arrojaba sobre él a puñetazos, patadas y mordiscos.

Generalmente triunfaba, porque el otro, sorprendido, antes que atinara a defenderse, ya había recibido demasiados golpes. Pero como el abuelo elegía siempre muchachos mayores que el indiecito, a veces, el atacado conseguía reaccionar y defenderse. ¡Era de ver entonces a Nepomuceno, con todo su instinto de salvaje en las manos, los pies y los colmillos, luchando desesperadamente! Jamás aflojaba. En ocasiones, sangrando, rendido de fatiga, doblado por los golpes del otro mucho mayor y más fuerte, como último recurso, le mordía una mano entre los blanquísimos, filosos dientes de animal carnívoro, ¡y mordía! Mordía como un bulldog, hasta vencer.

Sólo contra un muchacho, ya casi un hombre, defeccionó Nepomuceno: Se negó a pelear. Recibió tal paliza del abuelo que seguramente no la soportara así del muchachote. Y no se le ocurrió más negarse a atacar, fuera quien fuera.

Pero cuando Nepomuceno, terco como un animal chúcaro, se negaba a hacer algo, se “empacaba”; no eran las palizas del abuelo quienes lo obligaban a obedecer. Entonces podían más las palabras cariñosas, las miradas dulces de la abuela. Ocurría con él lo que con los carneros de la sierra, que se dejan matar a palos cuando no quieren andar; pero que los indígenas “desempacan” con mimos y buenas palabras.

Esto exasperaba al abuelo que no podía comprender como en aquella alma de salvaje, hijo de salvajes, curtida a la intemperie del rigor, pudieran más que sus rugidos, amenazas de hombre temido, las palabras de una mujer que sólo sabía hacerse amar.

Una anécdota: El abuelo ordenó a Nepomuceno que regara las plantas. El indiecito, sin causa, porque sí, por la misma razón

que una mula se resiste a seguir andando, se negó a regar las plantas. Gritos. Golpes. El indiecito no regó las plantas. ¿Por qué? Obstinado, no respondía.

- ¡No comerás hasta que regués las plantas! – lo condenó el abuelo.

El hambre lo hostigó a Nepomuceno. Regó las plantas. Comió. Después descubrieron que las había regado con petróleo. Cuando Pingüin nació, Nepomuceno ya tenía doce años. era un chico recio y bravo que a golpes imponía su voluntad caprichosa a los demás muchachos, sus compañeros de trompo, rayuela y pelota.

Inteligente, con una rara agilidad mental, gran lector de historia; aún Pingüin no había ido al colegio y ya sabía por él las inauditas y exageradas hazañas de Alejandro, Aníbal, César, Napoleón y Moltke. Estos dos eran sus ídolos.

- ¡Napoleón y Moltke son los más grandes hombres del mundo!

- ¿Y cómo papá dice que Garibaldi?

- ¡Puf! – respondía Nepomuceno, despreciativo.

Idólatra de la fuerza y del éxito; la justicia, para él, se hallaba en el puño. Y así lo imponía.

Los chicos lo admiraban. Habían visto a Nepomuceno tirar de un puñetazo a un hombre, y desmayarle. Su admiración hacia él se traducían en obediencia. Por nada del mundo hubieran querido aparecer como cobardes ante él, merecer sus sarcasmos.

Y ahora el indio, devuelve al abuelo su enseñanza. Parado en una esquina, con Pingüin y Ocho, igual que dos cachorritos, los azuza contra el muchacho que pase. Los chicos pelean a arañazos, puntapiés y mordiscos. El se divierte un rato y después, si los ve demasiado mal, los separa. No por sensibilidad, sino para que no vayan a quedar marcados y en la casa, la madre o la abuela, le piden cuentas de un arañazo o de un ojo negro. El, después del combate, les hace la crítica de cómo han peleado y les enseña:

- El primer golpe hay que darlo en la nariz. Cuando el otro se ve con sangre, ya le entra chucho. El segundo se da en la boca del estómago... También es bueno darle con la mano abierta un cachetazo en una oreja. Lo aturdís. Ustedes alzan mucho los brazos para pegar. ¡No! Hay que tirar derecho las trompadas. Llegan más rápido.

Cuando Nepomuceno no encuentra muchachos de afuera a quienes hacer pelear con Pingüin y Ocho, azuza a éstos entre

si. Los hace jugar a los soldados. Nombra cabo a uno de ellos y como el que permanece soldado no tarda en rebelarse, todo termina a puñetazos entre Pingüin y Ocho que, delante de él, pelean con una ferocidad inusitada.

Nepomuceno, entrecerrados los ojos plácidamente, los contempla: Como si estuviese viendo jugar a dos gatitos.

TORO

A los pocos días de nacer Pingüin, un pariente se presentó con el cachorro, al que traía en uno de sus bolsillos, tan pequeño era.

Crecieron juntos, niño y perro. Alguien le puso Toro. Igual podría haberse llamado Tigre o sultán. Toro y Pingüin fueron excelentes amigos. Cuando aún el niño era una cosa frágil, temblequeando sobre dos piernas inseguras, ya el cachorro fuerte y bravo, había realizado hazañas dignas de comento. Ratones y gatos, perros y niños, hasta hombres contaban entre sus víctimas. Toro no era un perro de raza y su tamaño resultaba insignificante; pero lo suplía con valor. Un coraje gaucho, capaz de tirarse en la punta de sus afilados colmillos contra todo y contra cualquiera. Bastaba susurrarle:

¡Chúmbale, Toro!

Cuando el niño tuvo la edad suficiente para apreciarlo, su afecto por Toro aumentó. Le estaba agradecido. Al lado del perro no temía a nadie. Toro se encargaba de hacerlo respetar. Pingüin pagaba sus servicios con terrones de azúcar, caramelos y masas.

El perro, cuyos gruñidos y mordiscones parecían que viviesen despiertos en su boca, por lo rápidamente que salían; dejaba que el niño lo estrujase, le tirara la cola y las orejas. No protestaba, aunque le doliese. Sabía que después de todo aquello, en donde la criatura humana parecía desahogar su crueldad de siglos, aparecía el hombre nuevo, y con él llegarían cariños, palabras dulces, promesas, y aún regalos de golosinas. Pingüin aprendió a robar para su perro. A veces, le negaban un pedazo de dulce o de torta que pedía para Toro; él callaba. No quedaría su perro sin comer aquella cosa rica.

Una ocasión en que Toro, llevando la peor parte, luchaba con un enorme perrazo negro, Pingüin, trémulo de coraje, armado de un garrote, se aproximó. Anudados, los perros se mordían encarnizadamente. En un momento que juzgó propicio, Pingüin dejó caer el garrote sobre el perrazo. ¡Mala suerte! Le pegó a Toro, haciéndolo sangrar de la cabeza. El dolor del niño fue tan

grande que esa noche se acostó con fiebre y deliró con perros y peleas. Tuvieron que traerle a Toro y acostarlo a los pies de la cama.

La amistad duró cinco años. Toro entristeció; se le comenzó a caer el pelo. Un vecino aseguró que estaba sarnoso. Lo llevaron al Instituto de Veterinaria. La tarde que Toro salía, Pingüín, lleno de ese presentimiento que da el amor, quiso despedirse de él, besarlo, abrazarlo. Se lo impidieron:
- ¡No te acerques! ¡Está sarnoso! ¡Podés contagiarte!
Tuvo que despedirlo de lejos, con la mano, la voz estrangulada por un sollozo. El perro lo miraba con ojos tristes, tan tristes como si lo citase para verse en la eternidad.

Tres días después trajeron la noticia: Toro había muerto. Pingüín lloró desesperadamente. Con la muerte del perro, acababa de enfrentarse, por primera vez, ante ese poder oscuro. Lloró hasta que la madre le dijo:

- Si así llorás por un perro, ¿cómo vas a llorar por mí cuando me muera?

Se contuvo. Si seguía llorando no podría llorar a su madre más que a su perro.

Esa noche en la mesa, comía silencioso, y preguntó:

- Abuelita: ¿Los perros cuando se mueren, también se van al paraíso como los niños buenos?

La abuela comprendió, y para consolarlo, no le importó blasfemar:

- Sí mi querido, sí. Toro ahora está en el cielo jugando con tu hermanita, una hermanita que murió antes que vos nacieras. Como la pobre se aburría sola, Dios te sacó el perro a vos y se lo llevó a ella. ¿No estás contento de haberle regalado el perro a tu hermana?

- Sí, abuelita; pero si Dios me lo hubiese pedido, le mandaba otro perro y yo me quedaba con Toro.

CUENTOS DE LA ABUELA PATERNA:

LA MUÑECA DEL VESTIDO AZUL

Hace de esto muchos años, en un pueblo vivía una chica muy buena y muy linda. Se llamaba Rosalba. Los padres de Rosalía eran muy pobres, la miseria más terrible reinaba en su triste choza, tanto en la que había noches en las que se acostaban sin comer. Pero Rosalía y sus padres seguían siendo buenos. Su virtud fue premiada: Una tarde, volviendo la niña del bosque al que había ido a llevar el almuerzo para su padre

leñador, encontró en el suelo una muñeca vestida de azul. La recogió. La llevó a su casa, la lavó, la peinó, le cosió el vestido que estaba desgarrado y le dio muchos besos. Después la acostó en su cama. ¡Qué asombro el de la chica! De pronto oyó que la muñeca decía:

- ¡Mamá, caca!

Rosalba echó a correr, a contarle a la madre que la muñeca del vestido azul hablaba. Llegó la madre y oyó a la muñeca:

- ¡Mamá, caca!

Le trajeron una bacinilla. La sentaron en ella y al cabo de unos segundos, oyeron: ¡tilín, tilín! Algo metálico había caído.

Levantaron la muñeca. ¡Oh!... Esta había hecho una hermosa moneda de oro.

Desde aquel día, todos los días, no sólo ellos, sino todos los pobres de la región, porque los padres de Rosalba que habían sufrido miseria también sufrían por la miseria de los demás; desde entonces, tuvieron también gruesos vestidos y buen fuego para las noches heladas. ¡Y alegría!

Pero una parienta a quien los padres de Rosalba habían protegido, anduvo diciendo que eran ladrones, que por eso tenían ahora tanto dinero. Para que no hablase más, le contaron cómo lo conseguían y la parienta, les robó la muñeca.

¡Pobre Rosalba! ¡Qué desesperación! No sólo porque era una muñeca que les daba monedas de oro, sino también porque le había tomado cariño. Rosalba lloró. Sin comer ni dormir, llorando siempre, pasó tres días y tres noches; pero la muñeca del vestido azul no apareció.

¿Qué había sido de ella? Pronto lo sabrán: La parienta que la había robado la escondió en el sótano de su casa. La dejó allí, a oscuras y en el frío, toda la noche. Cuando al otro día fue a verla, segura de recoger una hermosa moneda de oro, no halló más que esa cosa amarilla como el oro, esa cosa que no huele a rosas ni a jazmines, esa cosa que ustedes también hacen.

La parienta, furiosa, dijo: ¡Me han engañado!

Y tiró a la muñeca del vestido azul por encima del cerco de su casa. La muñeca fue a parar a un terreno baldío. Cayeron lluvias y soles encima de ella, su vestido azul se decoloró, su linda cabellera rubia comenzó a caerse, perdió los rosados colores de sus mejillas.

¡Y pasó mucho tiempo, mucho tiempo!

Un día, al caer de la tarde, el hijo del rey, el príncipe heredero del trono, pasó por allí. Iba solo, pensando... De repente tuvo ganas de hacer aquello que todos hacemos, aquello que la muñeca del vestido azul hacía, pero echando una moneda de

oro. El príncipe se metió en el terreno y se puso en cuclillas. Cuando hubo desocupado, buscó un papel... Sólo vio, a la escasa luz del crepúsculo, un pedazo de género descolorido. Lo tomó. Pero entonces, la muñeca del vestido azul, rabiosa de verse allí tirada, sufriendo lluvias y soles que la desteñían, se prendió con todos sus dientes de la carne del príncipe. Dio éste un grito, creyendo que era un animal el que lo mordía. Y quiso arrancarse la muñeca. No pudo, esta se había prendido tan fuertemente, que sólo cortando la carne se hubiera podido sacar. El príncipe llegó como pudo al palacio y contó a su padre, el rey, la desgracia que le ocurría. Llamó el rey a los mejores médicos. ¡Nada! Consultaron entre sí. ¡Nada! Trajeron un célebre cirujano. ¡Nada! La muñeca del vestido azul no aflojaba sus terribles dientes. Sólo se librarían de ella cortando, pero el príncipe no quería que cortaran. Se ofreció entonces un premio de mil monedas de oro a quien librase al príncipe de la muñeca. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, potentados y miserables; cientos y miles fueron los que intentaron, mediante los más diversos y raros modos, ganar el espléndido premio ofrecido. ¡Nada!

Pero un día llegó la noticia de lo que ocurría al príncipe hasta la choza de la doliente Rosalba.

- ¿No será mi muñeca? – se preguntó Rosalba.

Y fue al palacio. Entró a la cámara donde el príncipe, enflaquecido, pálido y melancólico, padecía aquel extrañísimo mal. No bien vio a la muñeca, Rosalba dio un grito de júbilo.

¡Era la suya, sí, su muñeca del vestido azul! Le dijo:

- ¡Aquí estoy yo, muñequita! ¡Ven conmigo!

La muñeca, al oírla, aflojó los dientes para decir:

- ¡Mamá!

Y el príncipe se vio libre de su mordedura. Rosalba no quiso recibir las mil monedas de oro del premio.

- ¡Que se las den a los pobres! – dijo -. A mí me basta con haber recuperado a mi querida muñeca.

El príncipe reparó entonces en lo linda, en la cara de buena que tenía Rosalba y, como en aquel tiempo los príncipes no eran orgullosos como los de ahora, se enamoró de ella. Y le ofreció casarse. Esta vez sí aceptó Rosalba, porque el príncipe era joven y lindo. Rosalba fue princesa y más adelante sería reina.

¿Y la muñeca del vestido azul? La princesa Rosalba mandó hacerle una casa de oro para ella sola.

Pero la muñeca no vivió mucho tiempo allí. Una noche desapareció. ¿Dónde había ido? No se supo más de ella...

Seguramente se fue en busca de otra buena niña pobre, para

regalarle, en cambio de su cariño, una moneda de oro cada día.

DE VISITA

En la sala.

Pingüin, acurrucado en el sofá, observa la sala donde la madre lo ha llevado de visita: Espejos, cuadros, flores. Nada interesante. La madre conversa con otras dos señoras.

Tampoco le interesa lo que hablan. El niño se aburre. La madre le dijo que lo sacaría a pasear. ¡Lo ha engañado! Esto no es pasear, ir a sentarse en una sala oscura, fría, a oír tres mujeres que hablan de modas y de enfermedades; no es un paseo. Más se parece a un castigo.

Salta del sofá y chilla, imperioso:

- ¡Vámonos!

La madre no le contesta. Las otras no reparan en él. Siguen hablando.

- ¡Mamá, me aburro! – Grita el niño, como si gritase pidiendo socorro - ¡Me aburro, mamá!

La madre se molesta, le dice algunos requiebros:

- Bueno, querido. Ya nos vamos a ir, mi monada.

Y sigue conversando.

El niño, después de dar algunas vueltas por la sala, descubre que el forro del sillón tiene un agujero. Mete su curiosidad por él. La pinza de sus dedos saca unas crines. Ya no se aburrirá. Ya tiene en qué ocuparse...

En la mesa.

Sirven el té. En el medio se levanta una pirámide de masas.

Pingüin grita:

- ¡Yo quiero esa, la más grande! ¡Yo quiero esa! – y la señala.

Se la dan. Pero la madre le ha echado una mirada iracunda.

En la calle.

La madre:

- ¡Hoy te has portado muy mal! Dijiste que te aburrías. ¡Eso no se debe decir! Después pediste la masa más grande. Sos un mal educado ¡No te voy a traer más de visita!

El niño mira a la madre interrogador. ¿Lo dice en serio? ¿Cree ella que así lo castiga, acaso? El esperaba que ella lo amenazase así: ¡Por haberte portado mal, te voy a traer

siempre de visita!

- ¡También rompí el forro del sillón, mamá!

EL DOCTOR

El doctor Colomba es el terror de los niños. Su presencia significa no comer, tomar aceite de ricino y guardar cama. El doctor Colomba es un italiano barrigudo, bajo, siempre vestido de yaqué y galera cuadrada. Una luenga barba canosa le alarga el sonrosado rostro de abultadas mejillas, entre las que, dos ojillos negros de buen catador de vinos, brillan fijos como si estuviesen incrustados en ellas.

El doctor Colomba, a pesar de sus treinta o cuarenta años de América, habla aún con evidente acento italiano. Y receta, después de auscultar al niño enfermo:

- Denle una onza d'acheto di ricino. E dopo, una taza di caldi carnacha flaca di vaca. Que no se livanti dil letto.

Se va pausado, sonriente.

Y el niño queda maldiciéndole.

Ocho y Pinguin han llegado a preguntarse para qué llaman al doctor Colomba cuando ellos están enfermos. Ües, con darles aceite de ricino, caldo de carnaza de vaca flaca y no dejarlos levantar, se evitarían su presencia. Pero la madre, en cuanto les advierte un poco de fiebre, se alarma. Piensa en las enfermedades más espantosas, y llama al médico.

Esta tarde Pingüin se ha sentido mal. Le duele la cabeza. Un calor incómodo le abraza la frente y las mejillas. ¿Dirá o no dirá que está enfermo? Si dice, ya sabe lo que le espera: cama, y luego llamar al doctor Colomba que recetará aceite de ricino y no probar otra cosa que ese feo caldo de carnaza flaca de vaca.

Son más de las once. Dentro de una hora se almorzará. Y piensa: ¿No será mejor que almorzara primero y después avisara que estoy con fiebre, que me duele la cabeza?

Duda: ¿Y si por comer estando enfermo me muero? Y él se ve ya, blanco y rígido, dentro de un cajoncito blanco, en un coche con plumeros blancos. Ve llorar a la madre y a la abuela. Ve al padre y al abuelo tristes. Ve a Ocho apoderándose de su caja de soldados... Estas visiones le arrancan lágrimas. Pero lentamente, ha ido acercándose a la cocina. Y pregunta, casi sin querer:

- ¿Qué ha hecho de almorzar hoy, Cipriano?

- Sopa de tallarines, puchero y carbonada con duraznos. Un olor incitante fluye de la cacerola donde hierve la carbonada con duraznos.

Y Pingüin se decide, heroico: ¡Comerá! Después dirá que está enfermo.

Y come. Haciendo un esfuerzo para que nadie note su estado, come. Come casi sin ganas, pero piensa en el aceite de ricino, en el doctor Colomba que lo tendrá tal vez varios días sin probar bocado, a caldo de carnaza flaca de vaca; y come, con aparente voracidad, pero repugnado.

Pero su organismo joven puede más que su pensamiento.

¡Un vómito!

La madre y la abuela se yerguen. La boca del niño se ha transformado en una catarata. Descubren que tiene fiebre, que los ojos le brillan de un inusitado modo.

Lo llevan a la cama.

Camino de ella, Pingüin piensa en la inutilidad de su esfuerzo, ya que los ricos tallarines, el succulento puchero y la incitante carbonada han quedado allí...

Y él, en ayunas, va camino a la cama, a pasar hambre, a tomar aceite de ricino, a soportar la presencia antipática del doctor Colomba.

Ya lo oye:

- Caldi carnacha flaca di vaca...

HERMANITOS

Albertina (7 años):- ¿No sabés? En casa hay otro hermanito.

Pingüin (6 años): ¡En la mía también!

Albertina:- El mío llegó anoche. Llegó adentro de un carrito tirado por ratones blancos como el cochecito de la Cenicienta.

Pingüin: - ¿Vos los viste llegar?

Albertina: - ¡No! Pero papá lo vio y abuelita también. Llegó del cielo. Lo hicieron las santas y lo mandaron con dos ángeles altos, rubios, con grandes alas. Entraron por la banderola.

Pingüin: - ¿Y cabían por la banderola?

Albertina: - Papá me lo contó.

Pingüin: - Te habrá macaneado tu papá.

Albertina: - ¿Macaneado decís? ¡Mi papá nunca miente!

¿Sabés, che? ¿Y tu hermanito, dónde hicieron a tu hermanito?

Pingüin: - ¿A mi hermanito? ¡En mi casa!

Albertina: - ¿En tu casa? ¿Y quién lo hizo?

Pingüin: - Lo hizo mamá, en la cama.

EN TORNO AL ENIGMA

Pingüin: - ¿Cómo nacen los chicos?

La madre: Los chicos salen de una planta, como las rosas.

Pingüin: - ¿Y todos los chicos nacen así, mamá?

La madre: - Todos.

Pingüin: - ¿Los blancos y los negros?

La madre: - Sí.

Pingüin: - ¡No, mamá! Los chicos negros han de nacer bajo tierra, como las papas.

EL ABUELO ARISTOBULO Y LA ABUELA ALBA

Habla el abuelo Aristóbulo:

- Esto que les voy a contar ocurrió en Italia, hace muchos años. Yo era joven. Italia, en aquel tiempo, estaba invadida por los austriacos y el sanguinario feldmariscal Radetzky era el tirano de Italia. ¿Saben lo que es un tirano?

- No, abuelo, no.

- Mejor. Ni se los enseñaré. Que otro se los enseñe. Escuchen:

- Una vez iban dos jóvenes italianos por una calleja. Uno de ellos sintió ganas de evacuar el vientre. Lo hizo; pero al terminar apareció un centinela austriaco.

- ¿Quién ha hecho esa porquería aquí en la calle? – preguntó furioso.

El que la hiciera, mal amigo, para quedar a salvo, acusó al otro.

- ¡Ah! – exclamó el austriaco -. ¡Il l'ha fato e tu la mangia!

Y preparó su fusil dispuesto a matarlo.

El mal amigo tuvo que comer su propia porquería.

Yo era uno de esos jóvenes italianos.

Los dos niños, simultáneamente:

- ¿Cuál, abuelo, cuál?

- ¿El que se comió la caca?

- ¡No, muchachos, el otro! Si yo hubiese sido el que se comió la caca, no estaría aquí ahora. No estaría en América pobre como estoy.

- ¿Por qué, abuelo?

- ¿Por qué? ¡Vamos! ¡Qué les voy a contar estas cosas a ustedes! Son muy niños. Ya tendrán tiempo de saberlas. ¡Y que se los enseñe otro! ¡Ahora, a jugar! Suban sobre mis rodillas. ¡Así! Uno acá y otro aquí. Va a trotar el caballo.

Canten:

“¡A caval, a caval
“a caval d’un can...
“A Pavía, a Pavía
“a caval d’una formiga!...”

El abuelo Aristóbulo es un viejo alto y delgado, de ojos azules y lustrosa calva. Tiene un perro lanudo: Pichín, gran comedor de azúcar. Es su compañero de todos los instantes. Cuando el abuelo Aristóbulo murió, el perro tirose a los pies de su cama vacía sin querer probar bocado ni beber, hasta que murió al cabo de una semana.

El abuelo Aristóbulo, con voz rotunda cargada de acento italiano, cuenta cosas raras a los niños. Les habla de Manzini. Los chicos no alcanzan a comprender qué pudo haber hecho Manzini para que el abuelo lo elogie tanto. ¡Si fuera Garibaldi! Los méritos de éste se comprenden con más facilidad.

- Abuelo – pregunta Pingüín -, Manzini cruzó los Andes a caballo como el general san Martín?

- ¡Manzini cruzó los Andes del pensamiento! – responde el anciano, y el niño calla. ¿Para qué insistir?

El abuelo Aristóbulo es un hombre apático, silencioso; a veces pasa horas y horas con los naipes, haciendo solitarios, o siguiendo, distraídamente, las helicoides del humo que extrae de su pipa.

Ha sido rico, de una familia de militares. Se arruinó. Entonces partió a hacer la América, acompañado de su joven mujer con la que se casara ya maduro, y a la que le lleva como veinte años.

Esta es la abuela Alba: Delgada, alta, ágil, de ojos celestes y canosa cabellera rubia. Ahora su gran estatura y los años comienzan a encorvarla.

Enérgica y heroica, salvó a la familia del hambre. El abuelo Aristóbulo no era hombre de lucha. Creyó que en América hallaría el dinero tirado. Y para “hacer la América” es preciso combatir, sudar, desgarrarse las manos, desangrarse el alma... estas cosas no eran para el gran señor Aristóbulo Alfi: muelle, delicado, sensible...

La abuela Alba tuvo que coser, ingeniarse para alimentar cinco hijos y para que no faltase tabaco en la cachimba del marido soñador, que le pagaba sus sacrificios con la enumeración de proyectos a realizar: grandes empresas, hallazgos de tesoros cuyo secreto se los prometiera un compatriota... Humo menos visible que el azulado y gracioso humo de su pipa.

En tanto la abuela Alba trabajaba, educaba a sus chicos. A los once años ya se ganaban el pan de ellos y el del padre.

Este se lamentaba:

- ¡Si mi tío el general viera a mis hijos trabajando!

La abuela, irritada, lo interrumpía:

- ¡Qué venga a darles el de comer, entonces!

Ya todo eso había pasado. Tranquilamente, el abuelo Aristóbulo y la abuela Alba, ahora, vivían de lo que sus hijos les daban.

Todos habían resultado trabajadores. “Dios me ha oído” – decía ella al abuelo -. “Ninguno de mis hijos se te parece”. “Peor para ellos – respondía él -; el trabajo es para los burros, no para los hombres”.

El anciano, haciendo solitarios con los naipes o evocando su juventud bulliciosa, esperaba la muerte.

La abuela Alba, no. Seguía enérgica, trabajadora, fuerte. Por sus arterias corría sangre, no horchata, como aseguraba ella que corría por las arterias del señorón de su marido; por las suyas se alborotaba un torrente de sangre áspera y roja, sangre del pueblo.

Valiente, en sus puños briosos, aún era capaz de apresar a la vida y amasarla con la destreza y facilidad que amasaba la masa de los tallarines.

LA MUERTE DEL ABUELO ARISTOBULO

El abuelo Aristóbulo murió a los ochenta y tres años. Aún se mantenía erguido, leía sin anteojos y cantaba con su rotunda voz de bajo para divertir a los niños:

“La bandiera tricolore

“sempre ha estado la piu bella

“noi voliamo sempre quela

“per goder la libertá.”

Una noche estaba haciendo un solitario con los naipes, sintió una puntada en el costado. El dolor fue tan intenso que se demudó visiblemente. Le preguntaron qué tenía. No pudo hablar. Pero, aunque penosamente, concluyó el solitario; no le salió. Hizo señas para que lo llevaran a la cama. Ya en ella, casi suspirando, aseguró estoicamente:

- de ésta me muero. Me lo dijo el solitario

No le creyeron.

Tres horas después expiraba.

Los niños oyeron contar y repetir todo esto. Vieron llorar a la madre y rezar a la abuela.

Después les vistieron unos largos delantales de luto. Esto los alegró

El padre quiso llevarlos al entierro. La madre se opuso:

- ¡No, pobrecitos, no los llesves! ¡Ya tendrán tiempo de ver cosas tristes!

Sin embargo, los chicos de buena gana hubieran ido al cementerio. Eso era divertido. ¿Qué el abuelo Aristóbulo había muerto, que no lo oirían más cantar, que no saltarían más en sus rodillas? ¿Pero no era natural que los viejos se muriesen? Más aún: ¿Qué los otros se muriesen?...

Y ya que no los llevaron al velorio ni al cementerio siquiera, los chicos se obstinaron en ir al colegio: Querían exhibir sus largos delantales de luto.

Para ellos, la muerte del abuelo Aristóbulo se reducía a esto:

Un exótico delantal de luto. Todos les preguntaban: ¿Por quién estás de luto? Esto los satisfacía. A la semana, como nadie ya les preguntaba por quién llevaban luto, olvidaron los delantales y al abuelo Aristóbulo.

FANTASIA Y REALIDAD

Pingüín:

- Yo veo un oso con seis patas y cuatro colas...

Totó:

- Yo veo un sapo con dos cabezas.

- Ahora mi oso se quiere comer a tu sapo.

- Pero mi sapo lo está mordiendo en una pata a tu oso.

- Ahora viene un ángel, viene a defender a mi oso, ¿lo ves?

- No, ese no es un ángel, es otro sapo.

- ¿Pero no le ves las alas?

- Esas son patas, no son alas.

- ¡Pero mirá bien!

- El que debe mirar bien sos vos.

- A ver vos, Ocho, ¿qué es aquello que viene por allí, un ángel o un sapo?

Ocho da un tarascón al pan y, con la boca llena, levanta los ojos. Mira, mira un rato. Por fin, solemne, da su sentencia:

- Eso no es ni un ángel ni un sapo. Es una nube.

PAPA Y MAMA

Papá es un gigante sereno. Mamá es pequeña y nerviosa. Papá es rubio, de mansos ojos celestes. Mamá es de pelo oscuro, ojos grandes, negros y brillantes. Papá se llama Adriano. Mamá Evangelina.

Mamá grita, a veces, muy pocas, estira la mano y golpea levemente. Cuando el delito es enorme, manda ir a la cama en castigo. Papá no castiga nunca. ¡Qué miedo si gritara con ese vozarrón que tiene! ¡Qué terror si pegara con tamañas manazas!

- Papá – pregunta Pingüin - ¿El gigante de de las botas de siete leguas tenía las botas más grandes que tus botines? La pregunta no es absurda del todo. Los botines de papá son enormes, tanto que debe mandárselos hacer a medida, en las zapaterías no hay número para él.

A los niños les place singularmente salir a pasear con papá. Con uno de cada mano, caminan por la calle mirando a todos, satisfechos, orgullosos. ¡Qué grande, qué fuerte es papá! De un puñetazo – aseguran ellos – es capaz de tirar una pared. Y siendo tan grande y tan fuerte, inspirando tanto respeto y temor, ¿por qué es tan bueno? Papá nunca se enoja. ¿Para qué es tan fuerte, entonces? Por el contrario, cuando el abuelo se emborracha y empieza a gritar, él toma su sombrero y se va a la calle. ¿Acaso por miedo? ¡No! Los niños no pueden creer que papá pueda tener miedo a nada. ¡Tan grande, tan fuerte! En una ocasión, el abuelo, demasiado borracho, lo gritó:

- ¡Usted es un gringo!

Papá sonrió. El abuelo exasperose. Sacó un cuchillo y dio dos o tres pasos, vacilante, hacia él. Papá lo esperó tranquilo.

Nepomuceno se interpuso. Papá se alejó sonriendo. Y al día siguiente él habló al abuelo – ya arrepentido seguramente -, como si no hubiese ocurrido nada. ¡Qué extraño valor resulta el de papá! Los niños no lo comprenden. ¡Es un valor tan distinto al del abuelo, a quién admiran!

Papá es italiano. Nacido en Milán. No puede hablar nada de Italia – como el abuelo Aristóbulo o la abuela Alba -. No recuerda nada porque él vino de ocho meses a América. Sin embargo, ama a Italia. Siempre habla de hacer un viaje a Italia. En una ocasión, estando en la mesa, un amigo, hablando de otro, dijo, despectivamente:

- ¡Es un gringo e' mierda!

Papá, muy serio, levantose y con su servilleta limpió, fuerte, la boca del que había hablado con desprecio.

Le enseñó:

- Cuando hable de los gringos límpiase la boca.

El otro, estupefacto, no sabía si enojarse o no. Papá, como siempre, ya sonreía. El otro optó por tomarlo en broma.

Los niños admiran a papá, aunque de él no se cuenta ninguna hazaña. Pero los niños están seguros que él sería capaz de hacerlas todas, si quisiera. ¡Es tan fuerte! Una vez, tres changadores no podían bajar un piano. Llegó papá. Y como si al piano le hubiesen nacido alas, en un momento pasó del carro al salón. Entre las manos enormes, entre los puños como martillos de papá, todo se hace dócil.

- Papá, ¿quién manda más, el padre o la madre? – pregunta Ocho.

Papá sonríe y responde:

- En la casa manda la madre, en la calle manda el padre.

Los niños quedan conformes.

Papá es arquitecto. Sale a la madrugada para Buenos Aires y llega de noche ya. Los domingos por la mañana se lo pasa entre los papeles y dibujos. Es un trabajador infatigable.

Siempre lo ha sido. Para poder estudiar, ha trabajado desde pequeño. No se queja. El trabajo es su medio natural. ¿Acaso se concibe que pudieran quedar ociosas sus manazas de gigante?

Mamá es muy laboriosa también. Si no cose, borda, si no borda toca el piano o hace postres. Da risa verla tan pequeña, colgada del brazo de papá. Su cabeza apenas le alcanza al codo.

Esto hace que los niños no la admiren lo suficiente para obedecerla sin replicar. Y ella grita, amenaza; estira la mano, pega, o, más cabalmente, hace como que pega.

Una señora estúpida:

- ¿A quién querés más, a tu papá o a tu mamá?

Los niños la miran y no responden. A ellos no se les ha ocurrido que puedan querer más a uno que a otro. Papá no grita; pero es mamá quien compra los juguetes.

Mamá se está arreglando. Pingüin la mira. Se ha puesto un vestido celeste, crema en la cara, polvos, pasa un lápiz negro bajo sus ojos y los hace más grandes, más profundos. Sobre su cabello renegrado y reluciente colorea una gran rosa blanca...

Pingüin la mira. Se le acerca, le da un beso y exclama:

- ¡Mamá; ¡vos sos linda, linda!

La madre se sorprende al principio; enseguida apodera de ella una singular emoción; toma la cabeza de su chico, y la besa, la besa mucho, la besa regocijada y agradecida.

MARIA MULETA

Pequeña, delgada, morena. Se llama María Pérez. Le dicen María Muleta. Ella no se enoja, porque no se enoja nunca, por nada. Tampoco se entristece por nada. Y no porque sea feliz; pero María Muleta ríe siempre, ríe y habla.

Ágil, a pesar de que una pierna encogida la obliga a usar muleta, va de casa en casa, adonde cose. Siempre es ella quien sostuvo la familia. El marido, un haragán; el hijo, otro haragán. Las hijas inservibles. María Muleta disculpa a todos.

- ¿Y, su marido ya encontró trabajo? – le pregunta alguno, burlón.

Ella suspira:

- Ay, pobre Genaro, no tiene suerte. Ayer mismo fue a una casa donde pedían un empleado. Ya habían tomado. ¡No tiene suerte!

- Para encontrar empleo hay que levantarse temprano. Al que no madruga, Dios no lo ayuda.

María Muleta es gaucha, sus grandes, vivos ojos negros, su magrura morena así lo denuncian. El marido es un napolitano gordo, con aires de gran señor. Lo conoció siendo ella mucama en la casa de la abuela de Pingüin. Los grandes aires del napolitano la sedujeron. Fue inútil advertirle. Genaro era un buen mozo, de palabra fácil y soberbios mostachos.

Llegaron los hijos. El mayor, Froilán, una calamidad: ladrón, borracho y camorrero.

- ¿Y Froilán, dónde está ahora, María?

- Creo que está en Buenos Aires – contesta ella, y los ojos, por excepción, se le ponen extraordinariamente tristes.

María Muleta no tenía motivos para estar alegre ni para ser locuaz. Y reía y hablaba.

- ¿Es feliz usted, María, que siempre está riendo?

- ¿Feliz? – Responde ella -, yo no sé si soy feliz; pero no pienso si soy feliz o desgraciada. Si pensara quizás no reiría. Prefiero no pensar y reír.

- Y si alguien le dijera: ¿Quiere empezar su vida otra vez, tal cual ha sido, aceptaría?

- ¿Por qué no? Pudieran no haberme pasado muchas cosas,

pero ya que pasaron, así debía ser. Dios lo mandó así. Y todo lo que Dios manda, está bien.

- ¿Cree en Dios usted?

- ¿Y quién no cree en Dios?

- ¡Yo! – dice el abuelo de Pingüín.

- ¿Usted, don Ángel? ¡No es verdad! Usted ha sido demasiado generoso siempre. El que no cree en Dios no puede ser bueno.

- ¿Pero no le parece que ocurren cosas en el mundo que más parece que no hubiera Dios?

- ¿Qué cosas?

* * *

Da detalles sobre el por qué de su renga:

- ¿Creen ustedes que yo nací renga? ¡No! Fue un accidente.

Tenía yo veinticinco años. Ya era casada. Vivía en Tolosa. Al

lado de mi casa vivía Petrona Rubio, mi amiga; tan amigas

éramos que parecíamos hermanas. Un día, al atravesar la

calle, resbaló y cayó. Quiso la mala suerte que en aquel

momento pasara un coche a todo correr, con el caballo casi

desbocado. Yo vi el peligro. Me puse ante mi amiga a espantar

el caballo. Conseguí que se desviara un poco, pero una de las

ruedas del coche me pasó por una pierna. Ahora se burlan de

mí, y en vez de María Pérez, me llaman María Muleta. Al

principio me fastidiaba un poco. Ahora no, ya me acostumbré.

Me costó un mes de hospital. Y entretanto...

- ¿Qué?

- Mi amiga, la que yo había salvado de la muerte, me traicionaba con mi marido. ¡Pobre! Peor para ella.

- ¿Por qué para ella y no para usted?

- Porque quien comete una acción así, por fuerza, tienen que ser muy desgraciada.

- ¿Y lo fue Petrona Rubio?

- No lo sé. Cuando yo volví del hospital, ya no vivía más al lado de mi casa. No supe más de ella.

- ¿Y no la odia?

- ¿Odiar? ¿Para qué odiar?

- ¿No se vengaría usted de ella?

- ¿Vengarse? Eso toca a Dios, no a nosotros.

- ¿Usted no odia a nadie?

- A nadie. El odio es un lujo. ¡Que odien los ricos ya que les gusta el lujo!

* * *

María es una costurera habilidosa, rápida y prolija. Por eso es muy solicitada. Hay casas en las que le ofrecen cinco y seis pesos por día. La madre de Pingüin sólo le paga tres pesos. Sin embargo ella prefiere trabajar allí y no en otras partes donde le pagan más. En las otras casas, más ricas, la hacen comer con los sirvientes, en la cocina. Aquí come en la mesa con todos, al lado de su antigua patrona.

Esto le produce un extraño regocijo, una satisfacción indefinible. Para gozarla, sacrifica los dos o tres pesos diarios que podría ganar en otra parte, pero donde la tratan como sirvienta.

* * *

María Muleta tiene una manía: No quiere retratarse. Nadie nunca consiguió que se retratara. Y explica:

- ¿Retratarme? ¡No! Yo no quiero que me pase lo que a mi finada tía Concepción. ¡Pobrecita!

- ¿Qué le pasó a su tía?

- Le hicieron un daño. Una persona que la quería mal, tomó su retrato y lo enterró en una sepultura recién cavada. Esto después de decir unas palabras que no deben repetirse. Fue descomponiéndose el cadáver y mi tía Concepción junto con él. Hasta que murió.

- ¿Y a usted quién le puede hacer eso? Usted no tiene enemigos. Usted no odia a nadie.

Es verdad. No tengo enemigos; pero hay gente perversa. Basta con que vean a una persona feliz, para que deseen dañarla... ¡No, yo no me retrato! Tenía catorce años cuando le ocurrió eso a mi tía Concepción, juré no retratarme nunca; ¡y lo he cumplido, sí!

* * *

Para los niños, María Muleta tiene un encanto. Narra cuentos. No se hace rogar. Mientras cose, narra, sin escatimar detalles, despacito, imitando los ruidos, las voces, los cantos de los animales. Su repertorio es ilimitado y selecto: Ratón Pérez, La Cenicienta, El gato con botas, Caperucita Roja y La Bella Durmiente del Bosque...

Además, otros cuentos que los niños no han hallado en los libros. Son: La onza de oro, El chanco y la luz mala.

Misteriosos, escalofriantes, terribles; los niños sentados, alrededor de María Muleta, bien juntos, dándose mutuo calor, escuchan...

Los han oído muchas veces. No importa. Los cuentos no pierden su misterioso encanto en la boca de María Muleta.

- María, cuéntenos un cuento.

- Bien. ¿Cuál quieren?

- ¡La onza de oro! – pide uno,

- ¡No! ¡El chancho! – otro.

- ¡La luz mala! – otro.

- Les contaré los tres. No griten. Quédense en silencio.

Recomendación inútil ésta. Los niños, después de palmotear de alegría al oír la promesa, han enmudecido, absortos.

María Muleta cose y narra...

EL INSTITUTO RICHEL

Después de una pelea en la que Ocho y Pingüin se arañaron hasta hacerse sangre y romperse las ropas, la madre estalló:

- ¡Hoy mismo van al colegio! ¡Ya no puedo aguantarlos más en casa!

Los llevó al “Instituto Richet”, colegio de varones solamente.

Esto constituyó un motivo de orgullo para los niños.

- ¿A qué colegio vas?

Respondían:

- Al Instituto Richet, un colegio de varones solamente. Allí no admiten niñas.

En el colegio había tres clases: La inferior, cuyo maestro, “Mesié” Cloc, era un hombre flaco, alto, con una cabecita pelada allá arriba. Los alumnos lo llamaban “palo jabonado”. La media, a cargo del bachiller Purtean; este título de bachiller imponía a los muchachos. La superior que regenteaba el director del colegio, célebre por su voz. Sus gritos se oían desde la sala hasta la cancha de pelota.

En el Instituto Richet, Pingüin conoció el privilegio, y se rebeló contra él.

Un niño, Alfredo Cortés, a cuya hermana cortejaba el maestro, podía hacer su voluntad en clase o en el patio. “Mesié” Cloc no le decía nada. El podía llegar tarde o salir antes de la hora, cambiarse de banco o molestar a su compañero, no escribir o traer equivocadas las sumas. Para él no se habían hecho los gritos, las amenazas, las penitencias: dejar sin recreo o en “piquete”, parado detrás del pizarrón.

Los chicos lo adulaban. No porque consiguieran nada de él, sino por ser el preferido del maestro.

A Pingüin, como a todos, le fue antipático; pero se lo demostró. El privilegiado respondía a su antipatía. La guerra

fue desigual. A la menor palabra del otro, el maestro penitenciaba a Pingüín.

Y el odio de éste fue creciendo, inflamándose... Meditaba su venganza. ¿Qué haría? Era preciso dañarlo, pero ocultamente, para evitar las penitencias del maestro.

Pensó: Durante un recreo le rompería los libros.

Ese día faltó Alfredo Cortés. Y al siguiente cayó la noticia a la clase, insólita, terrible: Alfredo Cortés, acompañado de su familia, paseando en bote, había muerto ahogado. Murió él, la hermana, el padre y un tío. Sólo la madre se había salvado. Mesié Cloc no fue a clase. Esta se llenó de comentarios asombrados y temerosos.

Pingüín sintió la muerte del privilegiado: ¡Siquiera ocurriese después de haberle roto los libros!

CUENTOS DE MARIA MULETA

EL CHANCHO

Ustedes no lo saben, pero hay hombres que, para hacer fechorías, de noche se transforman en animales. Pues los hay que son brujos. Tienen pacto con el demonio. Y para hacer crímenes sin ser perseguidos por la justicia, dicen unas palabras que otro brujo les enseñó, y se transforman en tigre o en chancho.

Había una vez un pueblo de la provincia de Buenos Aires, cerca de santa Fe, que estaba atemorizado por un chancho. De noche, este chancho que no era como los demás, sino que era enorme, negro, más grande, más fuerte y con unos colmillos tan largos como los de un jabalí; salía por los caminos, atacaba a los caminantes, les abría el vientre y les comía las entrañas. Corría tanto que alcanzaba a los caballos, los hacía rodar y después se comía al jinete.

Mucho era el miedo que inspiraba el chancho, tanto que de noche, los caminos se hallaron desiertos. Nadie se atrevía a salir. Ni aún los gauchos más valientes, capaces de pelear con veinte vigilantes juntos. Ni Juan Moreira ni Juan Cuello ni Martín Fierro de haber vivido en aquel sitio, hubieran sido capaces de salir de noche, por miedo al chancho negro. Porque para pelear con él había que ser brujo como él, según decían. De día el chancho no aparecía por ninguna parte. Inútilmente lo buscaban. Igual que si se hubiera hundido bajo tierra. Como nadie salía de noche, el chancho, no teniendo qué comer, tomó la costumbre de ir al cementerio, a desenterrar a

los muertos.

En una ocasión llegó al pueblo un mozo. Venía de Buenos Aires y fue al rancho del padre que vivía por las afueras. No lo encontró. Una vieja le dijo que, al anochecer, lo veían, siempre solo, caminando para el sur. El mozo decidió ir a buscarlo.

- No se le ocurra, don – le dijo la informante -. ¿No ha oído la historia del chancho negro que anda por allí?

- La he oído, pero no la creo – dijo el mozo -. Y además, si sale el chancho y le hundo esta en el cuerpo, ¡adiós chancho! Rió el mozo, y mostró una daga larguísima, de punta afilada. La vieja se persignó, y el mozo que era muy valiente, siguió andando, andando, en busca del padre.

Ya era de noche cuando llegó a la tapia del cementerio. Se asomó. ¡Y lo que vio el mozo!: El chancho negro hozando en una tumba recién cavada.

- ¡Maldito seas! – le gritó el mozo y, enseñándole la cruz de la daga, lo conjuró: ¡Por cristo crucificado, muere!

El chancho, al ver la cruz, perdió su ferocidad y quiso huir; pero el mozo valiente, saltando la tapia, lo persiguió. Ya iba a alcanzarlo cuando el chancho, furioso, se dio vuelta a pelear. El mozo le pegó un golpe que le partió la cabeza. Corrió la sangre y, como no bien corre sangre se acaba el pacto del brujo con el demonio, el chancho transformose en un hombre que imploró:

- ¡No me matés que soy cristiano!

El mozo valiente sintió miedo entonces, un miedo terrible, se le cayó la daga y echó a correr. Corrió hasta llegar al rancho de su padre. Allí se atrancó. No durmió en toda la noche, temblaba y le sonaban los dientes como si tuviera fiebre. A la aurora, oyó golpear la puerta. Como en el día los pactos con el demonio desaparecen, el mozo la abrió, ya sin miedo. Y vio entrar a un anciano con la cabeza vendada. Lo reconoció. Era su padre.

- ¿Quién le hirió, padre? – preguntó, temblando, porque presentía...

- ¡El dueño de esta daga! – respondió el viejo.

El mozo vio que era su daga la que el viejo enseñaba. Comprendió que el chancho negro a quien él había herido era su propio padre, y queso padre érale brujo. Entonces le entró un miedo tan grande que los dientes volvieron a dárselo unos contra otros. Sólo atinó a correr. Corrió desesperadamente, corrió y corrió, corrió tanto que todavía estará corriendo...

¿Y el brujo? – preguntarán ustedes: el brujo, no pudiendo ya transformarse en chancho para hacer maldades, porque una vez que se derrama sangre la brujería pierde su eficacia;

teniendo por la noche que estarse en su rancho, comenzó a enflaquecer, tan flaco y tan triste que terminó por morir. No viéndolo en ninguna parte, fue la policía a buscarlo a su rancho. Golpeó sin que nadie abriera. Tiraron la puerta abajo. Y casi se asfixian los vigilantes del olor a azufre que salió de allí. Seguramente el demonio había estado a buscar el alma del brujo. Ya saben que el Demonio es un acreedor que se cobra siempre. Y no es dinero lo que cobra. ¡El Demonio nos lleva el alma!

RESUCITAR

¡Una víbora! Pingüin da un salto. Pálido, los ojos vidriosos de terror. ¡Otro Salto! Y, a pesar de que las piernas le tiemblan, se larga a correr... Pero su imaginación corre más que sus piernas. Su imaginación tiene alas de ángel y cuando Pinguin, tembloroso aún, espantado, llega ante su hermanito Ocho, puede hacerle un heroico relato, criatura de su voladora imaginación:

- ...entonces yo agarré una piedra y se la tiré. ¡Le pegué justo en la cabeza! La víbora dio un salto y se puso a chillar. Se venía contra mí. Yo agarré otra piedra y, ¡zás, otra vez justo en la cabeza! No se movió más. Quedó muerta allí. ¿Querés verla? ¡Vení!

- Ocho, temblando, se niega.

- ¡No, no, no! ¡Me dan miedo las víboras!

Pero Nepomuceno que, sin ser visto por Pingüin, ha oído el relato heroico y duda de tanto valor, sale al patio:

- ¡A ver, mentiroso, yo quiero ver esa víbora que chillaba!

¡Vamos, mostrámela! ¿Dónde está muerta?

Pingüin lo mide de arriba abajo... Y se resuelve:

- Yo te la voy a mostrar. Está en el jardín.

Y comienza a andar, decidido. Lo siguen Nepomuceno y, colgado del saco de éste, Ocho que, apoyándose en un grande, no siente tanto miedo por las víboras.

Ya están en el jardín.

- ¿Dónde está la víbora? No veo nada.

- Estaba aquí, junto a esta magnolia... Aquí la maté yo...

- ¡Mentiroso! ¡No has muerto nada! Estoy seguro que viste una lombriz y saliste disparando.

- ¡No era una lombriz, era una víbora!

- Bueno pero ¿saliste disparando?

- ¡No, la maté!

- Si la hubieras muerto, estaría aquí!
- Habrá resucitado...
- ¿Resucitado? ¡Mentiroso! ¿Cuándo has visto que alguien resucite?
- ¿Y no resucitó Jesucristo?
- ¿Vos lo viste?
- No. Pero abuelita dice que resucitó. ¿O abuelita miente?...

EL ESCARABAJO

Pingüin va al colegio acompañado por la mucama. Es un día primaveral. Pingüin se siente alegre y brioso. Camina taconeando. De pronto se detiene. Señala el suelo:

- Mire qué bicho!
- Es un escarabajo – responde la mucama.
- ¡Ha de ser venenoso! – dice Pingüin y, sin esperar respuesta, aplasta al escarabajo.
- ¡Pobre! – se lamenta la mucama, en tanto siguen.
- ¿Por qué? Si es venenoso.
- ¿Quién te ha dicho que es venenoso? ¡No! Los escarabajos no son venenosos.
- Sí, son venenosos. – Pingüin siente la necesidad de que sean venenosos, porque sólo así se justifica su crimen.

Pero la mucama no cesa.

- ¡No! Los escarabajos no son venenosos. ¡Pobrecito! El que salía tan tranquilo a tomar sol, quizás a buscar alimento para sus hijitos, y vos lo mataste!

Pingüin está conmovido. Calla. No podría hablar. Siente en el pecho una cosa pesada que se lo oprime. Está arrepentido. De buena gana hubiese dado sus bolitas para que el escarabajo resucitase. Necesita tranquilizar su conciencia. Dice:

- ¡No importa! Los escarabajos resucitan.

La mucama no comprende. Se muestra inflexible:

- ¿Resucitan! ¡No! ¡Nadie resucita!

Pingüin no habla más. Está triste. Y entra al colegio.

Por la noche, la abuela acostumbra a llegarse a su cama cuando él ya está acostado.

- ¿Qué es eso, nene? ¿Hoy te vas a dormir sin rezar?
- Me había olvidado, abuelita.
- ¡Oh, no hay que olvidarse de rezar! Vamos a ver, recemos juntos: Padre nuestro que estás en los cielos...
- Esperá, abuelita. Oíme, abuelita: Hoy el Señor Jesucristo no me va a querer oír.
- ¿¡Porque maté un escarabajo, abuelita! – Pingüin ha dicho

esto con tono desgarrado, confesando su delito que juzga imperdonable.

- Bueno. Rezá pidiendo al Señor Jesucristo que te perdone. Prometele que no lo vas a hacer más.

- Decime, abuelita. ¿El Señor Jesucristo puede resucitar al escarabajo?

- El Señor Jesucristo todo lo puede. ¿No resucitó a Lázaro, no resucitó a la hija de Jairo?

Pingüin cambia de expresión. La alegría agrega combustible a su fe, que se hace una llamarada alta y hermosa.

- Vamos, nene, recemos juntos – dice la abuela -, recemos para que el Señor Jesucristo te perdone... Padre nuestro que estás en los cielos...

- Padre nuestro que estás en los cielos... - repite Pingüin: pero él no está rezando para que el Señor Jesucristo lo perdone. El reza para que el Señor Jesucristo resucite al escarabajo...

Trascurren los días. Al pasar por el sitio de su crimen, Pingüin siempre mira. Mira anheloso. A veces cambia de vereda sólo para mirar.

Y un día – ¡por fin! -, da un grito de júbilo. Señala al suelo donde un escarabajo, como si temiera que el suelo fuese a hundirse al contacto de sus patitas, las va posando lentamente.

- ¡Mire! – grita Pingüin -. El escarabajo que yo maté. ¡Jesucristo lo ha resucitado!

La mucama ni lo mira. Sigue andando y dice:

- Ese es otro.

- ¡Qué sabe usted! – exclama Pingüin, despreciativo -.

- ¿Y vos cómo sabés que es el mismo? ¿Por qué decís que ha resucitado?

- ¡Porque yo le recé a Jesucristo pidiéndole que lo resucitara, pues! – responde Pingüin, seguro. Su argumento es tan sólido como si dijera: 1 más 1 son 2.

Su fe es tan poderosa que el alma simple de la mujer siente su garra. No se atreve a contradecirlo. Pingüin palpa su triunfo, y agrega:

- Si Jesucristo resucitó a Lázaro, ¿no es más fácil resucitar a un escarabajo que a una persona?

LA TRAGEDIA DE LA HOMBRIA

EL PIANO

A Pingüín le han tomado una maestra de piano. Contra su voluntad, tres veces por semana, tiene que pasar una hora tecleando. Eso lo irrita y lo avergüenza. Oculta que aprende piano.

El piano es cosa de mujeres. ¡Y él es hombre! Pingüín reflexiona: Mamá y abuelita tocan el piano. El padre y el abuelo, no. ¿Por qué, entonces, a él que es hombre como el padre y el abuelo, han de hacerle aprender piano, cosa de mujeres, enseñado por una mujer? Esto lo humilla.

Se resiste a estudiar. Al mes de comenzado, es preciso abandonar el aprendizaje.

Los mayores no pueden adivinar los callejones misteriosos que tiene un alma de niño. Si en vez de maestra, hubiese sido un maestro quien le enseñara, Pingüín hubiese estudiado. Hubiera tenido allí un ejemplo vivo de que el piano también es cosa de hombres. No se le dio este ejemplo y el niño se reveló por los fueros de su amenazada hombría.

* * *

Pingüín está sentado en el taburete con las manitas sobre el teclado: do, do, re, re, mi, mi, fa, fa, sol, sol... ¡Qué aburrido es esto! Y descubre que el taburete gira. Deja el teclado y se pone a girar, a girar... Su imaginación crea: El ya no está solo, solo y aburrido, sentado en un taburete, estudiando una fastidiosa lección de piano; él, ahora, está en una calesita, hay banderas y faroles chinescos, lo acompañan muchos chicos y está entretenidísimo: gira, gira, gira...

La madre – asomando la cabeza. ¿Qué hacés, Pingüín? ¿Por qué no estudiás? Hace un rato largo que no oigo el piano. Pingüín vuelve a teclear: do, do, re, re, mi, mi, fa, fa... Y piensa: ¡Hasta en esto es odioso el piano! ¡Ni deja engañar que uno estudia cuando no estudia, como se hace con el libro!

LA VIBORA (Drama en 2 actos)

Intervienen: Pingüín (5 años), su hermano Ocho (3 años) y la madre.

PRIMER ACTO

Pingüín y Ocho

Pingüin: - ¡Vamos a jugar al zoológico!

Ocho: - Bueno.

Pingüin: - Dame la mano. Yo era el padre y vos el hijo. Yo te enseñaba los animales. ¿Ves ese árbol grande? No es un árbol. Es el elefante. ¿Ves, allá arriba, eso que parece una rama? Es la trompa. Allí tenés el hipopótamo. Vení, vamos a ver a los leones. Estas son víboras (señala unos rosales de largas ramas).

Ocho (a quien las ficciones del hermano malhumoran, supone que lo está burlando): - ¡Esas no son víboras, son plantas!

Pingüin: - Son víboras. ¡Cuidado! ¡No te acerques que pueden picarte!

Ocho: - ¡Qué me van a picar! (Estira la mano para tocar una rama).

Pingüin (chillando): - ¡No toques las víboras! ¡Ocho! ¡Ocho!
¡Las víboras!

(El pequeño, despreciativo, estira la mano y apresa la rama. Un agujón lo pincha. Ocho chilla, llora a gritos).

Pingüin (triumfante): - ¡Te picó la víbora! Yo te decía que no la tocaras. ¿Ves? ¡Te picó la víbora! (Ocho eleva el diapasón de sus gritos. Lloro de dolor y de humillación).

SEGUNDO ACTO

Dichos y la madre

La madre (abriendo estrepitosamente una puerta, aparece palidísima, los ojos brillando de angustia): - ¿Qué? ¿Qué?

Ocho muestra su palma en la que aparece un punto rojo.

Pingüin: - ¡Lo picó la víbora!

La madre (espantada, corre): - ¿Eh?... (Se precipita hacia el herido. Ve el punto rojo, se arrodilla, lleva la mano a su boca y chupa. Chupa desesperadamente).

Pingüin: - Yo le decía: ¡No toqués. No toqués! El quiso tocar. ¡La víbora lo mordió!

Ocho (cuya herida ya no le duele): - Si no es una víbora, es una planta.

La madre (dejando de succionar): - ¿Qué?

Ocho: - Me pinché con esa planta.

Pingüin (defendiendo su creación): - Esa no es una planta, mamá. Es una víbora. Estamos jugando al jardín zoológico y esas plantas son las víboras...

La madre: - Entonces... el nene... ¿se pinchó... no lo picó?... (va a ponerse de pie. Cae desmayada).

Ocho: - ¡Mamá, mamá! (Se abraza a ella, llorando).
Pingüin (corriendo hacia el interior de la casa): - ¡Vengan, vengan! ¡Mamá se murió! ¡Mamá se cayó muerta porque a Ocho lo picó una víbora!

LOS DESCUBRIMIENTOS

LEER EN EL DIARIO

Pingüin toma un diario y mira. Lo tomó sólo para ver las figuras, pero sin querer pasa sus ojos por las letras. Y descubre algo asombroso: ¡Lee! ¡El lee en el diario! ¿El comprende lo que se ha escrito allí para los grandes? Le parece mentira, y vuelve al diario, se hunde en él. ¡Es verdad! El descubrimiento lo llena de una rara alegría. La alegría de ser inmensamente fuerte, poderosamente rico. Con sus pocos años se siente igual a los grandes, ya digno de entrar en su mundo, porque ya, leyendo el diario, puede enterarse de lo que en ese mundo ocurre.

Y Pingüin, empujado por sus impulsos, sale saltando, con el diario como una bandera en lo más alto de su felicidad, y gritando: ¡Ya se leer el diario como papá!

FELICIDAD

Los hombres, superficiales y soberbios, despreciativamente, compadecen al niño que sueña. Y de los seres que pisan la tierra áspera, el más feliz es el niño soñador: El goza proyectando lo que no realizará nunca. Este gozo no lo pueden comprender los hombres que no pueden proyectar sin querer realizar lo que proyectan.

Pingüin: - Cuando yo sea grande voy a inventar un aparato para irme a la luna.

El maestro: - Inventalo. No dejes de inventarlo. ¿Eh?

A Pingüin no se le escapa el tono burlón del maestro. Y calla. Por otra parte, ya no lo oye, porque él ya está en la luna, subiendo a sus montañas (Pingüin ha oído que en la luna hay montañas), jugando con los niños selenitas (Pingüin ha oído que los habitantes de laguna se llaman selenitas).

Pingüin: - Estoy pensando...

La cocinera: - ¿Alguna macana?

Pingüin sigue pensando. La cocinera insiste:

- ¿A ver qué pensabas?

- ¡Una macana! – responde el niño, y sigue pensando con los ojos lejos y una expresión feliz en el rostro.

La cocinera comprende que el niño es feliz con lo que está pensando. Lo ve gozar. Siente envidia. Intenta interrumpirlo:

- Ya sabía que estaba pensando alguna macana. Usted no piensa más que macanas.

Pero no consigue interrumpir al niño que sigue pensando...

Pingüin: - Un día de estos me vas a oír que te grito: ¡Eh, Nepomuceno, Nepomuceno! Vos vas a mirar para todos lados sin verme. Al fin vas a levantar la cabeza y me vas a ver por el cielo, sentado en una nube de esas que pasan...

Nepomuceno (fisgón): - ¿Y cuando vas a hacer eso?

- Cualquier día de éstos, mañana o pasado...

- No dejes de avisarme así te veo.

Pingüin (que no se da por enterado del tono con que el otro le habla. Muy grave): - Perdé cuidado, te voy a avisar, el primer día que vaya al bosque me subo a un árbol y del árbol a una nube...

- Te voy a esperar sentado hasta que pasés. Se sienta.

Pingüin (siempre muy grave, como si no reparara en la actitud burlona del otro): - Te vas a cansar. Ya te he dicho que hoy no va a ser. ¡Mañana, mañana sin falta!...

Nepomuceno (con fastidio, cambiando bruscamente de tono y actitud): - ¡Mentiroso!

- ¡Ya vas a ver, ya vas a ver!

Pingüin va a remontar un barrilete:

- Si vos te colgás de la cola soy capaz de subirte al cielo.

El tío, agarrando la cola del barrilete:

- ¡A ver, subime!

- Tené cuidado, porque el género es viejo, está podrido, se puede romper y caerte.

- ¡No importa! Hacé la prueba. Remontame con el barrilete.

- Otro día.

- ¿Por qué otro día? ¡Ahora!

- Otro día que tenga un barrilete nuevo. Este barrilete no tiene fuerza, está muy roto.

El tío, serio, irritado:

- ¿Por qué decís pavadas, Pingüin? ¿Vos crees acaso que con un barrilete podés levantar a un hombre?
- Sí.
- Entonces sos loco, ¿loco o estúpido?
- Tío, ¿no te gusta pensar que hacés algunas cosas que si pensás mucho sabés que no las vas a poder hacer; pero que si pensas poco te parece que sos capaz de hacerlas?
- Bueno. Remontá tu barrilete. Es mejor que remontes tu barrilete y no tu imaginación.

CUENTOS DE MARÍA MULETA

LA LUZ MALA

Yo conocí a Don Ponciano. Era un viejo jorobadito, con una barba que le caía hasta más abajo del pecho. Vivía solo, por Tolosa, en una tapera que antes había sido un rancho de barro y paja. Siempre andaba con una bolsa al hombro: recogía papeles, huesos, latas y todo lo que hallase en los cajones de basura. Las gentes decían que era brujo, que lo consultaban los que iban a hacer un daño, y que él hacía el mal de ojo a los niños. Por eso, en cuanto aparecía en una calle, las mujeres se apresuraban a llevarse a sus hijos, como si hubiese sido mandinga el que apareciera:

- ¡Ahí viene Don Ponciano, chicos!

Los niños corrían, aterrorizados, a guarecerse en las casas. Para ellos, Don Ponciano era el Cuco. Y de noche, las madres, para hacerlos dormir, los amenazaban:

- ¡Si no te dormís pronto llamo a Don Ponciano que te lleve en su bolsa!

¡Pobre Don Ponciano! Yo nunca creía lo que se contaba de él. Era feo y por eso la gente decía que era malo. Un día, alguien recordó que no veían a Don Ponciano desde una semana atrás. Se juntaron varios hombres y fueron a su tapera. No necesitaron golpear, porque no tenía puerta, sólo un cuero de vaca. Lo hallaron muerto, entre un montón de trapos y papeles. ¡Pobrecito!

Atrás del rancho cavaron un pozo y lo metieron allí. Nadie se acordó más de Don Ponciano. La tapera comenzó a desmoronarse, a quedar sin techo. Nadie se acercaba a ella. Pasó el tiempo. Una noche, alguien que por casualidad, pasó cerca de caballo, vio una luz en el sitio donde enterraran a Don Ponciano.

- ¡Luz mala! – gritó y, santiguándose, picó espuelas al caballo. Al llegar a la primera pulpería contó lo que había visto: El alma del brujo Don Ponciano andaba errante por allí, convertida en luz mala. Los oyentes se santiguaron, y alguien dijo:

- ¡Cómo no va a andar errante si lo enterraron sin bendecir!

Y otro:

- Habría que sacar los restos del finado y llevarlos al cementerio.

Sí; pero, ¿quién se atrevía a tocar los restos de un hombre con fama de brujo? Ni a pasar por allí se atrevían, los más valientes de noche y los más cobardes ni aún en pleno día.

Pero llegó un forastero. Era un hombre muy alto y fuerte que hablaba poco, pero bebía mucho. Tenía algo raro en los ojos negrísimos, un fulgor que parecían los ojos del diablo. Muy valiente y peleador, era respetado por todos, pues ya eran varios los que, por contradecirle, habían probado cómo cortaba su cuchillo: Un facón largo, afilado y brillante que usaba a un costado, dentro de una vaina de cuero.

Le decían Juan Macana, aunque él no se llamaba así.

Juan Macana oyó hablar de Don Ponciano, el brujo, y de su alma que andaba penando convertida en luz mala. Era una noche que había bebido bastante ginebra. Dijo:

- ¡Apuesto diez pesos al que quiera! ¡Yo voy al sitio donde está enterrado ese brujo! ¡Y ahora mismo con esta noche sin luna y sin estrellas!

Todos los que estaban en la pulpería se miraron. Y un viejo, sacando diez pesos, los puso sobre el mostrador, con un golpe:

- ¡Yo apuesto!

Juan Macana sacó su plata y la puso junto a la del viejo. Ahí quedaron los veinte pesos con un vaso encima.

- ¿Y cómo voy a saber que usted estuvo allí? – preguntó el viejo.

- Muy sencillo. Dejaré clavado mi cuchillo sobre la tumba del brujo. Mañana, de día, van todos a verlo.

- ¡Aceptado! – dijo el otro, y se dieron las manos, fuerte.

Todos, hasta el pulpero, se asomaron a la puerta para ver como Juan Macana, al tranquito de su caballo, en la oscuridad de la noche, se alejaba rumbo a la tapera de Don Ponciano.

Juan Macana llegó a ella y vio la luz mala, brillando en la soledad. Bajó del caballo, sacó el cuchillo y comenzó a acercarse. Entonces, a pesar de ser tan valiente, sintió que un frío raro le endurecía las piernas; pero siguió avanzando, avanzando hasta la tumba en la que brillaba la luz. Vio un pequeño montón de tierra y sobre él una cruz hecha con dos

palos de cajón. Juan Macana sintió erizarse los pelos de la cabeza y como si una nube lo cegara. Dio un salto para concluir de una vez y la luz retrocedió. Esto acabó por quitarle la poca serenidad que le quedaba. Clavó el cuchillo en la tierra, lo hundió fuertemente y se dio vuelta para escapar. Entonces sintió que alguien le tiraba del poncho. Juan Macana pensó en seguida que era el alma en pena de Don Ponciano la que lo tiraba para hundirlo con él en su tumba. Gritó desesperadamente, atinó a sacarse el poncho, dejarlo allí, saltar sobre el caballo y escapar como un loco. No lo vieron más en la pulpería ni en ninguna parte. Jamás volvió a cobrar la apuesta que había ganado. Porque en cuanto fue de día, salieron todos a ver qué había ocurrido. Y encontraron el poncho de Juan Macana clavado en la tumba con su propio puñal. Por eso sintió él que algo lo tiraba del poncho. Pasaron meses. Juan Macana no apareció a recoger sus veinte pesos. Al año, el viejo que apostara con él, decidió emplearlos en misas por el alma de Don Ponciano y de Juan Macana, si por acaso éste hubiera muerto...

AHORRAR

La madre: - Bueno, Pingüín, podés estar contento de tu cumpleaños. Ya ves cuántos juguetes. Y además, diez pesos en monedas.

Pingüín: - ¿Y tengo que esperar otro año para cumplir los siete?

La madre: - Ah, ¿Vos quisieras tener todos los meses un cumpleaños?

Pingüín: - Sí, mamá.

La madre: - Pues yo quisiera cumplirlos cada diez años.

Pingüín: - ¿Por qué, mamá? A vos también te regalan.

La madre: - Sí, sí; pero a pesar de los regalos, yo quisiera no cumplir años nunca...

Pingüín: - Y yo quisiera que todos los días fuese mi cumpleaños.

La madre: - ¿Qué vas a hacer con los diez pesos en monedas?

Pingüín: - Voy a comprarme...

La madre: - ¡Nada! Vamos a comprar una alcancía y a meterlos adentro. Sos muy gastador; es preciso que aprendas a ahorrar. Todas las monedas y cobres que te den los meterás en tu alcancía...

Pingüín: - ¿Y si me dan pesos?

La madre: - También. Así cuando cumplas diez años te

comprás una bicicleta con lo que vos mismo ahorraste. Te va a parecer más linda que yo o tu papá te la regalásemos. Mañana vamos a ir a comprar la alcancía, una linda alcancía de fierro, con llave.

Pingüín: - ¿Y quién va a guardar la llave?

La madre: - Yo.

Pingüín: - Mamá, las alcancías de fierro, con llave, son muy caras. ¿Por qué no me comprás una alcancía de barro?

LA TRAGICOMEDIA DE LA HOMBRIA

SANGRE

Pingüín, corriendo tras de su amiga Laura, cae. Comienza a llorar, a gritos.

Laura lo mira espantado. La mucama le dice:

- ¡Oh, qué vergüenza! ¿Un hombre que llora? Mirá cómo se ríe Laura viéndote llorar.

Laura, al oír esto, ríe. Pingüín la mira y, súbitamente, tragándose un puchero, calla. Aún hace el postrer esfuerzo: mirando a su amiga al través de una nube de lágrimas, él también ríe.

Se incorpora y va hacia la mucama:

- Límpieme la sangre.

Impertérrito, orgulloso; le alarga su rodilla herida.

Y obtiene el premio a su valor. Laura dice:

- ¡Sangre, oh, qué miedo, sangre!

Y en puntas de pie, con las manos crispadas, los ojos espantados, mira las tres gotas rubías que condecoran la sucia rodilla del héroe sonriente.

ABOGADA

La abuela:

- ¿Cómo has llamado a este niño? ¿Ladrón? ¿Por qué? ¿Por qué te sacó un libro para ver las figuras? ¡Estás muy equivocado, Nepomuceno! Este niño no es ladrón. Te voy a explicar: ¿Has reparado en que este chico es muy generoso? Da todo lo que tiene. Y sin necesidad de pedírselo. El otro día lo observé. Tenía un libro de calcomanías. Pasó el hijo de la carbonera y él, sin que el otro se lo pidiese, se lo regaló. ¿Sabés lo que ocurre con este niño? Como es muy generoso, no tiene el sentido de la propiedad. Todo lo de él es de los

otros y entonces piensa, ¡el pobrecito!, que, lógicamente, también lo que es de los otros, es de él. Por eso ha quitado ese libro de tu armario sin pedírtelo. ¡Pero no lo llames ladrón!

PREGUNTAS SIN RESPUESTA

- Mamá: ¿Por qué los cepillos no se quedan calvos, como los hombres?

LO QUE NO TIENE PRECIO (Comedia en 2 actos)

ACTO I

Cuca (5 años) – Pinguin (6 años)

Pingüin – Cuca...

Cuca - ¿Qué?

Pingüin – Si me das una cosa que te voy a pedir, te doy esta pelota.

Cuca - ¿Qué?

Pingüin – Un beso.

Cuca – Tomá.

ACTO II

Cuca y Pepe, su hermano (4 años)

Cuca – Pepe, si me das tu carro, yo te doy una cosa.

Pepe - ¿Qué cosa?

Cuca - ¡Un beso!

Pepe - ¿Y para qué quiero tu beso?

Cuca – Como Pingüin me dio su pelota por un beso...

Pepe - ¡Qué zonzo!

Telón

EL CANARIO MUERTO

El canario amaneció muerto. En la jaula tenía alpiste, hojas de lechuga y agua. No era de hambre. Sería de viejo.

La madre se lamentó:

- ¡Qué lástima, era tan cantor!

Y después:

- Tírenlo a la basura.

Pero un chico saltó:

- ¡No! ¡No lo tiren! ¡Vamos a enterrarlo en el jardín!

Y otro, entusiasmado con la idea:

- ¡Hagámosle un entierro!

Se mandó llamar a Laura y a Pepa, a Cristóbal y a Eduardo, para que participaran de la ceremonia. Ocho sería el enterrador. Pingüin, el cochero del carro fúnebre.

Los visitantes aceptaron la idea con júbilo.

El yerto canario, con las leves patitas al aire, fue colocado en una caja de zapatos, en medio de algodones. Nunca tuvo tan mullida cama. (Le ocurría lo que a muchos seres humanos). La caja fue puesta dentro de un carro. Pingüin empuñó la vara. A su lado, Ocho, con una pala al hombro. Detrás, Laura y Pepa, Cristóbal y Eduardo, en fila, uno en pos del otro, simulando los coches del acompañamiento.

Este comenzó a moverse. Despacio...

Pingüin dijo:

- ¡Canten!

Cristóbal adujo:

- En los entierros no se canta. El domingo fui al entierro de mi tío, los cocheros no cantaban. Nosotros somos los cocheros. Esto era la realidad, pero a los chicos les pareció que era más adecuado enterrar al canario entre cantos, porque Laura Y Pepa comenzaron a imitar algo que habían oído en la iglesia, lento y cadencioso.

Cristóbal los interrumpió:

- Cantemos algo que sepamos todos.

Eduardo impuso:

- Cantemos el Himno Nacional.

Todos comenzaron:

¡Oíd mortales el grito sagrado!...

Lentamente el acompañamiento se movía, al ritmo de la tonada solemne...

¡Un grito de Laura! ¡Otro de Pepa!: El gato acababa de saltar sobre la caja donde el canario iba a reposar por in eternum y, diestro cazador, en su boca se llevaba el puñado amarillo de plumas.

¡Estupor! Y en seguida gritos, carreras. Los cuatro muchachos fueron tras él. Ocho enarbolando la pala...

Pero el felino, ágil, ya estaba en la azotea donde, tranquilamente, sin escuchar los chillidos de los muchachos, comenzó a comerse el pajarito.

Los seis: Laura y Pepa, Cristóbal y Eduardo, Pingüin y Ocho, impotentes, contemplaron la horrible escena.

Y cuando del canario sólo quedaron las patitas abandonadas,

algunas plumas sueltas con las que el viento jugueteaba, y el felino, satisfecho, se lamía los labios; Laura y Pepa comenzaron a llorar a gritos. Eduardo también. Por las caras de Cristóbal, Pingüín y de Ocho rodaban lágrimas.

Llegó la madre:

- ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloran?

- ¡El gato se comió el canario! – se lamentó Laura, quejumbrosa.

Y le explicaron lo sucedido, cortadamente, entre sollozos y lamentos.

La madre no comprendió el dolor de los niños:

- ¡Si el canario ya estaba muerto! ¿Por qué lloran así? ¡Si el gato se lo hubiese comido vivo, todavía!

Pero los chicos continuaban tristes. Porque no era al canario al que lloraban. Lloraban su juego fracasado.

CUENTOS DE MARIA MULETA

LA ONZA DE ORO

¿Saben ustedes lo que es una salamanca? ¿No? Pues sépanlo: Una salamanca es una cueva muy honda donde los sábados por la noche, a las doce en punto, se reúnen todos los brujos y brujas de la comarca. Llegan montados en palos de escoba y en animales feroces, como tigres, pumas, jabalíes o yacarés. Allí fabrican filtros mágicos o reciben fuerzas del demonio para seguir haciendo el mal sobre la tierra. Antes del amanecer, los brujos y brujas se vuelven a sus casas.

En el cerro del Yrao, que está en el Brasil, cerca de la frontera del Uruguay, había una salamanca famosa. ¡Pobre del que se aventurara a pasar cerca de ella por la noche! Desaparecía. De allí salían gritos, ayes, ruidos de cadenas, alaridos de yagaretés...

Es peligroso acercarse a una Salamanca; pero también puede beneficiar. El que entre sereno y salga sin mirar para atrás, puede asegurar que es un hombre feliz. Desde ese día la fortuna lo acompaña. Se hace rico y, si es enamorado, tendrá las mujeres que se le antoje, pues todas lo amarán.

Sabían esto tres gauchos correntinos, tres hermanos muy pobres que vivían en un rancho perdido cerca de la selva. Y como eran tres valientes a los que la mala fortuna perseguía, decidieron ir a la salamanca del cerro Yrao.

Primero fue el mayor. Una noche, despacito, al tranco de su caballo, abandonadas las riendas como si se hubiera perdido y

confiase en el instinto del animal; llegó hasta el cerro.

- ¿Dónde va, hermano? – Dijo una voz de pronto -, ¿quién es usted?

- Soy un cristiano – respondió él -. Dónde voy no lo sé, porque estoy perdido.

- Yo también soy cristiano, un cristiano encantado – le dijo un hombre que apareció ante él -, y ando buscando quién me desencante. ¿Se anima a entrar y salir de la salamanca sin miedo, viese lo que viese, y sin mirar para atrás, oyera lo que oyera? Al salir, se llevará con usted la buena fortuna.

- ¿Que si me animo? ¡Ya lo creo! Soy pobre, hermano. ¿Y qué desgracia mayor le puede ocurrir a un hombre que la de ser pobre? ¡Vamos a la salamanca!

Entraron. Serpientes furiosas les salieron al paso, yaguretés rugientes, fantasmas armados de sables. Nada consiguió que el hombre se intimidase. Después se oyeron lindas voces de mujeres que lo llamaban por su nombre, cariñosamente. El no se dio vuelta. Entró y salió de la salamanca en la que, al pasar, pudo ver enormes tesoros de pedrería, oro y plata en lingotes. En la puerta de ella, el cristiano encantado le dijo:

- Aquí tiene esta onza de oro. Puede gastarla. Nunca se le acabará. ¡Y gracias, amigo! Ahora me falta que otros dos valientes como usted hagan lo que usted ha hecho esta noche, y quedará desencantado.

- ¡Cómo no, amigo – le respondió -. Mandaré a mis dos hermanos.

Y se fue, muy contento con su onza de oro. Le contó a su segundo hermano cómo la había conseguido, y comenzó a gastar, a beber, a jugar a la taba y al truco.

Se le acababa una onza de oro y siempre aparecía otra en su cinturón.

El hombre se hizo soberbio, borracho y peleador; al fin, al salir de una pulpería, lo asaltaron para robarle la onza de oro. Lo mataron; pero el que fue a tomar la moneda se quemó: La onza de oro se había transformado en una brasa de fuego.

El segundo de los hermanos, fue entonces a la salamanca y le ocurrió lo mismo que al primero. Halló al cristiano encantado.

Entró en la cueva. Le salieron al paso los animales más horribles. Lo llamaron cariñosamente las más lindas voces de mujer. Nada lo amedrentó. Por nada se dio vuelta. Al salir, el cristiano encantado, le entregó una onza de oro igual que al hermano mayor, le dijo que nunca se le acabaría y le recomendó que mandase otro así lo desencantaba y podía volver a su pueblo donde su mujer y sus hijitos lo esperaban. El segundo hermano, muy contento, se fue con la onza de oro

que nunca se le acabaría y le narró el secreto al tercero de los hermanos. Partió éste camino del cerro Yarao en busca de la salamanca, y el otro comenzó a gastar alegremente su onza inacabable. Pero alguno le contó el fin de su hermano mayor y un gran miedo hizo presa de él. Comprendió que aquel dinero era dinero del diablo, tiró la onza a un río y se fue a Buenos Aires, dispuesto a hacerse rico con su trabajo.

Entre tanto, al tercero de los hermanos le había ocurrido lo que a los anteriores. Valiente, no se había amedrentado por fieras ni fantasmas. Imperturbable, no había vuelto la cabeza ante ningún llamado. Al salir, recibió la onza y un abrazo del cristiano que, ahora desencantado por él, pudo volverse a su pueblo junto a su mujer y a sus hijitos desesperados.

El tercer hermano dio a la onza un uso distinto. Comenzó a hacer bien con ella. Allí donde sabía de un pobre, él iba y le regalaba dinero. Allí donde hubiese una deuda por pagar, él la pagaba; un dolor que socorrer, él lo socorría. Se atrajo el amor de todos. Nadie hubiera pensado en hacerle mal. Ni aún los más facinerosos, porque su onza de oro siempre estaba a disposición de quien se la solicitara. Por último, viejo y feliz, estimado y querido; serenamente murió este hombre bueno, rodeado de los amigos.

Al morir, su hijo fue a buscar la onza de oro. Y se halló que la onza de oro del demonio no era ya una onza de oro. Tenía de un lado un corazón y del otro una efigie de Jesucristo.

Esto prueba que las buenas acciones de un hombre son capaces de convertir en cosa sagrada hasta el dinero del mismo demonio.

LA VEROSIMILITUD

María Pérez narra. Siete chicos, ovillados a su alrededor, la escuchan. La viejecita, lenta, parsimoniosamente, segura de su auditorio, habla: tres cosas – dice el título, y queda un segundo en silencio. Después -: Era este un matrimonio muy pobre. Un viejito y una viejita. Una noche, el viejito que era trapero, llevó a su rancho un espejito. La vieja lo frotó para mirarse en él. ¡Qué salto dieron la viejita y el viejito! Frente a ellos estaba un hermoso ángel, de grandes alas blancas, nimbada de luz la cabeza rubia. Dijo el ángel: Dios me envía a vosotros. Compadecido de veros trabajar toda la vida y siempre pobres, me envía a socorremos. Tenéis derecho a pedir tres cosas. ¡Comenzad! Yo quiero una longaniza recién asada! – pidió el viejo apresuradamente. Y se vio con la longaniza en

la mano. Pero la vieja se puso furiosa. ¡Desperdiciar de tan tonta manera una dádiva! Pidió a su vez: ¡Que la longaniza se te pegue en la punta de la nariz! Y la longaniza se le colgó de la nariz del viejo. En vano éste quiso quitársela. Si tiraba, le dolía tanto como si fuese su propia nariz. Se desesperó. Ya habían pedido dos cosas. Sólo les quedaba una. El viejo quería que le sacasen la longaniza de la nariz. La vieja quería pedir dinero. No podían armonizar. Al fin, el viejo convenció a la vieja y pidieron que le sacase la longaniza de la nariz. Así se hizo, pero desapareció el ángel, se rompió el espejito en las manos de la vieja. Y los dos pobres quedaron tan pobres como antes...

El tío Asdrúbal (que ha estado oyendo):

- Dígame, María Pérez. ¿Por qué cuenta a los niños esas mentiras?

María Pérez, turbada, no sabe qué responder. El tono autoritario del tío la impone. Pingüín sale en su defensa:

- ¿Por qué mentiras, tío?

- ¿Cómo por qué mentiras? No sabés, acaso que ese cuento es un montón de mentiras? ¿Crees posible que de pronto se aparezca una longaniza y se pegue en la nariz de un hombre y se vuelva a despegar...?

Pingüin, interrumpiéndolo:

- Pero tío, ¡si era un ángel de Dios el que hacía todo eso!

- ¿Entonces vos crees que es posible todo lo que acabás de oír?

- ¿Y por qué no, tío? Si hay cosas más imposibles que si a uno se las contaran no las creería; pero como las ve, las cree.

- ¿Cuáles, a ver? decime una.

- El arco iris.

- ¡¿El arco iris?!

- Sí. El arco iris es una cosa que parece más imposible. Pensá que te cuentan: De pronto, en el cielo, se aparece un gran arco de colores. No lo creerías; pero como lo has visto, lo crees. Así como creemos en el arco iris, ¿por qué no creer en un ángel? ¿Verdad que ustedes creen?

Los seis niños aprueban, decididos. ¿A quién se le ocurre dudar? El tío piensa. Tiene que rebatir el argumento del arco iris; pero los chicos se impacientan, acosan a María Pérez:

- ¡Otro cuento, otro, otro!

Y ésta, animada por la defensa de Pingüin, comienza otro cuento: La cola de Mandinga: había una vez...

JUEGOS

EL VALIENTE

Los niños juegan a no tener miedo. Parados en la puerta, miran hacia el cielo cruzado de relámpagos. El juego constituye en mirar la súbita luz sin cerrar los ojos. Una vez gana Pingüín y otras Ocho. Cuentan los tantos como si jugaran a la pelota. Y discuten:

- ¡Cerraste los ojos!
- ¡No! Pestañeé, nada más.
- Bueno. Vamos siete a ocho. Ya te voy alcanzando.
- Ah toca a vos. Abrí bien los ojos.

De pie, al través de la cortina de lluvia, los ojos muy abiertos, hundidos en el cielo relampagueante.

Súbitamente, un relámpago más vivo que los demás. Y el estallido del trueno cercano, como si fuera el techo de la casa protectora el que se derrumbase. Los niños saben qué significa ese relámpago vivísimo y ese trueno más horrible que los demás: ¡Es el rayo, es el temido rayo!

Esta vez, los dos han cerrado los ojos, pero Ocho también ha salido escapando.

Al volver, tembloroso, sus pupilas se abren con admiración inusitada: Allí en la puerta, quizás demasiado pálido, está Pingüín, ¡el valiente que no huyó ante el relámpago y el trueno del rayo!

Y Ocho le pregunta, aún incrédulo:

- ¿No disparaste?

Pingüín mueve la cabeza negativamente. (Aún no puede hablar.)

Ocho lo admira; lo admira porque no disparó; pero Ocho no sabe que Pingüín, a su vez también lo admira, y lo admira porque tuvo fuerzas para disparar.

BALANCE

Hoy es el último día que el niño asiste al Instituto Richet. El director lo despide, solemne:

- Adiós mi amigo. Espero que siempre te acordarás de este Instituto. En él aprendiste a leer, a escribir, a hacer operaciones. En él se te ha enseñado religión y se te han hecho ver las hazañas de los grandes hombres que dieron libertad a la patria.

Le estrecha la mano.

Pingüin no responde. Confusamente percibe la solemnidad del momento. La gravedad del director lo anonada. Por él habla la madre:

- Muchas gracias, señor. Le aseguro que nunca olvidaremos este instituto. Y si mi hijo llegase a ser un gran hombre...
Calla, sonrío avergonzada de haber dejado escapar su pensamiento más íntimo.

El director:

- El chico es inteligente. Y además no sé si me equivoco, es muy niño aún para predecir; pero me parece que hay algo en él, algo...

La madre no responde, también emocionada.

Ya en la calle, camino de casa, ella repite lo que ha oído al director:

- Debés estar agradecido a este instituto: Aquí has aprendido a leer, a escribir, a hacer operaciones; aquí se te ha enseñado historia, geografía, gramática...

Pingüin sigue callado. No piensa, pero parece que pensara, y podría pensar esto:

Muy bien, sí, me han enseñado todo eso, es verdad. De aquí llevo conocimientos de historia, de geografía, de religión, de aritmética, de gramática; pero aquí he dejado mucho de mi pureza y de mi ingenuidad. Aquí he aprendido a ver la injusticia. He aprendido a desconfiar. También he aprendido a mentir...

El niño no piensa esto, seguramente; pero va tan callado, tan callado y tan grave, que parece como si fuese haciendo el balance de lo que ha ganado y lo que ha perdido durante su estadía en el colegio.

LA MESA DEL COMEDOR

¡La mesa del comedor: templo y taller! Es el mueble más importante para los niños. La cama sólo sirve para dormir. No se la ama ni se la busca. Se cae sobre ella por necesidad. Y la cama es el sitio ingrato donde se pasan los días de enfermedad. Recuerda los ayunos

A la mesa del comedor sí se la busca y se la ama. En ella se verifica el acto más sagrado y querido de un niño: ¡comer! La mesa del comedor es templo. Cuando las sombras de la noche, como animales misteriosos y terribles, los corren del patio y los obligan a meterse adentro, a refugiarse a la luz de la lámpara; sobre la mesa del comedor se ejecuta ese otro acto imprescindible y también querido: ¡jugar! La mesa del

comedor es taller. También es refugio, atalaya de observación. Pingüin tiene momentos en que necesita estar solo, ver... Esto es muy raro que lo pueda conseguir un niño. Se sienta en un sillón, por ejemplo, y queda así mirando... Los grandes pasan a su alrededor, apresurados, ridículos, inverosímiles, absurdos... Pingüin los mira ir y venir, afanarse y hablar... de pronto le invaden su soledad, le roban su derecho a ver...

Ya es la abuelita, anhelosa:

- ¿Qué tenés, mi hijito, por qué estás triste?
- ¡Si no estoy triste, abuelita!
- ¿Y qué hacés allí solito, mirando?
- Nada, abuelita, estaba haciendo eso, mirando...

Ya es la madre, casi afligida:

- ¿Qué te pasa, Pingüin?
- nada, mamá.
- ¿Estás enfermo?... ¿A ver? – y le pone la mano sobre la frente -. ¿No tenés fiebre? ¿Te duele la cabeza?
- No, mamá. No me duele nada, no tengo fiebre.
- Podrías tomar una purga. Hace mucho que no te purgás – insiste.

Pingüin se irrita. La solicitud de ésta toma giros alarmantes: una purga significa un día sin comer. Da un salto. Se aparta de su soledad. Se mezcla a la vida de los grandes: como ellos, se hace un ser apresurado, ridículo, inverosímil, absurdo...

Ya es el padre alarmado:

- ¿Qué te pasa?
- Nada, papá.
- Hace diez minutos que te veo allí, solo, sin decir nada. ¿Estás cansado? Andá acostarte si estás cansado.
- No.
- ¿Te has caído? ¿Te golpeaste? ¿Dónde te golpeaste?
- No me golpeé, papá.

Y es preciso salir del sillón, hablar, correr, saltar; sino el padre va a insistir hasta meterlo en la cama. ¿pero por qué han de ser tan curiosos los grandes? ¿Por qué no han de dejar tranquilo a un chiquilín que le gusta, a veces, quedarse un rato así, solo y mirando?

Ya es el abuelo el que interviene, malicioso:

- ¿Por qué estarás allí tan quieto? ¿Qué pillería estarás pensando? ¿o qué habrás hecho, eh?
- ¡Pues son injustos también los grandes! Ellos creen saberlo todo. ¡No saben nada!

Pingüin se mete bajo la mesa del comedor. Allí sí se puede estar solo y oyendo... Los grandes van y vienen. Ignoran que él está allí oyéndoles. Y él se siente superior a ellos. Se siente

como si fuera invisible. La roja carpeta cae en grandes pliegues a los lados de la mesa y forma un refugio admirable. Es como si en medio del bullicio de la casa, hubiera un lugar en el que estuviese prohibida la entrada a los mayores: Debajo de la mesa sólo pueden meterse los niños y el perro. También es el lugar de sus venganzas. Allí se cambian los papeles. Ya no son ellos, los niños, quienes están a la merced de los grandes. Son los grandes o, a lo menos, las piernas de los grandes, desde las rodillas hasta los pies, quienes se entregan a la voluntad de los niños.

Vengarse de un mayor es un placer que no puede olvidar el niño. Por eso Pingüin y Ocho guardan noble gratitud a la mesa del comedor que, por dos veces, con impunidad absoluta, les ha proporcionado ese placer inaudito.

Una vez fue el director del colegio; ¡ese ser omnipotente y todopoderoso!, la víctima y Ocho el vengador.

El director, amigo del abuelo, llegó una tarde a visitarlo. Se quedó a tomar el té. ¿Cuántos tirones de oreja, cuántos coscorrónes había recibido Ocho del irascible director? Por lo menos tantos como estrellas hay, más una. ¿Y ahora el omnipotente señor de los tirones de oreja, el todopoderoso amo de los coscorrónes se hallaba allí, confiadamente sentado, de charla, incapaz de prevenir lo que pudiera ocurrirle desde las rodillas para abajo, hundidas en la sombra de la mesa del comedor? ¿Cómo dejar escaparse ocasión tan magnífica? Ocho se zambulló debajo de la mesa. El único que lo sabía era Pingüin. Este, muy serio, ignorando qué hacía Ocho debajo de la mesa, aunque con el presentimiento que realizaba un acto de justicia; tomaba el té.

Ya en el zaguán, el director despidiéndose para irse vio lo que había realizado Ocho: el director llevaba los dos pantalones, desde las rodillas hasta los botines, blancos de escupitajos. Otra vez fue una tía que diera un pellizco a Pingüin la ejecutada. El chico, armado con una tijera, oculto bajo de la mesa, aguardó... Y mientras ella tomaba el té y charlaba, él, pacientísimamente, transformó en flecos el ruedo de su costosa pollera.

¡Mesa de comedor! Taller de lindos barriletes, alas de la imaginación infantil, de bonetes y barcos y faroles de papel, primeros ensayos de su fantasía. Sitio donde se ejecutaba, cuatro veces, de la mañana a la noche, el acto sagrado de comer: ¡Templo!

Sombra amantísima de la mesa del comedor, por cuya complicidad, el rencor con que la bruteza de dos seres violentos había envenenado dos almas de niño; no se perpetuó

en odio: ¿Cómo no va a ser el mejor lugar de la casa, si eres el lugar preferido por el perro?

POR QUE LOS PERROS SE HUELEN DEBAJO DE LA COLA

Pingüín: - Mamá, ¿Por qué cuando se encuentran dos perros, se huelen debajo de la cola?

La madre piensa... ¿Qué responder? Pero allí está María Muleta, la narradora de cuentos, y María Muleta toma la palabra.

- Yo le diré, niño: Una vez, hace mucho, pero muchísimo tiempo, tanto que en aquel tiempo los animales hablaban; los perros decidieron hacerse una iglesia. Llegó el día de asistir a la primera misa. Todos los perros, bien tempranito, antes que naciera el sol, estaban en la puerta dispuestos a entrar y peleándose por ser los primeros para ocupar los bancos de adelante. El sacristán, que era un gato maligno, entreabrió la puerta, vio el tumulto de perros, ladrándose, mostrándose los dientes los unos a los otros y decidió burlarse de ellos. Les dijo:

- Hermanos: ¿No os parece que es impropio de la casa de Dios el que entréis a ella con vuestros culos destapados? Veo que algunos de vosotros, además, no tenéis cola o la tenéis tan corta que se os ve un indecente agujero negro...

¿Qué hacer? Los perros encontraron razonable el reparo del sacristán. Conferenciaron entre sí, discutieron mucho, porque los perros no pueden hablar sin discutir ni mostrarse los dientes. Al cabo de mucho ladrar, decidieron sacarse los culos, dejarlos en el atrio de la iglesia y entrar sin ellos a oír misa. Así lo hicieron; pero al salir de misa, los perros, confundiendo los culos, atropelladamente, se pusieron unos los de otros. Y por eso ahora, cuando se ven dos perros, se miran y se huelen debajo de la cola. Buscan lo que perdieron.

EL VIDRIO ROTO

Algo raro ocurría. El abuelo, en su habitación, gritaba terriblemente. Revolviendo sus gavetas, tiraba al patio algunas cosas: papeles, una palangana, un espejo que se rompió, libros... Con el bastón el alto, blasfemaba, amenazante. La abuela, la madre y la mucama hablaban en voz baja, misteriosamente. El padre había salido de madrugada, como todos los días.

La madre vistió a Ocho y salió a la calle.
El abuelo, al verlos salir, los acompañó con maldiciones y conjuros.
Pingüin, azorado y tembloroso, quedó con la abuela.

Llorando, espantada, la cocinera se presenta corriendo.
- ¡Allá está el señor en la cocina, a palos con todo! Ha roto una pila de platos. Tiró las ollas y sartenes por la ventana.
- Déjelo, déjelo; cuando se canse concluirá de tirar las cosas. Yo lo conozco. Si vamos a decirle algo será peor.
- ¡Pero va a romper todo!
- ¡Que rompa! Siéntese allí y espere a que se vaya de la cocina. ¿Sabe rezar el rosario?
- Sí, señora.
- Bien. Tome este rosario. Recemos para que Dios lo ilumine. Mientras las mujeres rezan, Pingüin medita. Aprovecha el final de una oración para preguntar:
- ¿Se ha vuelto loco?
- ¡Peor, hijo! ¡Está borracho! A los locos se encierran, a los borrachos, no... Rezá vos también. Rezá por él.
Vuelven a las oraciones.

La cocinera da un grito. Se pone de pie y sale disparando: En la puerta se ha presentado el abuelo. Los ojos le chispean. El cabello en desorden. Con el bastón pega en el suelo, y grita:
- ¿Qué hay aquí? ¿Qué hacen aquí? ¿Están rezando, no? ¡Yo te conozco a vos! Yo no quiero que nadie rece por mí. Yo no necesito que nadie me ponga bien con ese canalla de Dios. ¡Pero no hay Dios! – Pingüin se estremece -. ¡No hay Dios! –y acompaña sus negaciones con golpes contra los muebles. El niño huiría. Está aterrorizado. Pero no puede dejar a la abuela sola. Se oculta detrás de ella. El abuelo grita, levanta el bastón amenazante:

- ¡No hay Dios, sólo hay Diablo! ¡El es quien gobierna el mundo! ¡El Diablo! ¡Por eso el mundo está como está! ¡El Diablo! ¡A ese le rezo y le pido yo!
La abuela está muy serena. No se mueve. El niño la admira. Balbucea ella:

- ¡Pobrecito! ¡Dios, perdónalo, ayúdalo, pobrecito!
- ¿Qué decís? – grita el abuelo que, como es sordo, sabe que hablan al ver moverse los labios - ¿Qué decís? – y levanta el bastón sobre la cabeza de la anciana.

El niño, chillando desesperadamente, se interpone entre ellos. La abuela se persigna, pero no da un paso atrás. El abuelo no deja caer su bastón. La serenidad de ella lo turba.

Ruge, porque desea entorpecerse a sí mismo con sus propias palabras:

- ¡Basta! ¡Vieja beata!

Y deja caer el bastón sobre un vidrio, que se parte. Se va, hirviendo de injurias, amenazas, blasfemias.

Pingüin, temblando, mira a la abuela. Esta ha quedado de pie, muy pálida, como abstraída. El niño dice:

- ¡Qué malo!

Ella, entonces, como si se desenredara de un montón de pensamientos que la impedían hablar, dice:

- No, no es malo. ¡Pobre! ¡Es un desventurado! ¡Pobre viejo!

Recuerda, y entonces se emborracha. Ha sido muy rico y muy generoso. Ahora casi no tiene nada. Este caserón... Lo dio todo, lo perdió todo. Se ve viejo, enfermo, pobre. ¿Cómo no va a emborracharse? Yo también estoy como él; pero yo creo en Dios... El, el pobre, también cree en Dios; pero no tiene valor para ser paciente, y se emborracha porque quiere olvidar.

¡Dios no le tendrá en cuenta sus palabras! ¡Ha hecho tanto bien al prójimo su corazón generoso!...

Calla. El niño se aproxima a ella para ver si llora. No llora. El niño se apoya en ella. Acariciándolo, él le recomienda:

- Por favor, nene, no digas a nadie nada de esto. No digas que me amenazó para pegarme. Ni a mamá ni a papá.

- No, abuelita... ¿Y el vidrio roto? Mamá va a preguntar quién rompió el vidrio.

- Es verdad... El vidrio roto...

- Ya sé, abuelita. Le digo que lo rompí yo. ¡Que lo rompí yo con la pelota!

La abuela lo mira. Y ahora sí la convulsiona un sollozo, y sigue llorando, llorando...

LA PLATA

La ciudad natal tiene un nombre sonoro y simpático. Se llama La Plata.

La ciudad natal tiene tres cosas importantes: el bosque, la capilla y la estación.

El bosque es la naturaleza. Un bosque de eucaliptos, en el que aún casi no entró a talar la mano del hombre. Espeso, hermoso: Alto, verde, solemne y cordial. Hay que oírlo cantar bajo una lluvia o moverse pavorosamente cuando lo pulsa un viento fuerte. Es magnífico. El bosque llena de misterio el alma de Pingüin. El bosque es el ensueño Allí pudo haberse perdido Caperucita Roja. Además, el bosque contiene unas jaulas en las que, recuerdo de jardín zoológico, se exhiben un puma, un

gato montés, un puerco espín y un zorro. El niño, plantado ante las rejas de las jaulas, curioso, observa y medita. También en el bosque está el Museo, un edificio redondo con dos impresionantes leones de mármol a cada lado de la escalinata. El niño no gusta de entrar al Museo. Con sus momias indias y sus blancos esqueletos de grandes animales, le da una impresión de cementerio. La capilla es un sitio atroz, inventado para martirizar de aburrimiento a los niños. Allí lo lleva la madre los domingos y días de fiesta. Frente al altar, el cura hace y dice cosas raras, incomprensibles. El monaguillo sacude una campanilla. Pingüin se yergue, se sienta o se pone de hinojos cuando todos lo hacen, sin saber por qué. La madre le reza al oído. El se aburre, está deseando salir de allí, a la calle ancha y soleada. ¡Qué diferente todo esto que se hace y dice en la capilla, tan grave todo, tan extraño, con lo que abuelita le enseña y le narra de Jesús!

Jesús, como él, gustaba de andar por las calles y los caminos, hablando. Esto de la misa “¡es cosa de frailes!”, como dice el abuelo, despreciativo.

La capilla es la quietud. Y en tanto la madre le reza al oído lo que ella lee en el libro de misa, y allá en el altar el cura hace y dice cosas raras, incomprensibles; el niño mortificado, rencoroso, piensa en que, cuando sea grande, nunca entrará a una iglesia. ¡La estación sí es divertida! Allí hay gente siempre apresurada. Máquinas de ferrocarril que rugen y silban, imponentes, formidables. Ruido de bultos que empujan changadores sudorosos. Además, para ir a Buenos Aires, hay que ir antes a la estación. Y Buenos Aires es el fragor, es el movimiento, es la fuerza, es la vida. La vida que llama, la vida que promete. Es lo desconocido, lo diferente a la calma, la placidez, el silencio de la ciudad natal, con sus calles anchas y arboladas, con sus plazas enormes, con sus edificios públicos que parecen deshabitados. (En la Casa de Gobierno hay ventanas que tienen los vidrios rotos). Y el alma del niño va, regocijada, desde el bosque – la naturaleza – a la estación – la vida creada por los hombres ambiciosos -. Del ensueño a la acción.

EL ANDADOR

Mudanza. La familia se va a Buenos Aires, así el padre no tiene que viajar todos los días.

En un rincón del patio se amontonan las cosas que no se llevarán: cuadros rotos, ollas agujereadas, sillas rengas, mesas temblequeantes, espejos partidos. Las cosas inservibles que se amontonan en un desván.

Los chicos rondan alrededor de ellas. De pronto, Pingüín descubre su andador de mimbre. Está torcido y sin ruedas. Es el andador con el que aprendieron a caminar él y sus hermanos Ocho y Pío.

Lo contempla, sin saber por qué, melancólicamente. Pregunta a la madre:

- Mamá: ¿Qué van a hacer con estas cosas?

- ¡Quemarlas!

- Y el andador, ¿también lo van a quemar? ¿Por qué no lo llevamos?

La madre, demasiado atareada con el trajín de la mudanza, no está para considerar el tono con que su hijo le ha hecho la pregunta. Y responde:

- Arreglados estaríamos si fuésemos a llevar todas las cosas inservibles que hay en este caserón.

El niño calla.

Su andador será inservible. Quizás en él ya no pueda aprender a caminar ningún hermanito futuro. Sin embargo, le hubiese gustado llevarse lo con él a la nueva casa, a la nueva vida que lo espera en Buenos Aires.

Pero el andador quedará allí – con su primera infancia -. Y será quemado. Lo mira tristemente. Se aproxima. Lo toca. Casi lo acaricia más que lo toca...

De pronto, abandonando la elegía, se ilumina de acción: ¡Va a salvar su andador del triste fin que le espera!

Disimuladamente carga con él – ¡tan liviano! – y, sin ser visto por la madre, lo sube a uno de los carros de la mudanza. Lo oculta bajo de una mesa.

Y la alegría le enciende el corazón con todas sus luces de bengala.

